HARLEQUIN Bianca

EL LEGADO

VENGANZA Y DESEO

RACHAEL THOMAS

Bianca

VENGANZA Y DESEO

RACHAEL THOMAS





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2016 Harlequin Books S.A.
© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Venganza y deseo, n.º 127 - abril 2017
Título original: To Blackmail a Di Sione
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-9739-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

Bianca di Sione echó una ojeada al repleto salón de actos y buscó a su hermana Allegra. El bullicio era cada vez mayor, pero estaba demasiado preocupada como para darse cuenta. Tenía la sensación de que a su hermana le pasaba algo, aunque no había dicho nada, eso habría sido impropio de ella.

Cuando empezó la conferencia, vio que Allegra subía al escenario y supo que algo iba mal. Tenía el aspecto impecable que siempre mostraba al mundo, pero estaba pálida y Bianca sintió remordimiento además de la preocupación. La petición de su abuelo, enfermo terminal, preocuparía más a Allegra, pero tenía que hablar con ella. Tenía que desahogarse con alguien y Allegra siempre había sido esa persona. Había adoptado el papel de madre después de la trágica muerte de sus padres, cuando ellos eran unos niños pequeños, y siempre había estado a su lado.

Presentaron al último orador, pero no podía concentrarse, no paraba de repetirse lo que le había pedido su abuelo la semana anterior. Había estado tan débil que no había insistido para pedirle más información, pero se arrepentía en ese momento. Solo tenía la historia de sus amantes perdidas, que les había contado a sus hermanos y a ella. Además, para darle más intriga, no era la única a la que le habían encomendado la tarea de recuperar a una de esas amantes, pero ella entendía lo importantes que eran para él. Recordaba cuántas veces les había contado que gracias a esa joyas había podido crear la naviera Di Sione cuando llegó a Estados Unidos. Siempre se había referido a ellas como su legado.

–Señorita Di Sione, qué placer tan inesperado.

Esa voz, que todavía conservaba cierto acento, la sacó del ensimismamiento. Se dio la vuelta y miró el rostro duro, pero innegablemente atractivo, de Liev Dragunov. El traje oscuro resaltaba la dureza que irradiaban sus ojos grises como el hielo y el pelo corto y castaño era tan severo como su expresión. Era imponente, como lo había sido el primer día que lo conoció, cuando se puso en contacto con ella para que su empresa representara la de él. Aunque tenía los labios apretados, dejaba entrever una sonrisa por debajo. El alma se le cayó a los pies. Era lo que menos le apetecía en ese momento, pero ¿aceptaría él un no

por respuesta?

–Señor Dragunov, confío que esté aquí por algún motivo… legítimo.

Sintió el mismo escalofrío que sintió la semana anterior, cuando él se presentó en su despacho. Incluso, había empezado a preguntarse si estaba perdiendo la capacidad de conocer a las personas. Allegra había estado esquiva, seguramente, por lo mucho que había viajado últimamente, pero ese hombre autoritario y dominante la desasosegaba demasiado.

–Todo lo que hago tiene un motivo legítimo.

¿Había captado cierto tono amenazante? Bianca arqueó una ceja mientras lo miraba. No se sentía completamente inmune a su aspecto de chico malo y lo observó con discreción mientras él contemplaba el salón de actos. Tiró de los gemelos de la camisa blanca como si estuviese preparándose para una batalla o un enfrentamiento y ella sintió ganas de estirarse para intentar estar a su altura.

–Es posible, pero ¿qué motivo puede tener para estar aquí, señor Dragunov? Ginebra está muy lejos de Nueva York.

Él volvió a centrar su atención ella, que lo miró a los ojos y tuvo que hacer un esfuerzo para no estremecerse por su frialdad. Mantuvo la barbilla levantada con un gesto impasible para disimular la inquietud, algo que había aprendido muy bien a lo largo de los años.

–Como he hecho una donación considerable a la Fundación Di Sione, me parece prudente comprobar el trabajo que hace. ¿No está de acuerdo, señorita Di Sione?

Él se acercó un poco más y bajó la voz. Aunque sonreía con cortesía, ella notó algo más.

–¿Le interesa que las mujeres de los países en desarrollo tengan más oportunidades, señor Dragunov?

Bianca no pudo evitar decirlo con cierta sorna y tampoco se le pasó por alto que él apretaba los dientes con un brillo acerado en los ojos. ¿Estaría utilizando la Fundación Di Sione para volver a hablar con ella? Le había dejado muy claro que su empresa no podía hacerse cargo de su próxima campaña de lanzamiento y él, evidentemente, no lo había aceptado con agrado.

Apretó la carpeta contra el pecho sin saber muy bien qué tenía ese hombre que hacía que se sintiera nerviosa… y excitada. Había desatado algo dentro de ella, la había provocado como no había hecho ningún hombre, y su reacción inmediata era defenderse, pero ¿de qué? Ya era un combate dialéctico, como lo había sido la

primera vez que apareció en su despacho. Entonces, había sofocado su reacción a él por la impresión de la petición de su abuelo, pero ya no estaba segura. Liev Dragunov era una fuerza de la naturaleza que no podía pasarse por alto y, en ese momento, era lo que menos le apetecía del mundo.

Él tenía los ojos clavados en ella, pero se negó a apartar la mirada, a concederle el más mínimo poder sobre ella. Había aprendido desde muy pequeña a mantener el dominio aparente de sí misma aunque por dentro la dominaran los nervios y la aprensión. Habían pasado muchos años desde que un hombre la había desasosegado así, y nunca lo había hecho de esa manera. Jamás había permitido que ese multimillonario ruso lo supiera, sobre todo, cuando sacaba a relucir sus inseguridades con una sola mirada gélida.

–No, pero sí me interesa usted.

La respuesta fue muy directa y ella estuvo a punto de quedarse boquiabierta, pero consiguió evitarlo. Solo había habido un hombre que hubiese sido igual de directo y había estado a punto de creérselo. Diez años después, un hombre en el que desconfiaba instintivamente, aunque la atraía como una llama letal a una polilla, le había hecho revivir la humillación de la noche de su graduación. No podía averiguar qué tenía y, en ese momento, su vida era mucho más ajetreada como para pararse a pensar en esa bobada.

–Señor Dragunov, la semana pasada ya le expliqué que no puedo representarlo a usted ni a su empresa.

El fastidio hizo que sus palabras fuesen tajantes e inflexibles y él entrecerró ligeramente los ojos con recelo, lo que aumentó más todavía el poder que irradiaba.

–No me lo creo.

Él se acercó otro paso y ella captó el olor de su loción para después del afeitado, tan fuerte y dominante como el propio hombre. No podía apartar la mirada, la tenía atrapada por la de él. Se le aceleró el pulso y se preguntó si volvería a respirar de una forma normal. Cuando creyó que no podría seguir fingiendo indiferencia, el retrocedió un poco.

–Tampoco me creo que usted lo crea –siguió él antes de que ella pudiera reponerse y pensar una réplica–. No se lo cree en absoluto.

Estaba presionándola demasiado y lo miró con rabia mientras se preguntaba si podría reunir cierta seguridad en sí misma. Entonces, se acordó de que había hecho una donación

considerable a la fundación benéfica de su hermana y no podía hacer que lo expulsaran. Allegra ya tenía bastantes preocupaciones en ese momento como para añadirle una más por un hombre que no entendía la palabra «no». Tendría que lidiar sola con eso. Era imposible que hiciera una campaña de relaciones públicas para su empresa cuando era competidor de su cliente más importante.

–Señor Dragunov, lo que le dije se lo dije en serio –ella mantuvo la máscara de profesionalidad aunque su mera presencia estaba alterando cosas que hacía mucho tiempo que había encerrado bajo siete llaves–. Ahora no puedo hablarlo, pero puede pedir una cita a mi secretaria cuando vuelva a Nueva York.

Se oyó una ovación y dirigió su atención al escenario aunque no podía quitarse de encima la sensación de que él tenía poder sobre ella. No sabía cómo, pero él había conseguido tener ventaja y estaba en una posición superior a la de ella.

–Si me disculpa, tengo que hablar con mi hermana –añadió ella agarrándose a lo primero que se le ocurrió.

Hacía muchos años que no se sentía tan desbordada por una situación. Él la miró y sus ojos la atravesaron como si pudieran ver todo lo que ella había querido dejar atrás. No le gustaba lo más mínimo. Ya tenía bastantes preocupaciones sin que Liev Dragunov y su insistencia añadieran una más.

–Cene conmigo esta noche, señorita Di Sione. Si después sigue sin querer representar a mi empresa, la dejaré en paz.

¿Que cenara con ese hombre? ¿Por qué se le desbocaba el pulso solo de pensar en sentarse a una mesa con una copa de vino y cenar con él?

–Mi respuesta seguirá siendo la misma.

Ella mantuvo el aire de indiferencia para intentar disimular el remolino de emociones que se adueñaba de ella. Hacía mucho tiempo que no cenaba con un hombre.

–Entonces, no se perderá nada y habremos tenido el placer de estar juntos.

Él esbozó un asomo de sonrisa y ella se preguntó qué pasaría si sonriera de verdad. ¿Se suavizaría esa expresión implacable? Si lo hacía, derretiría los corazones de todas las mujeres.

–Si acepto –ella no supo de dónde habían salido esas palabras ni por qué estaba jugando con fuego–, comprobará que ha desperdiciado una noche, señor Dragunov.

–Estoy preparado para encajar esa posibilidad.

Él sonrió y confirmó lo que ella había supuesto. Era letal. Ella no pudo evitar imaginar cosas que nunca serían posibles con ese

hombre.

–Lo que estoy diciendo, señor Dragunov, es que no cambiaré de opinión bajo ninguna circunstancia.

–Entonces, podemos cenar y nada más. Está alojada en este hotel, ¿verdad?

Él miró su reloj y ella se encontró observando sus poderosas manos, y se sonrojó ligeramente cuando él volvió a mirarla.

–Sí… –contestó ella con recelo.

Parecía como si él supiera demasiadas cosas de ella, pero descartó la idea como algo descabellado y decidió que descubriría el motivo para que fuese tan insistente.

–Nos encontraremos en el salón a las siete y media.

Su tono, algo cortante por el acento, no daba lugar a la discusión, pero ella no estaba dispuesta a permitir que la dominara. Si quería que su empresa lo representara, tenía que saber quién tomaba las decisiones.

–No estoy segura de que sea una buena idea –replicó ella manteniendo la firmeza.

Él no se parecía a ningún hombre que hubiese conocido. Era indomable, pero había algo más. Cuando se marchó de su despacho, ella hizo las averiguaciones habituales, pero no encontró ningún motivo para rechazarlo aparte de que fuese un posible competidor de ICE, la empresa de su hermano.

–Una cena de trabajo, señorita Di Sione.

Él tomó aliento y sus anchísimos hombros se elevaron. Fue el único indicio de que estaba haciendo un esfuerzo por mantener la frialdad.

–Todavía espero poder convencerla para que represente a mi empresa.

–Eso no es posible…

Él la interrumpió para incredulidad de ella.

–Solo una cena.

Liev observó a Bianca di Sione, quien miraba alrededor mientras el orador terminaba el discurso entre aplausos, y no pudo contener la sonrisa de satisfacción. Por fin, la princesa de hielo había empezado a ceder. Todos sus intentos serios y profesionales habían sido en vano, pero, al parecer, solo se necesitaba un buen vino y una cena a la luz de las velas, como con casi todas las mujeres, y una del pasado en concreto. El catálogo de una subasta que vio en su mesa de despacho la semana pasada le había dado

esa pista. Si le gustaban las joyas, también le gustaría salir a cenar, aunque fuera con la excusa de una cena de trabajo.

Mientras habían hablado, había tenido que hacer un esfuerzo para no sentirse dominado por la imagen de Bianca, por el pelo largo y oscuro cayéndole sobre los hombros y las velas resaltando su belleza mientras cenaba enfrente de él. Esa imagen dominaba su cabeza y lo abrasaba por dentro, pero no podía permitir que nada amenazara sus planes. Sabía muy bien lo destructiva que podía ser una mujer hermosa, y lo mucho que podía conseguir que pensara en otra cosa. Había desechado implacablemente esos pensamientos. Desear físicamente a la arrogante Bianca di Sione no entraba en sus planes. Su estrategia era conseguir que su empresa representara la de él y que le permitiera acercarse al objetivo final. Ella era un medio necesario para un fin, y nada más.

–Solo una cena –ella miró su reloj y repitió lo que él acababa de pensar–. Nada más.

–Tiene mi palabra.

Ella lo miró y frunció el ceño. Él captó cierta vulnerabilidad en sus ojos azules, pero, acto seguido, el brillo de los témpanos lo dejó helado.

–¿Por qué iba a confiar en usted? No sé nada de usted, señor Dragunov. Para ser el propietario de una empresa tan próspera, es complicado encontrar alguna información sobre usted.

Había estado investigándolo… Había rechazado la generosa cantidad que le había ofrecido para que su empresa lo representara, pero, aun así, había mantenido el suficiente interés como para averiguar más cosas. Como siempre, poderoso caballero es don dinero.

–Creo que podría decirse lo mismo de usted, señorita Di Sione.

Él conocía todas las maneras de mantener la información a buen recaudo y, a juzgar por la discreción con la que dirigía su empresa, era un conocimiento que ella también tenía.

–¿Eso significa que ha intentado averiguar más cosas sobre mí? Yo he hecho lo mismo con usted.

Esa vez, ella lo dijo con cierto tono burlón y una sonrisa levísima en los labios. ¿Qué sentiría si se los besaba y notaba que se ablandaban debajo de los de él? Borró inmediatamente esa idea de la cabeza. Le fastidió que esa mujer lo alterara así.

–¿Hacer negocios no se trata de eso, de saber quiénes son tus enemigos?

Él, desde luego, sabía quiénes eran sus enemigos. Lo había

sabido desde que tenía doce años, desde que sus padres murieron con unos meses de diferencia. Después de que perdieran la empresa y la casa familiar, había tenido que presenciar la caída de su padre en una espiral de indiferencia y bebida. Estaba tan deprimido que no había cuidado de su esposa enferma. Él no había podido ayudar y se había encontrado viviendo en la calle, había tenido que robar para sobrevivir. Esos recuerdos estaban grabados en su cabeza; las cicatrices eran aún muy profundas. La rabia de su padre les había conmocionado a su madre y a él. Le habían arrebatado la familia feliz que habían formado, con un porvenir próspero y brillante, y había tenido que arreglárselas solo incluso antes de que sus padre murieran, cuando su madre estaba demasiado enferma y su padre demasiado ebrio.

Sí, efectivamente, sabía quién era su enemigo.

Dudaba mucho que ella supiera qué era un enemigo, se había criado mimada y protegida de los males del mundo por el nombre de su familia. Si ella lo hubiese querido, le habrían dado cualquier lujo. Lo único que tenían en común era la pérdida de sus padres, aparte de eso, pertenecían a dos mundos distintos.

–¿Enemigos? –ella abrió los ojos hasta mostrar con toda claridad lo azules que eran–. ¿Eso somos?

Él la miró y le molestó haberse olvidado de todo y haberle dicho la verdad.

–¿Cómo podría un hombre ser enemigo de una mujer tan hermosa como usted?

Para pasmo de él, ella se rio y fue un sonido agradable y delicado que despertó los recuerdos de una felicidad muy lejana en el tiempo.

–Acaba de ir demasiado lejos, señor Dragunov.

Las palabras fueron firmes, pero su sonrisa le iluminó el rostro y la máscara de frialdad se disipó brevemente permitiendo ver a una mujer hermosa y atractiva.

–Hasta esta noche, señorita Di Sione.

Se marchó antes de decir nada más o de permitir que ella lo hipnotizara y lo hiciera olvidarse de lo que quería. Estaba convencido de que, después de la cena, ella estaría dirigiendo una campaña lucrativa y de prestigio para su empresa. Por fin daría el primer paso para vengarse de la empresa que había destrozado a la de sus padres.

–¿Estás segura de que estás bien? –le preguntó Bianca a Allegra mientras su hermana, agotada, se dejaba caer en una butaca.

La conferencia había sido un éxito enorme, pero nunca había visto a su hermana con ese aspecto de cansancio. Normalmente, habría estado exultante después de un acto así. Evidentemente, la enfermedad de su abuelo estaba pasándoles factura… o, más bien, su empeño en que encontraran sus tesoros, sus amantes perdidas. Le había impresionado que también hubiese pedido a Matteo, su hermano, que encontrase una. Habían escuchado de niños las historias que contaba su abuelo sobre unos objetos preciosos que había tenido que vender cuando llegó a Estados Unidos, pero no sabían la historia completa. Ella, como Allegra y Matteo, pensaba hacer todo lo que pudiera para recuperar la pulsera que le había pedido su abuelo que le devolviera.

–Claro que estoy bien. Además, tenemos que hablar de cosas más importantes, como quién era ese hombre con el que estabas hablando antes.

–Esperaba que me lo dijeras tú, ya que es uno de tus patrocinadores más importantes –Bianca, preocupada por la palidez de su hermana, sirvió dos copas de vino y se asustó más cuando ni siquiera eso le interesó–. Es un multimillonario ruso que quiere que represente a su empresa. Estás bastante empeñado. Un poco demasiado, la verdad. Incluso, diría que ha hecho una donación considerable solo para presionarme.

–¿Y cuál es el problema? –le preguntó Allegra mirándola a los ojos.

–Para empezar, represento a ICE, y Liev Dragunov es un competidor. Sin embargo, hay algo más y no sé qué. Él tiene algo…

Era algo salvaje, como si la vida no lo hubiese amansado todavía. Bianca se quedó pasmada por lo que había pensado y le molestó que él se hubiese metido tan fácilmente en su cabeza.

–¿Algo aparte de lo guapo que es? –preguntó Allegra en tono burlón–. Bianca, no deberías rechazar a todos los hombres guapos que aparecen en tu vida. Lo que pasó con Dominic fue hace diez años.

–Entonces, te alegrará saber que he aceptado cenar con él… para hablar sobre si represento a su empresa, claro.

–Entiendo.

Allegra sonrió y Bianca se sintió aliviada. Aunque eso no significaba que pudiera preocuparla más con su abuelo. Cuando volvieran a Nueva York, tendrían tiempo para hablar tranquilamente. Bianca sacudió la cabeza.

–No, Allegra. Supongo que estoy preocupada por la salud del

abuelo y su última petición. Ha hablado tanto de Las Amantes Perdidas que han pasado a formar parte de nuestra infancia. Me pregunto por qué serán tan importantes en este momento.

–No lo sé, pero me parece que el collar de Matteo y mi caja de Fabergé no tienen relación. ¿Cómo llegó a tener el abuelo unos objetos tan carísimos? Le entusiasmó ver la caja y la acarició como si realmente fuese una amante perdida.

–Yo he encargado a unas personas que busquen el paradero de la pulsera; va a subastarse en Nueva York la semana que viene –Bianca recordó la alegría que había sentido al haber encontrado la pulsera–. Me puse en contacto con el propietario y le ofrecí comprársela, pero no quiso porque es una pieza única y prefería subastarla.

–Al menos, para ti será fácil conseguirla, solo tendrás que pujar –replicó Allegra.

Bianca volvió a sentir curiosidad por el tiempo que había pasado su hermana en Dar-Aman, donde habían encontrado la caja de Fabergé.

–Esto no tiene ningún sentido –comentó Bianca sin saber si preguntarle algo más a Allegra–, pero si hace que el abuelo sonría cuando está tan enfermo, haré lo que haga falta.

–¿No deberías irte?

Allegra miró el reloj como la madre que siempre había sido para ellos… ¿o estaría eludiendo las preguntas que ella anhelaba hacerle? Las dudas sobre haber aceptado cenar con Liev Dragunov empezaron a corroerla. No pensaba representar a su empresa y le desasosegaba que fuera tan insistente. Él tenía algo, algo que no podía definir, y no quería una preocupación más.

–Sí, supongo que no debería tener esperando a un hombre tan adinerado e insistente.

Cuando Bianca llegó al bar, eso era exactamente lo que había hecho. Lo vio inmediatamente. Destacaba por encima de todos los hombres que lo rodeaban, y no solo porque fuera tan alto y guapo. Tenía una presencia autoritaria incluso entre otros empresarios muy prósperos. Estaba sentado a la barra, de espaldas a ella, y eso le dio tiempo para fijarse en sus espaldas, en cómo le encajaba perfectamente la chaqueta, que resaltaba la fuerza de un cuerpo que sería la envidia de los hombres y la admiración de las mujeres. El pelo corto y castaño, que, probablemente, el sol había aclarado, le daba una dureza que disimulaba bajo la exhibición de riqueza. El éxito de ese hombre era innegable y lo exhibía con trajes hechos a medida y relojes caros. También algo sin refinar que dejaba

entrever el peligro y que, probablemente, era lo que explotaba para atraer a las mujeres. Aunque no a ella. No iba a volver a dejarse arrastrar por esa atracción destructiva.

–Lo siento, me he retrasado un poco.

Él se dio la vuelta y miró el vestido negro y clásico que se había puesto. Era lo bastante elegante para salir a cenar, pero no tan atrevido como para que él sacara conclusiones equivocadas. Si había un hombre con el que no quería equívocos, ese era Liev Dragunov.

Se sentó en otro taburete y cometió el error de mirarlo a los ojos. Eran grises con tonos azulados, como el mar en primavera justo después del invierno. También parecía que la observaban con una frialdad premeditada.

–¿No es ese un privilegio de todas las mujeres?

El tono grave de su voz era cortés, aunque condescendiente, y ella se puso a la defensiva.

–No. La verdad es que no lo es. Me he entretenido con un asunto familiar y me disculpo por ello.

–Yo me he tomado la libertad de pedir champán.

Él hizo un gesto al camarero, quien abrió una botella de champán y sirvió dos copas antes de que ella pudiera objetar.

–Me parece que tiene muchos conceptos equivocados sobre las mujeres, señor Dragunov.

Él levantó su copa y la desafió con la mirada a que rechazara el brindis, pero hubo algo que se despertó dentro de ella, algo que recibió con agrado el desafío que representaba Liev Dragunov. Chocó su copa con la de él sin poder contener una sonrisa.

–Y sobre una en concreto.

Él dio un sorbo del líquido espumoso. Ella se sonrojó al darse cuenta de que él había captado que lo había observado con todo detenimiento. Notaba que la conversación estaba desviándose incluso antes de haber empezado. Él hablaba como si eso fuese una cita y ella tenía que cambiar el rumbo por muy animada que se sintiera.

–Es posible que pueda explicarme algo sobre su empresa y por qué insiste tanto en que la mía la represente, que haya conseguido estar aquí, en Ginebra, al hacer una donación a la causa benéfica de mi hermana.

Él arqueó las cejas con un gesto levemente burlón en las comisuras de los implacables labios.

–Vaya, tenemos algo que celebrar, por fin estamos hablando de trabajo.

Y eso era lo que iban a hacer. Él, sin que ella supiera cómo, había conseguido que pensara en otra cosa y eso era algo que no podía permitir. Tenía que estar concentrada. Tenía que centrarse en recuperar la pulsera de su abuelo y en el lanzamiento de un producto nuevo que iba a hacer Dario el mes siguiente. Los rusos guapos no tenían cabida en sus planes.

–Que hablemos de trabajo no significa que mi empresa vaya a representar a la suya, señor Dragunov.

Podía ser el atractivo en persona, pero ella no sabía todavía por qué no confiaba en él. Su intuición le decía que estaba ocultando algo sobre sí mismo o sobre su empresa.

–Creo que ha representado a ICE.

Sus ojos grises como el acero se oscurecieron y su expresión se tornó seria.

–Sí, así es.

No estaba dispuesta a contarle que seguía representando a esa empresa, que, en ese momento, estaba ideando el lanzamiento de su último producto y que Dario, su hermano, dirigía ICE.

–Además, ¿no considera que su empresa es competidora de ICE? –añadió ella.

–¿Sería un problema que lo fuese?

Él la miró con una expresión que ella solo podría describir como recelo.

–Sería un conflicto de intereses, señor Dragunov. Como sabrá, ya que ha investigado meticulosamente mi empresa, al representar a ICE también represento a mi hermano Dario.

Liev no se inmutó cuando oyó el nombre de Dario di Sione, el propietario de ICE y primer objetivo de su venganza mientras ascendía a lo más alto. Era un buen jugador y nunca mostraba sus cartas.

–Mi empresa fabrica hardware y software que complementarían a ICE. No seríamos una competencia directa.

Ella lo miró fijamente y a él le pareció captar que titubeaba un instante.

–Señor Dragunov –replicó ella con la voz firme y la barbilla alta–, represento a ICE, la empresa líder del mercado. No veo ningún motivo para poner en peligro ese contrato por representar a su empresa, sea competencia directa o no.

Él apretó los dientes por ese menosprecio de su empresa, y de él como empresario. Quizá no fuese la empresa líder del mercado,

todavía, pero el empresario que él era en ese momento no estaba acostumbrado a que lo menospreciaran. No lo habría tolerado cuando empezó a reconstruir la empresa de su padre a partir de los residuos que había dejado la despiadada adquisición de ICE y no iba a tolerarlo en ese momento.

–¿Serviría de algo que fuese a su despacho y le enseñara algunas muestras de los productos? El miércoles que viene, por ejemplo.

–Lo siento, señor Dragunov, pero no serviría de nada y, además, el miércoles que viene tengo que asistir a una subasta.

Ella se levantó, tomó el bolso y dio por terminada la cena de trabajo antes de que hubiera empezado siquiera. Liev recordó el catálogo de la subasta que había visto en su despacho y le pulsera que estaba señalada. La reina de hielo sentía pasión por las joyas y confirmaba la primera impresión que había tenido de ella; era una niña rica y malcriada cortada por el mismo patrón que la mujer con la que creyó una vez que quería casarse.

–Muy bien, señorita Di Sione. Ha dejado muy claro lo que siente.

Su tono tenso no inmutó a esa fría mujer. Miró a Bianca, dejando a un lado el atisbo de interés que tenía por ella como mujer, y recordó el motivo para haberla buscado. Su plan para averiguar todo lo que quería saber sobre ICE podría haberse frustrado por el rechazo de ella a representar a su empresa, pero él no había acabado con ella ni mucho menos. Ella era la llave de la puerta para vengarse de una empresa que había destrozado a sus padres y le había arrebatado la infancia a él, le había arrebatado todo, su libertad entre otras cosas. Había más de una manera de conseguir lo que quería y ella acabada de ofrecerle una alternativa. Le arrebataría algo que ella anhelaba y ya sabía qué era.

Capítulo 2

El mazo cayó y alteró los nervios casi siempre sosegados de Bianca. Faltaban dos objetos y luego se subastaría la pulsera que había resultado ser una de Las Amantes Perdidas de su abuelo, y que le había pedido que recuperara. Miró la foto del catálogo. Era una pulsera maravillosa de esmeraldas y diamantes sobre una montura de hilos de plata entrelazados. La historia que les había contado nunca había dado la idea de que fuese una pieza tan valiosa, una pieza que la llevaría al límite. Volvió a sentir el fastidio con los propietarios por haber rechazado su oferta más que generosa antes de que saliera a subasta. Según ellos, les habían informado de que podrían ganar bastante más en una subasta. Ella había subido la oferta, pero en vano.

Volvió a concentrarse cuando oyó la voz del subastador. Pasara lo que pasase, tenía que mantener la serenidad, era una puja que iba a ganar. Le había prometido a su abuelo que haría todo lo que pudiera para encontrar la pulsera y, una vez encontrada, no iba a decepcionarlo.

Tomó una bocanada de aire cuando el mazo volvió a caer y terminó la subasta de un broche de oro entre el murmullo de los asistentes. Un movimiento en la sala llamó su atención y todos los nervios de su cuerpo se alteraron con algo parecido al miedo cuando miró.

Era Liev Dragunov. ¿Qué hacía allí? Ya había rechazado, educada y profesionalmente, representar a su empresa. No solo porque podía originar un conflicto de intereses con el próximo lanzamiento de su hermano Dario, sino porque también disparaba todas las alarmas de su cabeza. Tenía un aura de poder indiscutible y había demostrado una y otra vez que no aceptaba una negativa como respuesta.

En ese momento, no merecía la pena pensar en por qué estaba en esa subasta de joyas. No iba a permitir que la distrajera cuando estaba a punto de conseguir la pulsera. La felicidad de su abuelo dependía de que ganara la próxima subasta. Además, como las subastas y comprar joyas no eran sus pasatiempos preferidos, tenía que concentrarse. Ya tendría tiempo más tarde de ocuparse de la insistencia del señor Dragunov, de una vez por todas.

La indignación se adueñó de ella cuando él tuvo el descaro de sonreírle como si fuesen amigos. Sin embargo, no iba a engañarla. Pudo ver, incluso desde esa distancia, que la sonrisa no se había reflejado en sus ojos grises y gélidos y la desconfianza aumentó, pero ¿qué estaba tramando?

El mazo cayó y el estruendo la sobresaltó. Maldito fuera, casi había conseguido distraerla, casi se había olvidado de la subasta. Se concentró en el subastador. Estaba decidida a conseguir la pulsera como fuese.

–El próximo objeto es una pieza de orfebrería impresionante. Es una pulsera de plata con diamantes y esmeraldas.

La voz del impecablemente vestido subastador casi le crispó los nervios. No apartó la mirada del atril de madera desde donde el subastador miraba a los asistentes. Empezó la puja y ella hizo un gesto discreto con la cabeza. Le alarmó que el precio empezara a subir muy deprisa, pero no le preocupó. Su empresa era una de las más prósperas de su sector y todavía no tenía que dejarse llevar por el pánico, aunque sí tenía que quedarse esa pieza. Afortunadamente, las pujas se calmaron y dejó escapar un suspiro de alivio cuando su puja siguió siendo la más alta.

Justo cuando el mazo iba a caer, la multitud contuvo la respiración al oír otra puja asombrosamente alta, tanto que se acercaba muchísimo a su tope. Quiso mirar alrededor para ver quién quería privar a su abuelo de uno de sus últimos deseos, pero, fiel a su estilo, se mantuvo impasible y completamente concentrada en su tarea. Subió la puja con el corazón desbocado y la esperanza de que eso disuadiera al coleccionista más ávido. Sin embargo, el público volvió a contener la respiración al ver que las cifras subían en la pantalla. ¿Quién estaba haciéndole eso? Volvió a pujar y miró alrededor para intentar localizar al otro pujador. Entonces, vio que Liev Dragunov hacía un gesto con la cabeza al subastador y volvía a superarla por una diferencia ridícula. ¿Qué estaba haciendo?

La rabia se apoderó de ella y dejó de pensar de una forma racional. Tenía que quedarse esa pulsera y todo lo demás daba igual. Volvió a pujar. Sería su última puja y ya se había pasado del límite previsto. Miró a Liev con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido, pero él mantuvo la expresión como si estuviese esculpida en hielo. Él, para indignación de ella, volvió a pujar, pero no lo hizo con el habitual gesto de la cabeza, sino que lo dijo con descaro, de palabra y con un fuerte acento. ¡Había doblado la puja de ella!

Se quedó pasmada y no existió nada más durante unos segundos, hasta que el mazo del subastador confirmó la venta… y su fracaso. ¿Cómo había permitido que sucediera?

Los aplausos que siguieron a la puja insultantemente alta de Liev acabaron sofocándose, pero los latidos desbocados de su corazón, no. Ni siquiera podía moverse. Había fallado a su abuelo. Allegra le había dicho que lo único que tenía que hacer era pujar y ni siquiera había sido capaz de hacerlo. Jamás se le había pasado por la cabeza que no fuera a quedarse la pulsera, y mucho menos que Liev Dragunov fuera a pujar más que ella. Cuando se repuso y se levantó, con las mejillas ardientes por la humillación, no pudo ver a Liev por ninguna parte. Indudablemente, estaría saldando su deuda. El recelo se abrió paso en su cabeza. ¿Habría pujado para obligarla a que representara a su empresa? Era descabellado, pero solo había una manera de averiguarlo; haciéndole frente.

Liev esperó. Su paciencia le había dado buenos resultados, como los retazos de conversación que había oído entre su hermana y ella sobre la pulsera. Por fin estaba a punto de conseguir lo que quería, que Bianca di Sione bailara al ritmo que marcaba él.

Se quedó fuera de la sala de subastas y la observó mientras salía mirando alrededor. A juzgar por la expresión de furia de su rostro, estaba buscándole a él, la persona que la había privado de su último capricho, como una mujer que giraba la cabeza cuando veía una joya cara y reluciente.

Ya no tenía que perseguirla ni engatusarla para que aceptara representar a su empresa. Sus fuentes habían hecho un buen trabajo. Las discretas averiguaciones de ella sobre la pulsera le habían permitido a él moverse con rapidez y había convencido a los vendedores de que su interés era auténtico, de que no deberían aceptar ninguna oferta antes de la subasta porque, pasara lo que pasase, él doblaría la puja más alta.

Ya había demostrado que su cuenta bancaria era digna de la sociedad más selecta de Nueva York y también quería que su nombre figurase entre élite del mundo empresarial, algo que conseguiría gracias a Bianca di Sione. Tenía su anhelada pulsera, esa por la que haría cualquier cosa, y estaba seguro de que haría caso a su próxima petición. Ya no necesitaba solo que representara a su empresa para conseguir la información que le permitiría vengarse. En ese momento, tenía unos planes mucho más ambiciosos. Se había interpuesto en su camino, les había

menospreciado a su empresa y a él, y pagaría por ello. No solo emplearía el apellido Di Sione para que se le abrieran las puertas de la sociedad que le habían sido cerradas porque era un ruso salido de la nada, también se cercioraría de que la familia Di Sione no olvidara nunca su nombre.

–¿Cómo ha podido…?

El tono furioso de Bianca le habría alertado de su presencia aunque no lo hubiese hecho la descarga que había sentido en todo el cuerpo. Se dio la vuelta para mirarla y vio que la rabia le sonrojaba las mejillas y le brillaba en los ojos. Sin embargo, estaba seguro de que había algo más y afrontó su rabia en silencio.

–Lo suyo es increíble. Ha hecho esto porque no quiero representar a su empresa. Sabía que usted era una fuente de problemas, que no se podía confiar en usted.

Siguió con su perorata y captó la atención de quienes los rodeaban. La furia que se reflejaba en su rostro y la desesperación de su actitud consiguieron que sonriera. Estaba muy hermosa e increíblemente apasionada con ese brillo deslumbrante en los ojos y quiso besarla para que se callara sumisamente.

–No tenía ni idea de que quisiera tanto la pulsera.

La miró con las cejas arqueadas y con el convencimiento de que su tono mesurado era tan irritante como que hubiese conseguido la pulsera, rebajándola tanto como lo había rebajado ella en el bar de Ginebra cuando había rechazado representar a su empresa. Podía notar que el ardor de su rabia estaba quemándolo a él.

–Me vio pujar. Es como si me la hubiese robado.

Entonces, la rabia de él igualó a la de ella, pero si bien la de ella era abrasadora, la de él era gélida. Nadie le había llamado ladrón sin pagar por ello.

–Piense lo que quiera de mí, señorita Di Sione, pero jamás me llame ladrón.

Su acusación lo devolvía a los días que había vivido en las calles de San Petersburgo, pero apretó los puños para que ella no le hiciera perder el dominio de sí mismo.

–Necesito la pulsera.

Ella lo dijo con un levísimo tono de desesperación. Otra persona podría no haberlo captado, pero él había pasado años en las calles apañándoselas solo y le encantaba tener esa capacidad.

–Lo siento. ¿La he privado de su último capricho?

Sintió un regusto amargo en la boca cuando volvió a pensar en ella, que se había criado como una princesa mientras él y otros

desdichados habían llegado a pasar días sin comer.

–¿Para qué puede quererla usted?

Ella lo preguntó en voz más baja y controlada, pero la rabia seguía reflejándose en sus ojos. Cerró la puerta del pasado porque solo podría enfurecerlo y la furia no le serviría de nada en ese momento, solo necesitaba frialdad y dominio de sí mismo. Esperó con calma mientras ella clavaba esos ojos azules en él con la respiración entrecortada, como si acabasen de darse un beso. La idea despertó una oleada de excitación en él y quiso conocerla más íntimamente, quiso saber cómo besaba, cómo le gustaba que la abrazaran, pero dejó a un lado esos pensamientos.

–Eso no es de su incumbencia.

–Le pagaré el doble de lo que ha pujado.

¿El doble? ¿Realmente quería tanto la pulsera? Él ya sabía que era una mujer que se deslumbraba fácilmente por esas frivolidades, pero ¿pagar el doble? No se le pasó por alto el gesto de irritación que le arrugó fugazmente la frente. No podía presionarla mucho más con su silencio. El resultado ya era inevitable. Conseguiría lo que quería, pero necesitaba que ella estuviese al menos dispuesta si quería tener alguna posibilidad de conseguir la información que necesitaba.

–Doblaré lo que ha pagado y redactaré un contrato para representar a su empresa durante doce meses.

–Está desesperada, ¿no? Es posible que sea algo más que un mero capricho.

Él no pudo evitar aguijonearla para ver ese brillo de rabia en sus ojos.

–Es mucho más, pero no espero que un hombre como usted vaya a entenderlo.

Él captó la indirecta. ¿Conocía su pasado? Ya lo había acusado de ser un ladrón. ¿Había investigado tanto que había encontrado la prueba que lo maldecía para siempre?

–¿Un hombre como yo? ¿Qué significa eso, señorita Di Sione?

–Lo que ha hecho demuestra que es insensible y despiadado, que no es mejor que un ladrón.

–No necesito que me lo diga usted.

Él hizo un esfuerzo para disimular la rabia. Su devastadora infancia lo había convertido en el hombre que era y no necesitaba que una niña rica y malcriada le recordara el pasado.

–Triplico lo que pagó –dijo ella inexpresivamente–. Es mi última oferta.

–Creo que no está en una posición de hacerme ofertas, señorita

Di Sione.

–Y mantengo la oferta de representar a su empresa.

Su voz firme seguía teniendo restos de desesperación. Eso era lo que había querido al principio, pero el envite había subido mucho de repente. Ella deseaba tanto la pulsera que había triplicado el precio que había pagado él. Ella era la llave para todo lo que codiciaba él. Tenía todo lo que necesitaba para vengarse de la muerte innecesaria y prematura de sus padres gracias a su pasión por las esmeraldas y los diamantes. Tenía a Bianca di Sione donde quería tenerla y pensaba aprovecharlo plenamente.

–Cuando deje de hacer ofertas ridículas, yo le propondré algo.

Por fin había dejado claras sus intenciones y estaba segura de que no iban a gustarle las condiciones de esa… propuesta. No podía terminar de creerse que estuviese pasando eso. De no haber sido por la familia que vendía la pulsera, de su empeño en que saliera a subasta, ella no estaría en esa situación, en manos de un hombre que la desquiciaba y excitaba al mismo tiempo.

Miró al Liev con el recelo de siempre. ¿Qué hacía allí comprando joyas? Tenía que haber sabido que ella deseaba la pulsera y que estaría en la subasta. ¿Cómo lo había averiguado y, lo que era más importante, qué interés tenía él?

Tomó aire para intentar serenarse. Si permitía que él viera lo alterada que estaba, eso solo le daría más poder sobre ella… y ya tenía bastante.

–¿Cuál es el trato, señor Dragunov?

–Necesito que me acepten.

Las palabras frías estaban cargadas de furia y ella notó que se ponía tenso. A pesar de estar entre toda la gente que había acudido a la subasta, parecía como si estuviesen solos, como si hubiese conectado con él en un plano que no había conocido nunca. Eso solo sirvió para aumentar la percepción que tenía de él, ¿o era la impresión y la rabia por lo que había pasado? La pulsera que le había prometido a su abuelo se le había escapado entre los dedos y había ido caer en manos de un multimillonario ruso y despiadado con unas intenciones ocultas.

–¿Que le acepte quién?

La pregunta le brotó mientras intentaba encontrar el sentido de todo lo que estaba diciendo él. Tenía que haber tramado todo eso, pero ¿por qué? Su empresa no era la única compañía de relaciones públicas que había en Nueva York y que podía promocionar a su

empresa. ¿Por qué estaba obsesionado en garantizarse un contrato con ella?

–La sociedad –contestó él con acritud, con un acento más marcado y sin disimular la rabia.

–Eso no puede comprarlo.

Ella pensó en su propia vida. Se había criado en esa sociedad y la habían aceptado porque había nacido entre ellos. Sin embargo, también había visto cómo cerraban filas contra los intrusos. Daba igual el dinero que tuviera un hombre o una mujer, se necesitaba mucho más que eso para entrar en la élite de Nueva York.

–Precisamente por eso la necesito.

La miró con una frialdad que le produjo un escalofrío en toda la espalda. Fueran cuales fuesen los motivos que tenía para querer que la sociedad lo aceptara, estaba dispuesto a conseguirlo como fuera.

–¿A mí?

Ella, atónita por la propuesta, no pudo formar una frase. Hacía muy bien su trabajo, pero lo que le había pedido eran palabras mayores, tanto profesional como personalmente. No tenía la capacidad para conseguirle la aceptación que anhelaba. Su abuelo era quien tenía todo el poder de la familia, o Alessandro, como su nieto mayor. Ella solo era una de las tres hijas Di Sione cuyos padres habían muerto trágicamente cuando ella solo tenía dos años. Ni siquiera era la hija mayor. ¿Cómo iba a poder conseguir que aquellos entre los que se había criado aceptaran a ese hombre?

–La necesito al lado. Usted será la llave que me abrirá la puerta de su mundo.

Sus ojos grises y gélidos la miraron fijamente y ella se habría reído de no haber sido por la seriedad que vio en ellos.

–De verdad, ha elegido a la persona equivocada si cree que yo tengo la influencia necesaria para que entre en la sociedad neoyorquina.

El leve tono burlón de su voz hizo que él se irritara más todavía. Ella lo notó hasta en el rincón más recóndito de su cuerpo y se estremeció.

–Puede si es mi prometida. El anuncio de nuestro compromiso será el primer paso para ese cambio.

–¡Nuestro compromiso! –ella estuvo a punto de atragantarse–. No vamos a prometernos bajo ningún concepto.

Él se acercó con la determinación grabada en el rostro. Ella quiso retroceder, alejarse del peligro, pero el pasado le había

enseñado que era mejor hacer frente a las cosas cuanto antes. Él expuso las condiciones definitivas de su trato mientras ella daba vueltas a lo que había pensado.

–Si quiere tener la más mínima posibilidad de recuperar la pulsera, nos prometeremos.

Él casi se lo susurró el oído, lo dijo con tanta delicadeza que cualquiera que los hubiese visto habría pensado que eran unos enamorados. Entonces, retrocedió y se chocó con alguien que pasaba por detrás de ella. No se disculpó. No podía hablar, solo podía pensar en su despiadada condición.

–¿Qué?

Ella pudo hablar por fin, pero lo hizo tan alto que las personas que tenían al lado los miraron. Intentaba descifrar lo que había dicho él, pero estaba tan impresionada y aturdida que no podía.

–Vamos a prometernos.

–No tengo intención de prometerme con nadie, y menos con un hombre como usted.

Lo miró con el ceño fruncido; estaba atónita de que pudiera insinuar siquiera algo así para poder entrar en un mundo en el que no había nacido, un mundo al que no pertenecía.

–¿Un hombre como yo? ¿Un ladrón y un don nadie? –preguntó él en un tono amenazante.

Ella levantó la barbilla para no demostrarle que tenía miedo.

–No he querido decir eso y lo sabe.

–Para su información, si yo pudiera elegir, no me prometería con una niña rica y malcriada como usted.

A ella le escoció la conclusión de que era materialista y contó las joyas que tenía. Se alejaba tanto de la verdad que daba risa, pero no podía reírse en ese momento.

–Entonces, ¿por qué íbamos a prometernos?

–Es un medio para alcanzar un fin. Después de tres meses prometidos, durante los cuales se encargará de que me abran las puertas de la sociedad neoyorquina, recibirá la pulsera.

–No –ella ya había comprendido que él quería utilizar la pulsera para conseguir sus objetivos, pero prometerse…–. No podemos prometernos. Tiene que haber otra manera.

–Usted misma dijo que no conseguiría mis metas solo con tenerla a mi lado –replicó él con serenidad.

Evidentemente, la idea de engañar a toda la sociedad de Nueva York no le preocupaba tanto como a ella. ¿Cómo iba a salir y a codearse con ellos siendo la prometida de él?

La había arrastrado a la mayor trampa que había visto y la

había montado ella misma al darle toda la munición que necesitaba. Su primera intuición había sido acertada. Era despiadado y un problema.

–No lo haré.

–Entonces, no podrá sumar la pulsera a su colección de caprichos –replicó él arqueando las cejas con una sonrisa desalmada.

–¿Pujó por algo que yo deseaba solo para satisfacer su propia codicia?

–Sí.

A él no le avergonzaba la pregunta de ella, si acaso, le enorgullecía.

–Eso es chantaje.

Estaba furiosa con él y con lo injusto que era todo. ¿Qué iba a decirle a su abuelo?

–No es chantaje, señorita Di Sione, son negocios. ¿Cerramos el trato?

Liev captó el espanto en el rostro de Bianca. Esperar su respuesta era un mero formalismo, sabía cuál iba a ser.

–Si me niego, si no soy su prometida falsa, pero le encuentro a alguien que lo sea, ¿me venderá la pulsera hoy?

Él no podía creerse que le hubiese preguntado eso, pero le gustaba la expresión «prometida falsa». Esa parte de su plan de venganza no se le había ocurrido hasta que la oyó hablar con su hermana en una sala privada en Ginebra. Cada vez que había pujado ella, había confirmado esos retazos de conversación. Haría cualquier cosa por conseguir la pulsera y, evidentemente, no era jugadora de póquer porque había dejado ver todos sus sentimientos mientras pujaba.

–Rotundamente no –contestó él sin alterarse.

Si Bianca era su prometida, la sociedad lo aceptaría antes y esa era la mejor manera de obtener la información que necesitaba sobre la empresa de su hermano, y de llegar a la persona responsable del hundimiento de la de su padre.

–Sospechaba que era despiadado, pero esto es inhumano.

Ella le recordó a los gatos asilvestrados con los que había vivido en las calles cuando era poco más que un niño.

–Corríjame si me equivoco, señorita Di Sione, pero no tiene a nadie especial en su vida ni lo ha tenido durante muchos años.

Él esbozó una sonrisa muy leve cuando vio que ella

entrecerraba lo ojos con recelo y pensó por un instante cómo sería ser el hombre de su vida. Era gélida e inaccesible, pero estaba seguro de que, cuando saltaran las chispas de pasión, serían devastadoras. Aunque ya había caído en las garras de una mujer así y no pensaba volver a hacerlo.

–Eso no tiene nada que ver con esto.

–Claro que sí. ¿Cómo íbamos a prometernos si se cree que está enamorada de otro hombre?

Él sintió cierto remordimiento de conciencia cuando vio que ella intentaba dominar el pánico que era evidente en su cara pálida. La idea de prometerse con él le espantaba y se preguntó cómo sería el hombre que ella elegiría.

–Tiene que haber otra persona. No puedo ser la única que pueda introducirlo en la sociedad.

Bianca lo miró sin poder creerse que estuviera hablando en serio. Sin embargo, su expresión dejaba muy claro que no bromeaba lo más mínimo. Era la única manera de conseguir la pulsera… ¿y acaso no se había reconocido a sí misma que haría cualquier cosa para conseguirla?

–No la hay si quiere la pulsera.

–Es usted rastrero.

Ella quería demostrarle lo furiosa que estaba, pero se dio cuenta de que eso daría más importancia a la pulsera. Él no podía saber cuánto la deseaba ni por qué. Si llegaba a saberlo, tendría todo el poder.

–Eso han dicho.

La réplica fría y distante de él no tenía sentido, pero a ella le daba igual lo que sintiera, solo le importaba satisfacer los últimos deseos de su abuelo. Si tenía que hacerlo de esa manera, lo haría… por el momento. Haría todo lo que pudiera y lo antes que pudiera para darle a ese hombre lo que quería, pero ¿podía confiar en que mantendría su palabra?

–Nunca, en ninguna circunstancia, será un compromiso real. No durará más de tres meses y, una vez transcurridos, me dará la pulsera.

Bianca expuso sus condiciones. Lo sucedido hacía diez años y las apuestas que hizo en el baile de graduación el hombre al que había amado en la distancia surgieron como demonios del pasado. Creyó que había superado aquella humillación. La había desgarrado emocionalmente y había hecho que mantuviera a los

hombres muy lejos de su corazón. Había salido virgen de aquella experiencia, con la reputación intacta y la promesa de que nunca volvería a ser tan ingenua. Además, no había vuelto a confiar en un hombre y, desde luego, no confiaba lo más mínimo en Liev Dragunov. Sobre todo, cuando tenía lo único que ella tenía que tener y no le dejaba otra alternativa que aceptar sus condiciones.

–Es más –siguió ella antes de que él pudiera decir algo–, si consigue sus objetivos antes de ese plazo, nuestro compromiso se romperá y me dará la pulsera.

–Parece segura de que puede conseguirlo –replicó él con cierto recelo.

Ella lo miró y tuvo que contenerse para no marcharse y olvidarse de todo. Tenía que hacer eso y lo haría.

–El único inconveniente que tendré será convencer a todo el mundo de que… me he enamorado de semejante… –ella balbució y se detestó por hacerlo.

–¿De semejante?

Ella volvió a mirarlo. Irradiaba riqueza y poder, pero eso no podía disimular al hombre indómito que había debajo. Era algo que atraería a las mujeres, pero ella no era una mujer de esas. No lo había sido nunca y no lo sería.

–Rebelde despiadado.

Él se rio como si estuviese orgulloso.

–¿Tengo su palabra? Tres meses como máximo.

–Tiene mi palabra. Recibirá la pulsera antes de tres meses si se ha conseguido que la sociedad neoyorquina acepte lo suficiente mi nombre.

–¿Y si no? –preguntó ella aunque ya sabía la respuesta.

–No volverá a ver la pulsera, pero estoy seguro de que su talento como relaciones públicas me allanará el camino.

Ella lo odió como no había odiado a ningún hombre. Sin embargo, no había escapatoria, al contrario que hacía diez años. Esa vez estaba lidiando con alguien mucho más decidido, una fuerza de la naturaleza que había dado con su talón de Aquiles, su abuelo.

–Tres meses, ni un día más –reiteró ella con firmeza.

–Sí.

Su acento ruso, que se había suavizado cuando le susurró las condiciones al oído, volvió a ser muy marcado de repente.

–¿Y cuándo propone que empiece este compromiso falso? –preguntó ella.

Efectivamente, no sabía cómo se tomarían sus hermanos la

noticia del compromiso. Sobre todo, Allegra, quien sabía todos los detalles sórdidos del baile de graduación y por qué había jurado que nunca tendría nada que ver con un hombre. ¿Cómo podía decirle que estaba dispuesta a jugarse la reputación solo para conseguir la pulsera que tanto anhelaba su abuelo? Volvió a pensar en lo cansada y demacrada que le había parecido Allegra cuando estuvieron en Ginebra y supo que, pasara lo que pasase, podía confiar en ella. Aunque no en ese momento, eso era algo que tendría que afrontar sola.

Miró fijamente a los ojos grises de Liev para que no notara su desasosiego.

–Empezará ahora mismo.

Capítulo 3

Liev estaba convencido de que esa mujer que acababa de desafiarlo apasionadamente no había aceptado de verdad sus condiciones, no completamente. Sus ojos le habían aguantado la mirada desafiantemente y él sabía que seguía intentando encontrar una solución alternativa, que estaba ganando tiempo. Lo único que necesitaba él era descubrir por qué era tan importante la pulsera, por qué estaba dispuesta a aceptar un trato tan draconiano por una joya. Sin embargo, eso no era urgente por el momento. Tenía que preparar la puesta en escena de su compromiso y tenía que ser convincente.

–En este momento, podemos pasar por unos enamorados que han tenido una pelea, pero vas a tener que hacerlo mejor si queremos convencer a todo el mundo de que estamos locamente enamorados y nos hemos prometido.

–¿Locamente enamorados? –preguntó ella con una sorpresa que no pudo disimular.

–Sí, Bianca, locamente enamorados. Así se garantizará más que la sociedad me acepte. ¿Crees que puedes representar a una mujer enamorada?

Él bajó la voz y la provocó sin piedad, disfrutó al susurrárselo al oído, pero captó el olor de ella y le desequilibró todos los sentidos.

–No se preocupe por eso, señor Dragunov. Me he pasado la vida bajo los focos y puedo representar mi papel.

Las palabras de Bianca volvieron a cortar en seco el camino que habían tomado sus pensamientos.

–En ese caso, no tendrás reparos en que te pase el brazo por los hombros mientras nos marchamos y, naturalmente, como estamos enamorados, parecerás encantada, extasiada. No en vano, acabo de comprarte un regalo muy caro. Además, y lo que es muy importante, me llamarás Liev.

–¿Adónde vamos?

Por un instante, ella pareció sobresaltarse y él volvió a tener cierto remordimiento por algo, pero se recordó inmediatamente que esa belleza gélida estaba aceptando su propuesta por una baratija. Serían diamantes y esmeraldas, pero era una frivolidad en

cualquier caso. Era el tipo de mujer que despreciaba y solo había un motivo para que estuviese allí con ella; vengarse de la empresa que su hermano dirigía en ese momento, la responsable de la ruina de su familia. Dejó a un lado el dolor del pasado para representar su papel, sonrió y se acercó más, como haría un enamorado. Volvió a captar el olor de su perfume, cerró los ojos un momento y aspiró el aroma a rosas de verano. Iba a disfrutar enormemente con algunas partes de esa venganza.

–Primero, mientras nos marchamos, tendremos que pasar por delante de los periodistas que habrán acudido para saber quién ha pagado ese disparate por la pulsera. Luego, buscaremos un bar tranquilo para hablar de los detalles más concretos de nuestro trato.

–No se preocupe, señor Dragunov, sé cómo tratar con la prensa.

Él sonrió por su tono despreocupado y admiró la batalla que todavía libraba por dentro.

–Tengo motivos de sobra para creer que así es.

Ella abrió los ojos, que se tornaron de un azul oscuro que le recordó a las aguas del mar, y eso le dio a entender que no había pensado en la posibilidad de que la prensa estuviera afuera a pesar de su fanfarronada. Sin embargo, él si lo había pensado y estaba dispuesto a que fuese la primera vez que los vieran como pareja.

–Será una buena ocasión para comunicar el compromiso.

–¿De verdad va en serio sobre el compromiso? –preguntó ella con incredulidad.

–No puedo ir más en serio, Bianca.

Llamarla por su nombre despertaba una oleada de excitación en él, seguramente, porque ella tomó una bocanada de aire y sus labios carnosos resultaron más deseables. No había pensado en esa inoportuna atracción hacia la mujer que era la llave para poder vengar a sus padres. No volvería a hacerlo, solo tenía que mantener la concentración. Cualquier otro sentimiento sobraba, como había pasado siempre.

–Hay un bar en la manzana siguiente. Estará lo bastante tranquilo como para que podamos hablar de los detalles más concretos de nuestro trato.

Él le tomó la mano y pudo notar que ella titubeaba antes de permitirle que se la agarrara con fuerza.

–¿Qué me dice de la pulsera? –preguntó ella demostrando su desconfianza.

–Está a salvo y seguirá así hasta que nuestro trato se haya cumplido.

Dicho lo cual, él se dirigió hacia la puerta de la casa de subastas. Cuando les abrieron la puerta, le soltó la mano, le pasó un brazo por los hombros y la estrechó contra su cuerpo. Era agradable tenerla así, sintiendo cada paso que daba y cada curva de su cuerpo. Los destellos de las cámaras iluminaron el atardecer y él se sintió dominado por la satisfacción. ¿Qué dirían los titulares? ¿La puja más alta del año en la casa de subastas o Bianca di Sione sale con un multimillonario ruso? Le parecía bien cualquiera de las dos cosas. Salió con Bianca entre la multitud y paró un taxi.

Bianca se montó en el coche y se alegró de estar a salvo de los flashes. Ser el centro de atención de la prensa no era algo nuevo para ella. La habían perseguido desde que tuvo uso de razón. Esa atención no le había agradado, desde luego, pero había aprendido a lidiar con ella y la había evitado cuando había podido. Miró a Liev cuando se sentó a su lado sin poderse creer todavía lo que había pasado. Él dio una dirección sin alterarse y parecía contento de que los hubiesen fotografiado juntos. Tenerlo tan cerca la alteraba y tuvo que hacer un esfuerzo para no alejarse de él. El corazón también se le aceleró un poco e hizo que sintiera… vértigo. ¿Podía saberse qué le pasaba?

–Ya lo han fotografiado como mi acompañante. ¿Qué es lo siguiente, señor Dragunov? ¿Ya ha elegido el anillo de compromiso?

No pudo evitar preguntarlo en un tono despreocupado, pero ¿fue por el pánico de estar tan cerca de él o por la situación en la que se encontraba metida? La rabia brotó otra vez por el desconcierto y juntos formaron un cóctel embriagador. ¿Cómo podía encontrar atractivo a un hombre y odiarlo a la vez?

–Sí, la verdad es que sí.

Ella se sobresaltó y lo miró. La luz dorada del atardecer resaltaba el contorno de su rostro y le daba un aire peligroso. Dominaba hasta el aire que respiraba y ella intentó dominar al hormigueo de excitación que le producía el mero hecho de estar sentada a su lado.

–Pero no tiene nada de falso –añadió él.

–No puedo creerme que esté haciendo todo esto solo porque no quise representar a su empresa –replicó ella llevada por la desesperación.

–Eso solo fue un pequeño inconveniente, no era mi objetivo

principal.

La miró con unos ojos implacables. Todo lo demás dejó de existir por segunda vez en el día y se zarandeó mentalmente. ¿Dónde estaba la Bianca imperturbable que se había abierto paso en la vida durante los últimos diez años sin amor y, desde luego, sin esa clase de atracción física?

–¿Cuál es su objetivo principal, señor Dragunov?

Se obligó a sí misma a centrarse. Tenía que estar muy atenta con ese hombre, él ya se lo había demostrado.

–Liev.

Santo cielo, hasta oírle decir su nombre era sexy. Tenía que dejar de pensar esas cosas en ese instante. Tenía que dominarse y serenarse. Ya sabía las consecuencias que tenía mostrar los sentimientos y ¿acaso lo que él proponía no era una batalla? Una batalla que estaba dispuesta librar. Se acordó de lo que le había dicho a Allegra, que haría cualquier cosa para conseguir la pulsera de su abuelo. Parecía como si Liev fuese a poner a prueba esa afirmación hasta el final, pero ese hombre arrogante no podría con ella. Haría lo que fuese para arrebatarle la pulsera, hasta fingir un compromiso.

Su compostura y frialdad habituales estaban alteradas de verdad. Era como si estuviera otra vez en aquel baile de graduación cuando estuvo a punto permitir que la utilizaran de la forma más elemental. Ella había resultado ser un desafío solo por llevar el apellido que llevaba. Pero había logrado salir airosa de la situación. Había conservado la reputación y había destrozado la del muchacho al que creía haber amado. Desde entonces, se había mantenido alejada de los hombres, había decidido que no dejaría que nadie se acercara para no cometer el mismo error otra vez. Sin embargo, en ese momento, al encontrarse con un hombre como Liev, había mostrado sus sentimientos y todo se había desenmarañado. ¿Cómo podía no meter los sentimientos en la tarea de recuperar algo que su abuelo deseaba tanto que le había dicho que era su último deseo?

–Tienes que llamarme Liev.

El tono impaciente fue muy claro y tuvo que contener una sonrisa al saber que estaba irritándolo. El taxi se paró y Liev se bajó. Ella pensó cerrar la puerta y decirle al taxista que la llevara a su casa. Lo habría hecho si ese hombre le hubiese arrebatado otra cosa, pero la pulsera era el último deseo de su abuelo. No podía dejar que Liev se marchara con algo que podría hacer feliz a su abuelo durante los últimos días de su vida. Aunque le gustaría

saber por qué era tan importante para él. Ni Matteo ni Allegra habían oído la historia completa cuando les había encomendado tareas parecidas. Solo sabían que cada uno de los objetos era una de las amantes perdidas de las historias que les había contado cuando eran pequeños, como si fueran parte del cuento de hadas de los Di Sione.

Se bajó del taxi. El rumor del tráfico y el ruido de las sirenas la abrumaron, ¿o era el hombre que la observaba? Su mirada de águila era desquiciante.

–Ha sido una decisión muy acertada –ella frunció el ceño, pero él siguió antes de que pudiera preguntarle qué quería decir–. No marcharte en el taxi.

–Estuve tentada y te aseguro que lo habría hecho si hubiese habido otra alternativa, pero antes tenemos que aclarar los detalles de nuestro trato y te lo advierto, Liev, me marcharé si esos detalles no son ventajosos para los dos.

Quiso decirle que la pulsera no significaba tanto para ella, que se había equivocado al considerarla una niña rica y malcriada, pero temía que solo consiguiera que él se fijara otra vez en la pulsera. Si él podía plantear un trato así, podía hacer cualquier cosa. No podía bajar la guardia.

–Y yo te aseguro, Bianca, que lo serán.

Su forma de decir su nombre, acariciándolo aunque su voz permanecía dura como el granito, hizo que se estremeciera como si la hubiese tocado de verdad, y se detestó a sí misma por eso.

Entraron en el bar y no le pasaron inadvertidas las miradas que les dirigieron ni que él captaba la atención de casi todas las mujeres que había dentro. Era atractivo, eso era indiscutible, pero de una forma ruda y arisca. ¿Sería acaso que solo la odiaba a ella porque la consideraba una privilegiada malcriada? No había ocultado lo que pensaba de ella.

Contuvo el aliento cuando él le puso la mano en la espalda para llevarla hacia una mesa que estaba apartada de resto del bar y que les brindaría la privacidad que buscaban. ¿Había planeado todo hasta ese punto? El recelo reapareció y estuvo más convencida de que él había sabido que estaría en la subasta. Contuvo la rabia que le bullía por dentro. Se sentó en el asiento con la esperanza de que él se sentara enfrente porque no se sentía capaz de volver a estar cerca de él después del breve recorrido en taxi. Seguía sin poder entender el efecto que tenía en ella, que pudiera abrasarse por dentro solo por estar ceca de él. Había sofocado el impulso sexual durante los últimos diez años y podía

seguir haciéndolo. Si Liev creía que el atractivo podía suavizar su enrevesado trato, estaba muy equivocado. Ella era inmune a esas tretas.

–Esto es, como lo diría, muy… oportuno.

Bianca lo dijo con ironía mientras intentaba reprimir la idea de que la excitaba un hombre que le disgustó a simple vista y al que en ese momento odiaba con toda su alma. Él arqueó las cejas por el sarcasmo e hizo una señal al camarero. Una botella de su vino tinto favorito apareció acto seguido. Volvió a sentir ese recelo tan desagradable. Parecía como si él supiera demasiadas cosas de ella.

–Me precio de estar preparado para cualquier eventualidad.

Su expresión jactanciosa pedía a gritos que se la borraran y ella se prometió que lo haría antes de que ese trato hubiese terminado.

–Entonces, ¿por qué no me permite que le encuentre una prometida más adecuada para usted, una más poderosa y que sea más capaz de abrirle las puertas que tanto desea que le abran? Sobreestima mi posición en la familia Di Sione si cree que nuestro compromiso conseguirá todo lo que quiere.

–No necesito solo el nombre de tu familia y la respetabilidad que da una fortuna de toda la vida. También se trata de tu talento profesional. Como verás, Bianca, he elegido bien.

–Tiene que haber alguien mejor situada que yo para esta ridícula farsa.

Lo observó mientras servía dos copas e intentó pensar qué mujer podía ser porque, en el fondo, sabía que no podía ser ella. La historia estaba repitiéndose, pero de una forma mucho más atroz. Estaban utilizando otra vez el apellido y la reputación de su familia, estaban jugando despiadadamente con ella, pero esa vez no podía ver ninguna escapatoria, si quería la pulsera.

–¿A quién propones exactamente?

Él se inclinó con el vino intacto delante. Ella tuvo la sensación de ser la presa de un águila que esperaba a que se la llevaran de su mundo y la devoraran.

–Encontraré a alguien –contestó ella con desesperación. ¿La habría captado él?–. Hay agencias, pero lo que no sé es cómo conseguirán una prometida falsa.

Intentó pensar por todos los medios quién podía ser, pero había pocas solteras que pudieran ofrecerle lo que él quería. Además, las que se le ocurrían no podrían resistir su atractivo letal. Ella no necesitaba estar con un hombre, quizá fuese la más indicada para ese cometido.

Él dobló un brazo, se puso el pulgar debajo de la barbilla y se

rascó la barba incipiente con un dedo. Ese sonido, aunque era casi inaudible, la desquició más todavía.

–No hará falta. Estoy seguro de que podemos llegar a un trato ventajoso para los dos. Yo tengo algo que tú quieres y tú puedes darme lo que quiero.

–¿Cuánto tiempo lleva en Nueva York, señor Dragunov?

Ella empleó su apellido y no pudo evitar sonreír cuando vio su expresión de enojo, su brillo gélido en los ojos.

–Llevo unos años haciendo negocios a pequeña escala, pero nuestro compromiso me garantizará el éxito de mi última y más importante operación. Convertirá a mi empresa en multinacional, aunque conservaré la sede en San Petersburgo, donde me crie –añadió él en un tono áspero.

–¿Y dónde vive su familia?

–No tengo familia.

–Entonces, ¿no hay ningún peligro de que su familia descubra este compromiso?

Ella lo preguntó como si quisiera expresar cuánto le preocupaba cómo se tomaría su familia la noticia. Él no parecía nada preocupado por engañar a todo el mundo.

–Ninguno. Mis padres murieron cuando yo era joven.

Ella vio que él apretaba los dientes y el destello de dolor de sus ojos. Un dolor que ella conocía muy bien. Se le encogió el corazón. Él también había perdido a sus padres y conocía el dolor de desear haber conocido a su padre y a su madre, de tener algo más que vagos de recuerdos.

–Lo siento –dijo ella con delicadeza y sin querer sincerarse con él sobre esas cosas.

No le había contado a nadie que no recordaba casi a su madre y que no recordaba a su padre en absoluto, pero al ver el dolor de Liev en sus ojos se habían reavivado la vergüenza y el dolor que llevaba dentro. Tuvo que hacer un esfuerzo para dominar las ganas de sincerarse con él. No se podía confiar en ese hombre, en ningún sentido. Ese pasado que tenían en común no alteraba nada, sus hermanos se enterarían de su compromiso y ella no sabía cómo podría hacerles creer que era verdadero. Les mentiría, pero no podía hacer otra cosa. Si sus hermanos llegaban a creer que era un chantaje, o un montaje, como prefería pensar ella, Liev Dragunov no conseguiría que la sociedad lo aceptara y ella no conseguiría la pulsera, no conseguiría satisfacer el último deseo de su abuelo. Eso hizo que la tristeza se adueñara de ella mientras daba un sorbo de vino e intentaba no hacer caso de la mirada intensa de Liev. Le

gustaría hablar con Allegra. Siempre la había considerado más una madre que una hermana, pero, cuando se trataba de problemas del corazón, era su hermana mayor, alguien con quien podía hablar. Sin embargo, por primera vez, eso era imposible. Su hermana estaba en Dar-Aman con quien parecía ser el amor de su vida.

–No le doy vueltas a haber perdido a mis padres.

Las palabras de Liev, con un acento más marcado que de costumbre, la sacaron de su ensimismamiento melancólico.

–Es posible que no tenga que pensar en una familia, pero sus planes para sacar adelante este compromiso tendrán que ser muy buenos para que yo convenza a mis hermanos de que estamos prometidos.

Ella se imaginó su reacción si salía con alguien, pero no pudo imaginársela si se prometía con alguien. Ellos sabían que jamás había llevado a un hombre a casa ni había estado en… el mercado.

–Lo serán.

Su actitud arrogante empezaba a surtir menos efecto. Estaba demasiado seguro de sí mismo, demasiado convencido de que ella seguiría su disparatado plan.

–Lo digo en serio, señor Dragunov. Si quiere que le abran las puertas, primero tendrá convencer a la familia Di Sione de que estamos enamorados porque no aceptarán que estamos prometidos sin hacer preguntas cuando no he salido con nadie desde hace años.

–¿No has salido con nadie? Lo dices como si nunca hubieses estado enamorada o hubieses tenido una aventura.

La miró con un recelo y una incredulidad que consiguió irritarla más.

–Pues es verdad, y no es de su incumbencia, señor Dragunov.

–Si no empiezas a llamarme Liev, todo será en balde. No se abrirán las puertas y te quedarás sin pulsera. Yo volveré a San Petersburgo con la pulsera y nunca saldrá de Rusia.

¡Se llevaría la pulsera a Rusia! No lo había pensado. La pulsera no podía ir a ningún sitio que no fuese la residencia de la familia Di Sione.

Liev pudo ver el momento en el que Bianca se dio cuenta por fin de que iba en serio. Vio la resignación en sus ojos, vio que apretaba esos labios tan deseables y tuvo que hacer un esfuerzo para seguir pensando en su misión en vez de pensar lo que sentiría si se los besaba y la pasión brotaba entre ellos. ¿De verdad

esperaba que se creyera que no había salido con nadie? Una mujer tan hermosa como ella tenía que haber aprovechado esa belleza, así como el apellido y la fortuna de su familia, eso era indudable.

–No sé por qué valoras tanto ese objeto, pero hablo en serio. Solo permitiré que lo recibas cuando hayas cumplido tu parte del trato. Tres meses deberían ser suficientes, ¿no crees?

Vio que ella se quedaba pálida y se sintió satisfecho porque no habría ningún intento de última hora para tirar por tierra su plan. Había esperado mucho tiempo a que llegara ese momento y, cuando le había hablado de sus padres, había tenido que apretar los puños para no contarle la verdad, para no decirle que su hermano y ella eran unos elementos cruciales en la venganza de su muerte prematura.

–Es usted despreciable –susurró ella con la respiración entrecortada.

Era preferible que lo odiara. El odio estimulaba a una persona más que cualquier otro sentimiento. Él lo había aprendido por las malas cuando peleaba, y cosas peores, por cada bocado que se llevaba a la boca desde el día que vio que el ataúd de su padre se unía al de su madre bajo tierra, desde que tenía doce años.

–Entonces, tenemos un respeto muy sano el uno por el otro, Bianca.

–¿Cómo va a convencer a todo el mundo de que el compromiso es real cuando, evidentemente, nos desagradamos tanto el uno al otro?

El tono ácido de sus palabras le tocó una fibra que había quedado muy sensible el recordar su pasado.

–Te daré un anillo, el resto depende de ti.

Liev pensó en el anillo con un diamante muy grande que había comprado. Una prueba más, por si ella la necesitaba, de que había planeado todo hasta el más mínimo detalle. Sin embargo, eso no tenía importancia en ese momento, ella había aceptado el trato y la tenía donde quería tenerla. En cuanto descubrió que quería la pulsera como fuese, había hecho todo lo que había podido para evitar que ella la comprara, había llegado a un trato con el vendedor y había pujado hasta conseguirla. Le había costado una fortuna, un precio que podía pagar fácilmente, pero se la había arrebatado. Era su herramienta para negociar, pero no se había esperado que ella la quisiera de esa manera.

–¿Depende de mí? –preguntó ella abriendo los ojos azules.

–Sí. Cuanto antes se sepa nuestro compromiso, antes podrás conseguir que me acepten gracias al apellido de tu familia.

–¿Se trata solo de eso?

Ella entrecerró los ojos con cierto recelo y él se preguntó si habría dejado entrever demasiadas cosas. Tenía que hacer equilibrios para sacarle toda la información que pudiera sin decirle demasiadas cosas.

–Este viernes voy a asistir a un acto benéfico y tú me acompañarás, como mi prometida.

–¿Tan pronto?

–Quiero que nos vean en público, como una pareja recién prometida, lo antes posible.

–Muy bien –ella tomó aire–. Acepto durante tres meses, ni un día más.

–También utilizarás tus relaciones empresariales para presentarme a las personas que pueden influir más para que asiente mi empresa en Nueva York.

Él había dejado claro que quería que lo aceptaran en sociedad, algo que si bien era ventajoso, no era el objetivo principal de ese trato. El objetivo principal era sacarle información a Bianca sobre Dario di Sione y sobre los detalles más concretos de ICE, le empresa que pensaba hundir.

Ella suspiró como si la conversación le aburriera… ¿o estaría resignada a su destino?

–También espero que te ocupes de que nuestro compromiso sea lo más público posible y que no capte el interés solo de la sociedad, sino de la prensa también, aunque tengo algunos planes propios para eso.

–Así que quiere que actué como una prometida enamorada en público, que pose para la prensa siempre que pueda y que organice una campaña de relaciones públicas para que usted y su empresa entren en lo más granado del mundo empresarial de Nueva York.

–Eso es exactamente lo que quiero, Bianca.

Capítulo 4

Bianca no había sabido nada de Liev desde el día de la subasta, pero no podía consolarse con la idea de que se hubiese olvidado de que esa noche era su primera aparición en público. Se había pasado casi toda la semana buscando alguna manera de librarse del trato que había tenido que aceptar, pero no la había encontrado. No tenía alternativa si quería la pulsera. Las fotos de ellos saliendo de la casa de subastas y de la puja de Liev ya habían causado revuelo y las columnas de cotilleo hablaban de un posible idilio. Hacían conjeturas sobre si ese multimillonario ruso que había salido de la nada sería el hombre que había derretido el corazón apagado de Bianca di Sione y no paraban de comentar que no se la había visto en compañía de un hombre desde hacía años.

Como no había otra manera de conseguir la pulsera, sabía que tenían que volver a verla con Liev y que, cuando los vieran, la historia de su compromiso empezaría a rodar. Miró por la ventana de su piso. La ciudad de Nueva York gozaba del sol de una tarde de julio mientras ella esperaba a que Liev llegara. Solo quería que esa noche pasara.

Él había elegido una de las fiestas benéficas más frecuentadas por la alta sociedad para llevarla como su prometida. Por dentro era un manojo de nervios y solo quería salir corriendo y esconderse, pero por fuera era fría, sofisticada y serena, como siempre. Había disimulado más su vulnerabilidad pintándose los ojos y los labios, su máscara preferida para ocultarse.

Dio un respingo cuando oyó que llamaban a la puerta con firmeza. Eso tenía que acabar. No iba a permitir que Liev viera lo nerviosa que estaba. Solo se trataba de trabajo y tenía que dejar a un lado que le recordara tanto al baile de graduación, si no, sería incapaz de representar que estaba enamorada. Tomó el bolso de mano y se dirigió hacia la puerta entre el susurro del vestido de seda. Volvió a tomar aliento y miró por la mirilla. Vio los hombros y el rostro rudo y atractivo de Liev. Tomó una bocanada entrecortada de aire. Esa forma de reaccionar a él solo complicaba más las cosas. Solo había habido otro hombre que le había acelerado el corazón y la había humillado al apostarse con sus

amigos que le arrebataría la virginidad el día del baile de graduación. No se la había arrebatado, pero esa noche había decidido con más firmeza que solo se la entregaría al hombre acertado, y no lo había conocido todavía.

Se dijo que podía hacer eso y que tenía que hacerlo, dejó a un lado el pasado, levantó la barbilla y esbozó una sonrisa forzada antes de abrir la puerta. Liev apareció con todo su esplendor viril, vestido con esmoquin y tan impresionante que no pudo apartar la mirada de él. Él, en cambio, la miró detenidamente de arriba abajo, por todo el vestido verde que se le ceñía seductoramente al cuerpo, y volvió a mirarla lentamente hasta la cara. Aguantó su mirada con una expresión altiva.

–Confío en que merezca tu aprobación.

Él asintió con la cabeza y la miró a los ojos irradiando una superioridad que la irritó más todavía.

–Sí. Me parece muy bien.

Bianca se había maravillado porque él no le había dicho cómo tenía que vestirse, aunque era posible que le hubiese parecido excesivo hasta a él. Ella sabía que formarían una pareja impresionante y que acabarían en una revista de famosos. Sin embargo, que la vieran y fotografiaran con él era la parte fácil. Esa noche, si quería que su familia no cuestionara su repentino compromiso, tendría que comportarse como una mujer enamorada y arrebatada por la presencia dominante de Liev. Si se vislumbraba mínimamente su trato, las puertas que Liev quería abrir se le cerrarían en las narices y ella perdería lo único que tenía que conseguir.

–Sin embargo, falta una cosa.

–¿De… verdad? –preguntó ella balbuciendo.

¿Qué se le había olvidado? Se había cerciorado de que todo estaba preparado para su representación. Él dio un paso, se acercó demasiado y sacó del bolsillo lo que solo podía ser el estuche de un anillo. El corazón le dio un vuelco. El anillo del compromiso falso.

–No puedes ser mi prometida sin esto.

Ella tomó el estuche con cautela. Jamás se había imaginado que un hombre le pediría la mano así. Sus dedos se rozaron y ella lo miró a los ojos. El ambiente se cargó de tensión como si hubiese caído un rayo. Él le aguantó la mirada de rabia. Bianca abrió el estuche intentando pasar por alto el corazón acelerado y se quedó boquiabierta al ver el resplandeciente diamante.

–¿De dónde has sacado esto?

–De otra subasta. A mí, como a ti, también me gustan las cosas más hermosas.

–No puedo ponérmelo –replicó ella sin dejar de mirar el diamante.

–Puedes y te lo pondrás.

Él lo sacó del estuche, le tomó la mano y se lo puso en el dedo sin decir nada. Ella no pudo evitar mirarlo y desear que todo fuese distinto. Ese diamante tan grande y resplandeciente no pasaría inadvertido esa noche. A la mañana siguiente, la noticia de su compromiso se sabría en toda la ciudad y ella no había reunido valor todavía para decírselo a nadie de su familia.

–Tenemos que irnos.

Tenía que dejar atrás ese momento y los sueños frustrados que representaba, tenía que recordar por qué estaba haciéndolo. Pasó a su lado sin poder mirarlo a los ojos y cerró la puerta. Quería evitar como fuese cualquier contacto cuando tenía tanta carne a la vista y, por un instante, deseó haber elegido un vestido más recatado. Sin embargo, tenía que representar un papel y esa había sido la mejor decisión.

Ese deseo fue más intenso cuando se encontraron encerrados en el ascensor. La superficie brillante reflejaba sus imágenes. Intentó no mirarse y apaciguar la respiración, pero el reflejo de la expresión implacable de él no ayudaba gran cosa. Si iba a tener ese gesto ceñudo, ¿cómo iba a creer alguien que estaban prometidos? Sus ojos se encontraron en el reflejo y ella se dio cuenta de que tenía que hacer algo más que vestirse como una mujer enamorada, también tenía que parecerlo.

–Mi coche está esperándonos. Espero que cuando lleguemos, parecerá que estás enamorada de mí en vez de dar un respingo cuando te toco.

Sus palabras reflejaron las preocupaciones de ella y fueron cortantes. Tuvo que contener una sonrisa al saber que estaba irritándolo y las ganas de seguir haciéndolo.

–Si consigo que dejes de fruncir el ceño, nadie dudará que estamos enamorados.

El sarcasmo dio en el blanco y él la miró con los ojos entrecerrados por el recelo.

–Ya formamos una pareja perfecta. Dejemos que los demás vean algo más delicado, más parecido a un amor de cuento de hadas.

Su tono ácido casi la dejó sin respiración y lo miró con el ceño fruncido por la frustración que le bullía por dentro. ¿Quería un

cuento de hadas…?

–Muy bien, eso es lo que tendrás.

Se abrieron las puertas del ascensor y ella le tomó un brazo acercando el cuerpo al de él. Contuvo la respiración y se le aceleró el pulso al notar que le abrasaba la piel. ¿Podía saberse qué le pasaba? ¿Desde cuándo le había hecho eso un hombre? No desde el baile de graduación, con toda certeza.

–Me alegro de que estemos… ¿Cómo lo decís? En la misma onda.

Su voz autoritaria había adoptado un tono sexy mientras parecía buscar la expresión adecuada. Sin embargo, era un tono que tenía que pasar por alto a juzgar por el vuelco que le había dado el corazón.

–Los dos tenemos algo que quiere el otro. Hasta ahí llega nuestra relación.

Ella lo miró y vio que esbozaba algo parecido a una sonrisa. Cruzó el vestíbulo con la cabeza alta y del brazo de Liev, sonrió al portero y salieron a la calidez de la tarde. Un chófer abrió la puerta trasera de una limusina antes de que ella tuviera tiempo de pensar y Liev la ayudó a montarse. Se deslizó por el asiento con toda la compostura que le permitió el ceñido vestido y Liev se sentó a su lado unos segundos después. Su cercanía en el coche era mucho más abrumadora que la del ascensor.

–Espero que cuando lleguemos nos fotografíen juntos y que esto… –él le levantó la mano izquierda con el enorme diamante– no pase inadvertido.

–No creo que pueda pasar inadvertido.

El pulso se le aceleró otra vez cuando él le tomó la mano por la punta de los dedos sin dejar de mirarla a los ojos. Ella también lo miró a los ojos y volvió a ver los tonos azulados.

–Cuento con ello, Bianca. Necesito entrar en tu círculo social tanto como tú necesitas la pulsera.

El murmullo de su voz le produjo un escalofrío en la espalda tan intenso como la calidez que le subía por el brazo solo por el contacto de su mano. Entonces, antes de que ella pudiera decir algo, la limusina se detuvo delante de uno de los hoteles más prestigiosos de Nueva York. Pudo ver, a través de los cristales ahumados, una multitud de personas y fotógrafos. Liev conseguiría lo que quería. Ella, que nunca se había sentido tan expuesta y vulnerable, se bajó del coche seguida por Liev. Los destellos los deslumbraron mientras él le rodeaba la cintura con un brazo y la estrechaba contra él.

Liev abrazó a Bianca y disfrutó otra vez con la sensación de su cuerpo. Cuando ella se arrimó a él al salir del ascensor, se había quedado pasmado. Era lo último que se había esperado de esa empresaria fría y equilibrada. Descubrir que tenía una faceta juguetona, e incluso coqueta, había sido inesperado y bastante bien recibido. Era posible que ese compromiso llegara a ser más entretenido de lo que había previsto.

–Bianca, ¿quién te ha regalado ese anillo?

Uno de los periodistas se había fijado en el anillo y se oyó una ráfaga de cámaras.

–Gracias –él la tapó galantemente para que no le sacaran más fotos–. Todo se explicará en su debido momento.

La llevó hacia la puerta del hotel y a la relativa tranquilidad del vestíbulo. Su plan iba por buen camino. Miró a Bianca cuando ella se detuvo y le sorprendió ver la vulnerabilidad reflejada en su rostro, pero ella, cuando se dio cuenta de que la miraba, recuperó la firmeza que él había esperado de la mujer que había llegado a conocer, y a admirar incluso.

–Bueno, ya hemos salvado un obstáculo.

Bianca se alisó la seda del vestido a lo largo del cuerpo y él tuvo que apretar los dientes al observarla y no poder apartar la mirada. ¿Tenía la más mínima idea de lo seductor que era ese gesto?

–Nuestro compromiso ya no será un secreto –siguió ella–, aunque me habría gustado tener tiempo para preparar a mi familia.

–¿Cómo ibas haber tenido tiempo de pensar en ellos si la locura del amor se ha apoderado de nosotros?

–No creo que ninguno de ellos vaya a creerse que la locura del amor se ha apoderado de mí, y menos mi hermano Dario cuando, en este momento, debería estar concentrada en el lanzamiento de su producto.

Ella lo miró con un brillo de furia en los ojos y él captó el rencor en su voz.

–Estoy seguro de que te perdonarán.

Quiso preguntarle por su hermano, ella le había dado la ocasión prefecta para averiguar algo más sobre las actividades de Dario di Sione, pero, como siempre, tendría que esperar. No era ni el momento ni el lugar indicados y ella tampoco parecía de humor como para darle esa información. Era preferible que creyera que

estaba segura.

Cuando entraron en el salón, ella se convirtió en la Bianca que conoció al principio, en la mujer segura de sí misma que sabía lo que quería y cómo conseguirlo. Eso le recordó que en ese momento quería la pulsera y que la única manera que tenía de conseguirla era introducirlo en su mundo, y que si hubiera podido elegir, no estaría pasando esa noche con él.

–Bianca –una mujer algo más joven que Bianca le dio un beso en cada mejilla y le sonrió–. ¿Qué tal están esos hermanos gemelos que tienes? Les va muy bien según cuentan.

Liev aguzó el oído. Uno de esos gemelos era el motivo de que estuviera allí. Dario era en ese momento el propietario de ICE, una de las empresas informática más conocidas que había prosperado comprando otras empresas y marginando a sus fundadores hasta que se quedaban sin nada. Precisamente, lo que le habían hecho a su padre. Si bien él reconocía que Dario no era el responsable de la adquisición que destruyó a su padre, sí había cerrado los ojos al pasado de la empresa. Él pensaba, mediante Dario, desenmascarar al hombre que había estado detrás de aquellas maniobras turbias.

–Efectivamente. Dario, por ejemplo, va a lanzar un producto nuevo dentro de poco.

La réplica de Bianca lo sacó del agujero oscuro de su infancia. Su dulce voz estaba rebosante de orgullo, pero ¿cómo podía estar orgullosa de un hombre que defendía esos métodos?

–Te presento a Liev Dragunov, mi…

La voz de Bianca titubeó un segundo, pero él no iba a darle la oportunidad de que creara alguna conjetura equivocada.

–Su prometido.

–Bianca… qué emocionante…

La joven sonrió de oreja a oreja, seguramente, porque disponía del mejor cotilleo de la noche. Él sabía cómo funcionaba la cabeza de las mujeres.

–Sí, ¿verdad? –comentó Bianca con la sonrisa firme en esos labios pintados de rojo.

–Y menudo anillo…

Bianca le enseñó sin reparos el enorme diamante que había comprado él para la ocasión. Cada dólar que le había costado estaba siendo una inversión que le había merecido la pena.

–Deberíamos sentarnos, querida.

Liev le sonrió cuando ella se dio la vuelta para mirarlo con cierta curiosidad, hasta que esbozó una sonrisa muy elocuente que le indicó que sabía muy bien lo que estaba haciendo él.

–Sí, cariño –aceptó ella con la voz ronca antes de dirigirse a la otra mujer–. Es muy agradable que se ocupen de una.

Liev la condujo entre los invitados. Notó las miradas de curiosidad de las mujeres y las recelosas de algunos hombres. Sabía que jamás lo habrían aceptado en su mundo sin Bianca, independientemente de los millones que tuviera. Cerraban filas contra los desconocidos y los hombres salidos de la nada como él, pero esas filas empezaban a abrirse con ella a su lado.

Bianca se sentó a la mesa asignada. La cartulina con su nombre al lado de la de Liev le pareció raro e íntimo y, como le pasó cuando abrió la puerta de su piso esa tarde, el pulso se le aceleró y la desasosegó más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Él se quedó detrás de ella mientras se sentaba, apoyó las manos en el respaldo y se inclinó para acercar la cabeza a la de ella. Ella se giró para mirarlo y se sobresaltó al darse cuenta de que estaba tan cerca que podría besarlo. ¿Cómo serían sus besos? ¿Breves y fríos o intensos y exigentes? Él le sonrió y ella se preguntó si estaría imaginándose lo que pensaba. Se sonrojó por la posibilidad de que supiera que estaba pensando en besarlo.

–Estás preciosa esta noche.

Su voz fue profunda y sensual y esos ojos gélidos y grises adquirieron una intensidad desconocida hasta entonces, le recordaron a un mar que resplandecía por el sol de mediodía.

–Gracias.

Ella quiso bajar la mirada y romper la tensión que se había generado entre ellos. Tenía que tener cuidado. Liev Dragunov, su prometido y chantajista durante tres meses, tenía unos atractivos que podían ser letales para un corazón inexperto como el de ella. Un corazón que había quedado desgarrado por el engaño y la decepción antes de que pudiera conocer el amor de verdad. Cohibida, cosa rara, miró hacia otro lado mientras otros invitados llegaban a la mesa y esa intimidad que habían vivido se disipó enseguida entre la conversación. Liev entabló conversación con los demás hombres y a ella le sorprendió el orgullo de su voz cuando hablaba de su empresa. Ella intentó concentrarse en la conversación de las mujeres sobre el último éxito de Broadway, pero no podía evitar escuchar a Liev y desear que estuviera hablando así con ella. Notó que las barreras que siempre mantenía bien levantadas empezaban a bajar a medida que aumentaba la curiosidad por el hombre con el que estaba prometida. Sentada a

la mesa con otras personas, estaba más relajada en su compañía, como si sintonizara con su estado de ánimo.

Al final de la cena, ya había reunido suficientes retazos de conversaciones como para formarse una idea de él, algo que le gustaba hacer antes de representar a un cliente, pero nunca lo había oído indirectamente de los propios clientes. También era lo que había intentado hacer cuando él se puso en contacto con ella la primera vez. Recordó que había intuido que había algo en él que no dejaba ver a nadie y que era tan resuelto como imparable. En ese momento, sabía que era verdad mal que le pesara a ella. Liev Dragunov no se pararía ante nada para conseguir lo que quería.

–Ha sido una noche muy provechosa.

Él le tomó la mano que tenía en el regazo y la sacó bruscamente de sus pensamientos. Miró alrededor y vio que solo quedaba una de las parejas que habían compartido la mesa con ellos.

–Sí –ella hizo un esfuerzo para decirlo y la salió un susurro ronco–. Ahora, me gustaría irme a casa. Mañana tengo mucho trabajo para preparar el lanzamiento de un cliente.

–¿Tu hermano?

Él le acarició la mano con el pulgar. Ella sintió un cosquilleo en la piel y la alteró, pero la voz de él tenía algo de una dureza granítica.

–Sí. Como has oído antes, mi hermano Dario va a lanzar un producto nuevo el mes que viene.

Ella lo dijo en un tono rotundo porque le molestaba que él hubiese escuchado su conversación. Por algún motivo absurdo, no quería que él supiera nada de su familia. No estaban prometidos de verdad, ella solo estaba abriéndole puertas.

–Si no me equivoco, tú también has oído gran parte de mi conversación, Bianca.

El brillo de advertencia de sus ojos hizo que parecieran de hielo, pero no iba a intimidarla.

–No sabía que hubieses levantado tu empresa de la nada. Naturalmente, tendrás que contarme más cosas de ti si voy a representar a tu empresa.

–Siempre que tú también me cuentes más cosas de ti –replicó él con un fugaz brillo burlón.

–No lo creo.

No estaba dispuesta a abrirse a ese hombre y a hablarle de su familia. No quería desvelar la pesadilla que había sido perder a sus

padres cuando era tan pequeña y haber tenido que criarse sin ellos. Seguramente, él ya lo sabría, pero ella no quería tener que contarle nada.

–Ahora, me gustaría irme a casa –repitió ella.

–Muy bien.

Él se levantó y, de repente, se sintió abrumada. Miró la anchura de su espalda desde el asiento y se sintió casi impotente, como si le hubiese arrebatado todo el dominio de sí misma. No le gustaba lo más mínimo. Él, como había hecho Dominic, estaba utilizándola por ser quien era, por lo que podía ofrecerle. La única diferencia era que Liev tenía algo que ella necesitaba.

Bianca también se levantó y, con los tacones, era casi tan alta como él, pero cuando le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia sí, supo que su capacidad para mantener la entereza estaba esfumándose. Él estaba borrándole su omnipresente máscara de seguridad en sí misma como una ola borraba las huellas en la arena.

–Tomaré un taxi –dijo ella, que solo quería estar sola y acabar con esa farsa de repentino amor.

–¿Qué prometido sería si permitiera que te marcharas sola en un taxi? Te llevaré al menos hasta la puerta, Bianca.

Ella, que sabía que estaban observándolos y que la posibilidad de recuperar la pulsera dependía de que gente como esa lo aceptara, le sonrió con dulzura, puso una mano en su brazo y se inclinó hacia él seductoramente.

–No se me ocurre nada mejor.

Él le levantó la barbilla con un dedo para que lo mirara directamente a los gélidos ojos. El mundo dejó de girar y no existió nada más. Solo podía ver a ese hombre tan atractivo que la había reclamado como su prometida falsa, solo podía oír los latidos desbocados de su corazón, solo podía sentir la calidez de su cuerpo.

–Será un placer.

Bajó la cabeza y la besó en los labios antes de que ella pudiera hacer algo. Instintivamente, cerró los ojos mientras su cuerpo se acercaba al de él, y se detestó por ello. Una oleada abrasadora la dominó por dentro mientras él movía los labios provocándola y buscando una reacción. El hormigueo en las entrañas hizo que suspirara y que disfrutara de la sensación del beso. Además, sabía que él también estaba disfrutando. Mientras ese torbellino de sensaciones contradictorias la atenazaba, él se apartó ligeramente.

–Y un honor inmenso –susurró Liev.

–No creo que sepas el significado de esa palabra.

Su réplica fue cortante y él la soltó. Ella sintió tanto alivio que quiso dejarse caer en la silla otra vez. Salió de la habitación antes de que él pudiera decir o hacer algo, se alejó de la mirada de esas personas que conocía de toda la vida y de lo que acababa de pasar entre el hombre que al debería odiar y ella.

Liev salió de la limusina y ayudó a Bianca a bajarse. Era una noche cálida y la ciudad, como siempre, bullía de actividad. Bianca seguía teniendo con control férreo de sí misma e irradiaba erotismo, estaba poniéndolo a prueba como nunca había llegado a imaginarse. Como también lo había hecho ese beso. Todavía podía sentir sus labios y todavía oía ese leve suspiro. Por un instante, él había derretido su corazón de hielo.

–No hace falta que me acompañes arriba.

Ella lo dijo con tanta frialdad que casi lo congeló y se preguntó dónde estaba esa mujer apasionada que había vislumbrado cuando sus labios habían rozado los de ella. ¿Alguna vez bajaba la guardia lo bastante como para que esa pasión la dominara? ¿Por eso no había salido con nadie últimamente? El desafío de averiguar algo más sobre la princesa de hielo era inmenso, pero se interpondría en el camino de su objetivo verdadero y una mujer hermosa no podía distraerlo, por muy tentadora que fuese la idea.

–Tenemos que organizar nuestra próxima cita –comentó él mientras abría la puerta del vestíbulo y saludaba con la cabeza al portero.

Pensó en volver a ver a Bianca mientras esperaban al ascensor. Dejó a un lado los besos y la pasión y se centró en la idea de utilizarla. La idea de averiguar cosas sobre el lanzamiento del último producto de Dario di Sione y utilizarlas contra ICE para vengar a sus padres lo estimulaba aunque su conciencia empezaba a debatirse con algo que él no quería reconocer.

Se abrieron las puertas del ascensor y entró detrás de Bianca notando más que nunca la tensión que todavía vibraba entre ellos.

–Sí, supongo que tendremos que hacerlo si queremos que nos crean. ¿Organizo algo yo esta vez?

La voz de ella hizo que dejara de pensar en cosas que no podía pensar. Algo había cambiado en cuanto sus labios tocaron los de ella. Si bien era necesario que se besaran en público, no había querido que fuese un beso tan explosivo como ese prolongado contacto de sus labios.

–No, esta vez no.

Hizo un esfuerzo para concentrarse, no estaba dispuesto a reconocer que quería comprobar hasta dónde y a qué velocidad se había divulgado la noticia de su compromiso. Los restaurantes más exclusivos de Nueva York siempre tenían un hueco para quienes se movían en el círculo de Bianca y quería comprobar si él ya estaba entre ellos.

–Solo resérvame el próximo viernes por la noche.

–Muy bien. Entonces, hasta el viernes.

Ella salió del ascensor y quedó el rastro de su perfume. Por un instante, él se quedó hechizado mientras observaba el contoneo de sus caderas cubiertas de seda color esmeralda. Parpadeó, sacudió la cabeza y la siguió. Tenía que dejar de imaginarse lo que sería salir de verdad con Bianca di Sione. Si no, su plan estaba en peligro, un plan que había tardado años en llevar a cabo, y no podía permitir que eso pasara.

Cuando era un adolescente que vivía de mala manera en las calles de San Petersburgo, había jurado que haría lo que hiciese falta para vengar a sus padres, para vengar la vida que deberían haber vivido juntos. De no haber sido por ICE y sus turbias maniobras, no necesitaría a Bianca para que lo aceptaran en ninguna sociedad. De no haber sido por ICE, no habría tenido que robar para que él y los otros desharrapados que había conocido pudieran comer. No lo habrían capturado y mandado a una prisión para jóvenes perdida en un rincón remoto del país. Los atroces años que había pasado allí lo habían convertido en un hombre antes de tiempo y ese hombre estaba dispuesto a que pagaran por ello. Entonces, no pasaba nada si la apetitosa Bianca di Sione fuese parte del pago.

–Buenas noches, Liev.

Su voz se abrió paso entre sus pensamientos y centró su atención en la mujer que tenía delante.

–Buenas noches, Bianca –tomó su mano y le besó los dedos con delicadeza–. Hasta el viernes que viene.

Se dio la vuelta y se marchó porque corría el riesgo de echarlo todo a perder permitiendo que el pasado se adueñara de él y exigiéndole respuestas sobre la empresa que su hermano dirigía en ese momento, o dejándose llevar por las ganas de besarla, de besarla de verdad.

Capítulo 5

El viernes siguiente, Bianca se sentó a una mesa iluminada por velas de uno de los restaurantes más exclusivos de Nueva York y admiró las vistas incomparables de la ciudad. Si Liev había podido reservar esa mesa con tan poca antelación, eso quería decir que la noticia de su compromiso estaba divulgándose entre la sociedad más selecta. No solo entre la sociedad más selecta, estaba divulgándose entre su familia y le avergonzaba tener que decir que todavía no había sido capaz de contárselo, como si fuera menos mentira por eso.

Primero había recibido una llamada de Matteo y le había espantado haber tenido que engañar a su hermano mayor, haberle dicho que estaba feliz, que había conocido al hombre de sus sueños y que no había querido esperar ni un minuto más. Él se había mostrado escéptico, le había hecho preguntas y casi la había obligado a contarle le verdad. Sin embargo, ¿cómo podía decir que estaba chantajeándola por una pulsera? Luego, había recibido las de otros hermanos y había tenido que contar la misma mentira una y otra vez. Incluso, había aceptado que se reunieran todos después del lanzamiento de Dario para que conocieran al hombre que la había cautivado. Sin embargo, ese ridículo trato con Liev Dragunov estaría a punto de terminar para entonces y esperaba ser capaz de contener a sus hermanos hasta que recuperara la pulsera. Una vez que hubiese terminado todo, podría decirles que se había equivocado. No quería, bajo ningún concepto, que nadie de su familia supiera lo que estaba haciendo por su abuelo hasta que tuviera la pulsera en sus manos. No podía arriesgarse a que Liev se la llevara a Rusia cuando significaba tanto para su abuelo.

–Estoy impresionado.

Dejó de observar la vista y miró al hombre que tenía enfrente. Los ángulos del rostro de Liev, que una vez hicieron que pareciera rudo e implacable, hacían que en ese momento pareciera más atractivo… ¿o era porque estaba sonriendo?

–Gracias a los titulares con nuestro compromiso, no he tenido ningún problema en reservar una mesa en uno de los mejores restaurantes de Nueva York. Naturalmente, era una prueba para comprobar hasta dónde me ha llevado estar prometido contigo.

Su voz tenía un desenfado nuevo, pero ella no podía relajarse cuando había estado pensando en él toda la semana mientras preparaba el lanzamiento de Dario. Cuando abrió un archivo para Liev y empezó a llenarlo con los pocos detalles que había conocido la primera vez que salieron, se dio cuenta de que sabía muy pocas cosas de él y volvió a investigar en Internet, pero no encontró mucho más. No había nada sobre su familia, sobre su educación o sobre su vida amorosa. Como si no hubiese existido antes de que llegara a Nueva York.

–¿Estás contento con lo logrado hasta el momento?

Ella miró la copa de champán porque no podía mirarlo a los ojos por el hormigueo de excitación que se estaba adueñando de ella. Le recordaban lo que había sentido cuando la besó y lo mucho que había deseado que ese beso siguiera.

–Es un principio, pero no es suficiente todavía.

Sus palabras tajantes hicieron que volviera a mirarlo. Su traje hecho a medida resaltaba su físico y le daba un aspecto impecable que ella no podía dejar de admirar. Era evidente que no iba a conformarse con menos de lo que quería.

–Ahora tenemos que empezar a planificar tu lanzamiento y eso significa que tengo que saber algo más de ti.

Ella lo dijo en el tono más profesional que pudo, pero era casi imposible cuando esos ojos grises la miraban con tanta intensidad. La timidez empezó a atenazarla por dentro y era algo que no había mostrado en público desde hacía muchos años, era algo que había disimulado bajo una máscara férrea de profesionalismo que la había hecho famosa. También sabía que la llamaban la princesa de hielo y había leído columnas de cotilleo que se preguntaban si Liev sería el hombre que le derretiría el corazón. Si supieran la verdad…

–¿Es algo que deberíamos hacer en una… cita?

Su sonrisa sugerente, mientras se apartaba un poco para que dejaran el primer plato en la mesa, le produjo en escalofrío en la espalda al que siguió un cosquilleo de excitación. ¿Fue porque había dicho que esa noche era una cita o por la sonrisa?

–Tengo que saber más cosas de ti y te recuerdo que no estamos… saliendo. Tenemos un trato y nada más. Un trato que prefiero considerar de trabajo, salvo que prefieras llamarlo chantaje…

No pudo evitar el tono punzante. Decirlo en voz alta le recordaba la rabia que sentía por permitir que él le hiciese eso; sentirse tan insignificante como en el baile de graduación.

–Muy bien. ¿Qué necesitas saber?

Él había dejado de sonreír y sus ojos tenían un brillo de desconfianza que no disimulaba, y que confirmaba que ocultaba algo o que el motivo para exigir ese compromiso de tres meses no era el que le había hecho creer.

–En la cena de beneficencia dijiste que habías levantado tu empresa de la nada. Eso ha tenido que ser arduo y es algo que podría aprovechar.

Su parte profesional estaba empezando a imponerse y a dejar a la Bianca tímida y vulnerable arrinconada entre las sombras, donde tenía que estar. Lo que mejor hacía era crear una imagen para sus clientes y, en ese momento, mantener las cosas en un terreno profesional era mucho más cómodo que esa tensión vibrante que surgía entre ellos y que hacía que pensara una y otra vez en aquel beso.

–Tenía dieciocho años cuando entramos en el nuevo siglo y estaba decidido a olvidarme de mi pasado. Por eso monté una empresa de reparación de ordenadores. Era autodidacta y se me daba bien. Los años con mi padre me ayudaron y, como verás, mi empresa es muy próspera.

–¿Autodidacta?

–Mi padre estaba en el sector y pasé gran parte de mi infancia entre ordenadores.

–Habrás echado de menos a tu padre. ¿Cuántos años tenías cuando murió?

–Doce.

Bianca captó que el tono tajante de su voz disimulaba el dolor. Era lo mismo que hacía ella, pero también sabía que él no agradecería que le dijera que lo entendía. ¿Cómo podía entender alguien lo que era perder a un padre cuando eras joven si no conocía también ese dolor?

–Tuvo que ser doloroso para tu madre y para ti.

–Ella murió antes que mi padre. Me quedé sin nadie cuando él murió.

Las frases eran cortas y contundentes y a ella se le encogió el corazón. Los dos habían perdido a sus padres, pero ella tenía dos años y no había tenido una repercusión inmediata en su vida porque Allegra había adoptado el papel de madre y su abuelo siempre había estado cerca. Tenía que haber sido mucho más complicado para Liev. Lo miró y se imagino al muchacho solo y desgarrado.

–¿Te quedaste completamente solo?

El susurro revelaba toda la tristeza que él había despertado en ella y que había hecho que reviviera sus propios dolorosos recuerdos. Él asintió lentamente con la cabeza. Los labios apretados indicaban que estaba controlándose y ella supo que debería parar, pero no pudo cuando la idea de que se hubiese quedado solo en el mundo había tocado la fibra más sensible de su corazón.

–¿Dónde y cómo viviste cuando murió tu padre?

Él apretó los dientes y ella temió la respuesta. Tenía que haber tenido alguna familia lejana que se hubiese hecho cargo de él. No podía haber sido como esos muchachos del albergue de acogida que patrocinaba su empresa.

–Sobreviví haciendo lo que tuviese que hacer.

Estaba intentado impresionarla. Podía notarlo en su forma de sentarse y de mirarla, pero no estaba impresionada. Ese hombre era un superviviente, había nacido para luchar y ella tenía la impresión de que, si le arrebataran todo lo que tenía en ese momento, se reinventaría a sí mismo y sería más próspero todavía.

Tenía que dejar de pensar en Bianca de esa manera, como si fuese la mujer con la que quería estar de verdad, la mujer con la que compartir el pasado y construir el porvenir. Cada vez que le hacía una pregunta, desataba algo dentro de él, abría un poco más la puerta a su pasado. Tenía que dejar de abrirla ya, tenía que impedir que ella siguiera escarbando en su pasado porque encontraría mucho más de lo que se esperaba, mucho más que lo que él quería revelar.

Desvió la conversación hacia donde él quería en vez de darle vueltas a lo que ella podría encontrarse.

–Pronto me di cuenta de que tenía habilidad para ganar dinero y para trabajar con ordenadores. No tardé en tener mis propias instalaciones y empecé e vender mi propio software.

–¿Cuándo empezaste a venderlo por el mundo?

Ella estaba sinceramente cautivada y a él le pareció un cambio muy placentero que a una mujer le interesara lo que hacía y no cuánto dinero ganaba. Había conocido a muchas mujeres así últimamente y, a regañadientes, se reconoció que era posible que Bianca no fuese tan frívola como había pensado al principio, que quizá no fuese una copia idéntica de la mujer que le había roto irreparablemente su joven e inexperto corazón. Sin embargo, quería la pulsera y eso hizo que se lo pensara mejor. Dejó escapar

un suspiro de alivio para sus adentros. Las preguntas que hacía las hacía Bianca la empresaria. Si las hubiese hecho Bianca la mujer, lo habrían llevado en una dirección distinta, a un sitio a donde no quería ir con nadie.

–Casi inmediatamente. Fue mi objetivo desde el principio.

Sin embargo, su objetivo, sobre todo, había sido ser tan rico y próspero que ninguna empresa pudiera tragárselo para luego escupirlo y dejarlo tirado como le había pasado a su padre.

–¿Siempre habías querido hacer eso?

–Siempre quise demostrar al mundo que era un luchador, que me levantaría pasara lo que pasase y que triunfaría. He pasado de no tener nada a poder comprarme lo que quiera y estoy orgulloso de haberlo logrado.

Todo lo que hacía, cada operación, cada programa que producía, cada oficina que abría por el mundo, lo hacía por sus padres, por lo que deberían haber tenido. Estar con Bianca también.

–Es muy impresionante. A la prensa va a encantarle.

Ella lo dijo con sinceridad, pero él lo desechó inmediatamente.

–La prensa no tiene por qué saberlo. No voy a arrastrar el nombre de mis padres para vender un producto.

Ella abrió los ojos como platos y arqueó las cejas.

–Habrá que contar parte de tu historia, pero entiendo que quieras mantener a tus padres al margen.

–Tú deberías entenderlo mejor que la mayoría.

Liev apartó el primer plato a medio comer. Se le había quitado el placer por la buena comida, era como si estuviese comiendo pan rancio. Ella le tomó la mano.

–Y lo entiendo.

Se miraron a los ojos mientras ella le tomaba la mano y esa calidez fue un consuelo. Era una mujer que conocía de verdad el dolor de criarse sin padres aunque él estaba seguro de que no había tenido que pasar penurias y luchar por cada bocado que se llevaba a la boca. Ella no había tenido que pasar por la cárcel por haber tenido que robar comida, y no solo para sí mismo, sino para otros chicos sin techo, algunos de ellos más jóvenes que él. Ella no había tenido que forjarse una identidad nueva para borrar el pasado y salir adelante en la vida después. Ella había tenido el colchón de una empresa familiar próspera, algo que también podría haber tenido él de no haber sido por las maniobras turbias de otra empresa.

–Entonces, entiendes que no es fácil y no necesitas todos los

detalles para comprenderlo. Además, estoy seguro de que con tu capacidad para concentrarte en lo que es importante para un que lanzamiento salga bien, puedes dejarlos al margen.

Él mantuvo el tono firme y retiró la mano. El dolor que se reflejó en su hermoso rostro, menos maquillado que la vez anterior que se habían visto, le corroyó la conciencia. No debería haber sido tan duro con ella. Solo era la llave para vengarse como había jurado que haría mientras hacía trabajos forzados en la cárcel, no era el objetivo final.

–No me centraré en tu pasado, sino en el presente. Será la prensa quien haga eso, y me temo que es lo que cabe esperar.

Había recuperado esa máscara férrea de profesionalidad, aunque, por un momento, él creía haber visto una vulnerabilidad auténtica en sus ojos.

–Yo tengo la oportunidad de mostrar al mundo el hombre que eres –añadió ella–. Déjalo en mis manos.

–Bianca, no te olvides de que, si quieres la pulsera, te conviene evitar la impresión negativa de la prensa.

Bullía de rabia solo de pensar que se expusiera su pasado, algo con lo que había vivido siempre. Sin embargo, por primera vez, le importaba lo que pensara alguien, le importaba lo que pensara Bianca. Jamás le había importado lo que pensara alguien de él y, en ese momento, la misma mujer a la que había obligado a estar a su lado estaba haciendo que le importara. Sofocó ese sentimiento repentino y la miró mientras ella lo miraba con el ceño fruncido.

–Haré lo que haga falta para recuperar la pulsera, Liev. Entre otras cosas, tapar tu pasado, evidentemente dudoso, y centrarme en las partes buenas.

Las palabras salieron como dardos y solo la llegada del camarero para retirar el primer plato consiguió detenerlas. Él había estado esperando la aparición de la morena rabiosa que se había enfrentado a él en la casa de subastas con furia e indignación, la mujer que había alterado al hombre que había bajo su exterior encallecido. Ella seguía centrada en la pulsera, deseaba recuperarla como fuera. Volvió a preguntarse qué significaba para ella.

–Me alegra oírlo.

No iba decirle que había bajado la guardia, aunque hubiese sido por un instante. Tendría que investigar más sobre la pulsera que tenía guardada en su caja de seguridad. Tenía que saber por qué era tan importante antes de devolvérsela.

La llegada del segundo plato la salvó de una humillación mayor. Mientras comía, aunque no saboreaba casi la deliciosa comida, observó el atardecer color ámbar y las luces de Nueva York, que resplandecían más todavía. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan insegura de sí misma y volvió a desear que pudiera llamar a Allegra para hablar con ella, aunque tampoco podía ayudarla gran cosa cuando había confesado que estaba dispuesta a hacer lo que fuera con tal de recuperar la pulsera. Se había dado cuenta de que él entrecerraba ligeramente sus gélidos ojos grises cuando se le había escapado eso. Era perspicaz y ya había demostrado tener una fuerza invencible. Lo mejor era mantenerlo todo en un terreno profesional.

–¿Qué quieres realmente de mí, Liev?

Lo preguntó antes de que pudiera pensarlo, antes de que le preguntara sobre su empresa y el software que iba a lanzar, como había querido preguntar.

–Como ya te he explicado, necesito que la sociedad me acepte y te necesito a mi lado para eso.

Él dejó los cubiertos y la miró con un brillo en los ojos que le recordó con quién estaba tratando, como si le hiciese falta.

–Naturalmente, también necesito tu talento como relaciones públicas para mi empresa.

Ella empezaba a sospechar que había algo que no le había contado, volvió a tener las dudas que había tenido sobre él y no pudo evitar hacer la pregunta.

–Deberías dar más entrevistas, que el público te conozca mejor. ¿Por qué no has hablado con la prensa? No he podido encontrar nada en Internet.

–Porque ellos, al revés que tú, no dejarían en pasado donde está y estoy seguro de que tú, más que nadie, puede entender la necesidad de no sacar a relucir la muerte de mis padres constantemente.

Tenía razón y, por el momento, estaba dispuesta a dársela. Ella también dejó los cubiertos, la comida ya estaba echada a perder.

–La única manera que se me ocurre de avanzar es que seas más franco sobre tu pasado, pero también crear más conjeturas sobre nuestra relación.

–Entonces, tengo la invitación que necesitamos. Nos han invitado a una fiesta mañana por la noche.

Ella frunció el ceño al oír la noticia.

–No recuerdo ninguna invitación a una fiesta.

–Margaret O'Neil me llamó esta mañana. Dijo que se había enterado de nuestro compromiso y que quizá nos gustara asistir a su fiesta.

–Eso está muy bien. Ser su invitado significaría que lograrías casi todo lo que has buscado.

También significaría que ella podría recuperar antes la pulsera y eso sería una bendición para la débil salud de su abuelo.

–Ahora me gustaría irme a casa. Creo que no va a servir de nada que sigamos aquí. Es posible que si nos marchamos antes del postre creemos más conjeturas.

–Muy lista. Los enamorados apasionados abandonan la cena a medias.

Él arqueó las cejas y le sonrió de una forma tan seductora que contuvo la respiración. Liev dejó unos billetes y se levantó.

–Te acompañaré a casa.

Liev, como la vez anterior, acompañó a Bianca hasta la puerta y ella se quedó fuera intentando dominar las ganas de seguir hablando con él. Sin embargo, ¿qué iba a hacer? ¿Invitarlo a tomar café?

–Buenas noches, Liev –se despidió ella mientras él volvía a llevarse sus dedos a los labios.

La calidez que sintió por el brazo tenía más que ver con una aventura romántica que con un chantaje, pero no podía evitarlo. Estar con él la alteraba. Lo observó con el pulso acelerado. ¿Qué estaba pasándole? Era como si volviese a ser una jovencita que se enamoraba del chico malo del instituto, el que le rompería el corazón. No podía estar enamorándose de él, ¿verdad?

–¿No te gustaría que nos hubiésemos conocido de otra manera?

La delicadeza aterciopelada de sus palabras, como su significado, hicieron que le se le pusiera la carne de gallina.

–No, claro que no –mintió ella.

Él se rio en voz baja con una expresión encantadora.

–Una negativa muy acalorada, pero ¿puede ser verdad?

Ella intentó retirar la mano, pero él se la sujetó con fuerza y no tuvo más remedio que mirarlo a la cara.

–Es verdad.

–Entonces, si te beso ahora como hice la semana pasada en la cena de beneficencia, ¿no responderás con el mismo deseo?

¿Qué estaba haciendo ella estimulando esa conversación? Sin embargo, no podía evitarlo, no podía evitar preguntarse cómo la besaría esa vez.

–No hay nadie que pueda presenciar ese beso, ¿qué motivo

podrías tener para besarme?

–Que eres una mujer muy hermosa, una mujer a la que habría que besar.

Se acercó a ella y le rozó los labios con los de él como si estuviese paladeándolos.

–No, Liev, esto no forma parte del trato.

Ella lo dijo con firmeza, pero no pudo evitar quedarse peligrosamente cerca de él.

–No, pero reconócelo, Bianca, quieres que te bese, quieres que derrita ese corazón de hielo del que hablan todas las columnas de cotilleo.

Ella apoyó las manos en su pecho e intentó pasar por alto las chispas que saltaron por el contacto.

–Solo te besaré en público y porque es parte del papel de estar locamente enamorada de ti.

–¿Estás segura, Bianca? –le preguntó él con un susurro ronco que le desbocó el corazón.

Él bajó la cabeza antes de que pudiera contestar y le dio un beso casi voraz. La cabeza le dio vueltas y, aunque sabía que no debería, movió los labios para saborear lo prohibido. Él la estrechó contra sí y ella tuvo que agarrarse a las solapas de su chaqueta. Era un disparate y también era increíble.

–No –ella lo empujó y él se apartó, pero no la soltó–. No puede pasar otra vez, no así.

Liev tomó aliento y fue soltándola poco a poco como si contuviera una reacción de rabia.

–Pasará en público si, como tú dices, es parte de tu papel.

–Vete –el alivio y la decepción se adueñaron de ella mientras él se apartaba–. Vete, Liev. La farsa ha terminado por esta noche.

–Hasta mañana, Bianca.

Lo observó dirigirse hacia el ascensor con esas palabras abrumándola y se preguntó qué acababa de pasar. ¿Por qué lo había provocado y, sobre todo, por qué lo había besado? No volvería a pasar.

Capítulo 6

Tenía los nervios a flor de piel mientras esperaba a Liev la noche siguiente. Había previsto que esa sería su última aparición en público, pero había concertado una entrevista de publicidad con él y esperaba que, con las fotos de esa noche que saldrían en la revistas, se quedaría satisfecho y conseguiría lo que quería. Estaba dispuesta a que su relación fuese menos intensa después de la entrevista. No le gustaba la idea de pasar más tiempo con Liev, sobre todo, cuando despertaba esas emociones nuevas en ella.

No estaba segura de que su compromiso fuese a lograr la aceptación que buscaba él, pero si seguían prometidos a los ojos de todo el mundo, él podría seguir buscándola por sus medios y dejarla libre para concentrarse en el lanzamiento de Dario. Sus hermanos eran otro asunto y se había preparado para que la bombardearan con más preguntas. No tenía ni idea de lo que le diría a su abuelo, pero no había contado con que le pidiera conocer a su prometido. Le daba náuseas solo pensar en las mentiras que tendría que contarle. Su abuelo no se lo merecía, pero sí se merecía recuperar la pulsera que era suya cuando llegó a Nueva York hacía tantos años. Era una historia que anhelaba conocer, pero antes tenía otra cita con su prometido y, con un poco de suerte, sería la última. Tendría que serlo después del beso de la noche anterior y su evidente reacción.

Liev, puntual como siempre, llamó a la puerta y ella tomó una bocanada de aire mientras se preparaba para pasar la noche con un hombre que la desasosegaba e intrigaba al mismo tiempo. Había empezado a relajarse y a estar a gusto en su compañía hasta el beso de la noche anterior, pero no podía olvidar en ningún momento cómo estaba chantajeándola. Eso no era una historia de amor normal ni ellos podrían será una pareja normal.

Abrió la puerta y contuvo el aliento. Liev llevaba un esmoquin que dejaba entrever su fuerza latente y que disparó otra vez sus impredecibles pensamientos. Tenía el ceño fruncido, pero, aun así, era el hombre más impresionante que había conocido en su vida.

–Buenas noches, Bianca.

Ella se estremeció cuando le recorrió con la mirada el vestido negro de seda que le llegaba hasta el suelo sin tapar ni dejar ver

demasiado. La timidez se apoderó repentinamente de ella y miró hacia otro lado mientras se abrasaba por dentro tanto como le abrasaban las mejillas.

Tenía que decírselo en ese momento. No podría pasar toda la noche a su lado y parecer relajada y contenta si le preocupaba decirle lo que le había pedido inesperadamente su abuelo.

–Antes de que nos vayamos, tengo que decirte dos cosas que, con un poco de suerte, acercaran esta farsa al objetivo que buscas.

Ella lo dijo sin alterarse y le maravilló que fuese capaz de ser una cosa cuando era otra completamente distinta por dentro.

–Estoy intrigado.

Él se aceró y ella tembló como una hoja cuando lo miró a los ojos, que se habían oscurecido como la pizarra y le recordaron el beso de la noche anterior.

–¿Qué conseguirá? ¿Otro beso? A lo mejor debería besarte en la fiesta, besarte de verdad, como deseaste que te besara anoche.

–Yo… Yo no deseé tal cosa.

Bianca balbució con el pulso acelerado por la idea de que volviera a besarla. Si aquel beso era ejemplo de algo, que la besara de verdad sería increíble. Nunca la habían besado hasta que todo daba vueltas y el corazón se le desataba. Volvió a acordarse inmediatamente de por qué estaba haciendo todo eso, la pulsera.

–No era lo que tenía en la cabeza.

Él se acercó más, tanto que ella creyó que iba a besarla en ese instante. Tomó aliento e inhaló su loción para después del afeitado especiada y embriagadora. Levantó la mirada y aguanto la de él para parecer segura de sí misma, pero solo pudo contener la respiración cuando él le pasó los dedos por la mejilla. Ese contacto tan leve le abrasó la piel, pero no pudo apartarse aunque sabía que era lo que tenía que hacer. Sabía que esas miradas de arrobo y esas caricias solo eran una representación, pero hacían que se acordara de la carta de amor que encontró cuando era niña entre las páginas de un libro de la biblioteca familiar, un libro que había leído infinidad de veces a lo largo de los años y que siempre le había hecho desear que ella también encontrara un amor tan poderoso. Lo que había entre Liev y ella no era amor. Había atracción por su parte, pero por parte de Liev solo era un trato, un medio para alcanzar un fin, nada más.

–Es una pena. Estás hecha para que te besen.

Su voz era más ronca y tenía un acento tan marcado que ella le costó entender lo que había dicho. ¿Cómo iba a estar hecha para que la besaran cuando solo le habían rozado levemente la mejilla?

El beso de la noche anterior había sido una experiencia nueva, una experiencia que podría engañarla. Se acordó del baile de graduación. También había querido que la besaran, y que la amaran. Había creído que había encontrado el amor verdadero, pero el destino le había jugado una mala pasada. Esa noche desastrosa había sentado el precedente para los siguientes diez años, jamás permitiría que un hombre se acercase lo suficiente como para hacerle daño. Creía que lo había conseguido, que era inmune a los encantos que parecían hacer mella hasta en las mujeres más duras. Su máscara era profunda y compacta, pero, en ese momento, un hombre que había demostrado desde el principio que estaba utilizándola estaba abriéndose paso en esa máscara, estaba desvelando, capa a capa, a la verdadera Bianca. No podía permitirlo. Si llegaba a ver debajo del barniz que la cubría, estaría perdida, no podría proteger al corazón del dolor de sentirse utilizada otra vez.

–Desde luego que no –el retrocedió ante su tono indignado, pero tenía un brillo burlón en los ojos que la irritó más todavía–. Y menos por ti.

–Anoche no me lo pareció.

–Lo de anoche fue un error. Solo volvería a besarte si fuese necesario por esta farsa. No cambiaré de opinión digas lo que digas o hagas lo que hagas.

–¿Estás retándome?

–Eres insoportable –estaba furiosa porque había utilizado la noche anterior contra ella–. Sería mucho más provechoso que visitáramos la casa de mi familia. No pasará inadvertido y saldrá en las columnas de cotilleo.

–Muy lista.

Su forma de mirarla le estremecía las entrañas a pesar de la humillación por su forma descarada de coquetear con ella.

–También he concertado una entrevista con una revista puntera de Nueva York para que puedas contar tu pasado antes de que lo haga la prensa.

–La verdad es que estás superándote. ¿Cuándo es la entrevista?

–Mañana por la tarde. También he pensado que podríamos visitar a mi familia el próximo fin de semana y utilizarlo como publicidad de nuestro compromiso.

–Mañana acudiré a la entrevista, pero no visitaremos a tu familia. Tengo pensado un largo fin de semana para nosotros. He invitado a una revista para que haga una sesión de fotos y concederle la exclusiva del compromiso.

La cabeza le daba vueltas. Eso no era lo que había querido ni mucho menos. Solo había querido tranquilizar a su abuelo. ¿Cómo conseguía él darle la vuelta a todo a su favor?

–Creo que no es una buena idea –replicó ella con nerviosismo.

¿Qué pensaría su familia cuando viera ese reportaje? Sobre todo, cuando ella siempre había intentado quedarse al margen de la vida pública.

–Es innegociable, Bianca. Todo está organizado. Visitaremos a tu abuelo cuando volvamos a Nueva York. Si lo conozco antes de que salga el reportaje, seguro que se te pasarán las preocupaciones.

¿Preocupaciones? ¿Eso era lo que le parecían a él? Para él no pasaba nada, le daba igual engañar a alguien, no tenía familia. Mentir a sus hermanos era una cosa, pero no le gustaba nada mentir a un anciano que estaba muriéndose. Le dolía pensar que llevaría a Liev para que lo conociera y fingir que estaba entusiasmada solo para tranquilizarlo, y para preocuparlo más cuando rompiera.

–No se necesita un reportaje sobre el compromiso y un fin de semana fuera.

–Se necesita si quieres tener la pulsera antes de que pasen tres meses.

–Pero es demasiado íntimo, demasiado…

–Es publicidad, Bianca, la que conseguirá que alcance mi meta antes.

–Observo que, una vez más, te has cerciorado de que no tenga más remedio que seguir tu juego –él arqueó las cejas por su tono hiriente–. Estás chantajeándome una vez más.

–No. Una exclusiva así siempre entró en el trato. Conocer a tu abuelo, en cambio, no –él se acercó a ella y suavizó el tono–. Sin embargo, no soy tan interesado como crees y lo visitaremos.

Bianca se quedó desconcertada por su repentino cambio de actitud y parpadeó mientras su cercanía volvía a abrumarle los sentidos. ¿Cómo podía sentirse tan atraída por el hombre que ejercía ese poder sobre ella? Deseó, por enésima vez, que esa fiesta ya hubiese terminado.

Liev no pudo evitar mirar con detenimiento a Bianca mientras ella lo miraba a él con los ojos muy abiertos. Volvía a tener los ojos maquillados de oscuro y los labios pintados de rojo y el vestido negro de seda se le ceñía como una segunda piel. Unos

diamantes resplandecían en sus orejas y en el cuello y el anillo le brillaba en el dedo. Estaba impresionante, pero también vislumbraba algo mucho más vulnerable. Volvió a pasarle los dedos por la cara y se preguntó si desvelar a la verdadera Bianca sería tan fácil como quitarle el maquillaje. No lo creía, pero hablar de su abuelo le había ablandado la máscara. También había aceptado esa ocasión perfecta de mostrarle al mundo que eran una pareja. Era mucho más que lo que había esperado y exactamente lo que necesitaba. Un tiempo alejados de todos y todo le daría la ocasión perfecta para averiguar lo que necesitaba sobre Dario di Sione e ICE y para utilizar su compromiso de la forma más pública posible.

–Entonces, ¿no te opones a que fotografíen nuestro compromiso oficial?

–No –ella lo miró con escepticismo y el captó la sombra de duda en sus ojos–. Ya deberíamos estar en la fiesta.

Él le ofreció el brazo y se deleitó con la sensación de tenerla cerca. La reacción de su cuerpo a esa cercanía fue más intensa de lo que se había esperado. Bianca di Sione estaba colándose entre las barreras que había levantado cuando era un niño airado de doce años para mantener fuera los sentimientos de afecto. El único consuelo era que ella también estaba perdiendo la aspereza tras la que se ocultaba, y que era mayor que el maquillaje que llevaba. Ella lo excitaba como él la excitaba a ella.

Esa excitación seguía bulléndole por dentro cuando llegaron a la fiesta. La prensa estaba esperando fuera del hotel como pasaba con todos los acontecimientos de la alta sociedad. Los flashes se dispararon mientras llevaba a Bianca al hotel. Ella, siempre profesional, sonrió y se detuvo un momento pegándose a él como haría una enamorada, y forzando más todavía los límites de su dominio de sí mismo. Volvió a sentir el asombro que había sentido antes al darse cuenta de que le gustaba estar con ella y sentir su cuerpo pegado al de él. Al contrario que lo que había esperado, estaba deseando pasar todo un fin de semana en su retiro de la isla. Cuando hubiese terminado el reportaje sobre su compromiso, se quedarían solos. Nada le impediría averiguar lo que tenía que saber y, lo que era más importante, ella no podría salir corriendo.

–La lista de invitados es larga y de personas muy influyentes –comentó ella mientras entraban por fin en el vestíbulo del hotel–. Esta noche podré conseguirte buenas relaciones.

Su voz lo sacó del ensimismamiento y sus pensamientos volvieron a la fiesta, pero ella se quitó el chal y acalló su

respuesta. El vestido sin tirantes acaparó toda su atención y solo pudo pensar en pasarle los labios por esos hombros tan blancos.

–No había esperado menos de ti –replicó él cuando consiguió formar una frase.

–Lo tomaré como un halago.

Ella le sonrió y fue una sonrisa de verdad, una sonrisa que hizo que esos labios fuesen más deseables todavía. Los ojos de ella dejaron escapar un destello algo burlón y algo pasó mientras a él se le aceleraba el pulso. En ese momento, lo único que quería era hacerle sonreír, ver a la mujer que, inesperadamente, se vislumbraba debajo de la superficie férrea que ella se pintaba, literalmente.

–No solo tienes mucho talento, esta noche estás incluso más guapa.

Ella se sonrojó y miró hacia otro lado. Una sensación de satisfacción se adueñó de él al darse cuenta de que, fuera lo que fuese lo que había entre ellos, estaba permitiéndole ver un aspecto de ella mucho más delicado de lo que ella quería que viera.

Ella se dio la vuelta, se alejó mientras tomaba una copa de champán y entraba en la fiesta. Él no tuvo más remedio que seguirla.

Liev puso una mano en la parte baja de su espalda y Bianca, siempre representando su papel con profesionalidad, esbozó una sonrisa. Ese leve contacto le produjo un cosquilleo en la piel y no pudo mirarlo durante un momento porque sabía que la calidez de la excitación le había sonrojado las mejillas.

Como las noches anteriores, notó todos los ojos clavados en ellos y pudo imaginarse lo que dirían las conversaciones susurradas. Era un ejemplo de todo lo que le disgustaba de la alta sociedad y de todo lo que Liev estaba dispuesto a conseguir. Tuvo que aferrarse al motivo por el que estaba haciendo eso.

–Ya hemos captado toda la atención –le susurró Liev al oído.

Ella no pudo evitar estremecerse de placer al sentir la caricia de su aliento en la piel, pero tragó saliva para conservar la sonrisa intacta.

–Ya no hará falta que nos vayamos después de esta noche.

Él le apartó el pelo de la cara y le pasó los dedos por la piel del hombro al hacerlo.

–¿No quieres estar sola conmigo? –le preguntó él en voz baja y con un tono muy seductor.

–Tengo otros clientes –contestó ella un poco demasiado deprisa a juzgar por la ceja arqueada de él.

–Pero solo un prometido.

Él le había levantado la barbilla con un dedo antes de que pudiera decir algo y ella supo que iba a besarla porque todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se lo dijeron. La besó en los labios y ella correspondió a pesar de su decisión de solo representar su papel.

–Muy bien, Bianca –susurró él sin apartar los labios y haciendo que le saltaran chispas por dentro.

Ella tomó aliento y se apartó de la calidez de su cuerpo mientras se daba cuenta de que nada la había obligado a quedarse allí, nada menos la delicadeza de su dedo en la barbilla… y la abrasadora necesidad de volver a sentir su beso.

–Represento mi papel –ella le sonrió y se dio la vuelta para saludar a la anfitriona, que estaba acercándose a ellos–. Margaret, que alegría verte. Te presentó a Liev Dragunov, mi prometido. Liev… Margaret O'Neil. Nuestras familias se conocen desde hace mucho.

–Encantado.

El encanto de Liev hizo maravillas en Margaret, quien era famosa por su intolerancia con los advenedizos. Si la convencía a ella, el resto de Nueva York iría detrás. Su misión estaba casi lograda y la entrevista del día siguiente la remataría. Entonces, ¿por qué tenía esa sensación tan rara de vacío?

Liev notó la crispación disimulada de la mujer mayor y desplegó todo su encanto, pero también vio que Bianca fruncía fugazmente el ceño. Inclinó la cabeza como reconocimiento a su elevada posición en la sociedad y siguió el protocolo que no quería que rigiera su vida cuando tuviese lo que quería.

–El mes que viene voy a celebrar un baile de verano. Tienes que asistir con tu encantador prometido, Bianca. No acepto una negativa por respuesta.

–Será un honor.

Él esbozó una sonrisa resplandeciente, sabía muy bien el efecto que tenía en las mujeres y miró a Bianca satisfecho por comprobar que se había quedado muda.

Margaret tuvo que ir a saludar a otros invitados y Bianca y él se quedaron solos otra vez en una habitación llena de personas con las que él no tenía una verdadera intención entablar amistad.

–Al parecer, el mes que viene vamos a codearnos con los más granado de la sociedad –Liev tomó dos copas de champán de un camarero y le entregó una a Bianca, quien lo miró con cierto recelo–. Por el éxito.

–¿El éxito?

Ella lo miró con una coquetería que alteró más su ya frustrada libido. ¿Desde cuándo no entraba en juegos como ese? Desde nunca. Si quería algo, las mujeres incluidas, lo tomaba. Bianca no había entrado en su lista de cosas que quería, pero, en ese momento, estaba en el lugar más alto, compitiendo con el deseo de vengar a su familia y desenmascarar a ICE.

–¿No quieres el éxito, Bianca? ¿No quieres la pulsera?

Ella se acercó y pegó su cuerpo al de él como un gatito. Si Bianca no tenía cuidado, se la llevaría a un sitio más discreto donde acabaría lo que ella estaba empezando tan intencionadamente.

–Nos parecemos en muchas cosas –comentó ella antes de dar un sorbo de champán–. No te detendrás ante nada para conseguir lo que quieres, pero te recuerdo, Liev, que yo tampoco.

Él le tomó la barbilla con más firmeza que antes y vio que sus ojos se oscurecían hasta adoptar un tono azul oscuro muy sexy. Le rozó los labios con los suyos y se deleitó con ese desafío tan estimulante que le presentaba.

–Lo recordaré.

Capítulo 7

Bianca se alegró cuando la fiesta llegó a su fin a altas horas de la noche. Liev y ella habían estado muy solicitados y su labor estaba casi terminada, lo que significaba que podrían romper el compromiso muy pronto. Ella conseguiría la pulsera y él tendría la aceptación que anhelaba. No tendría que pasar las noches con ese hombre que la convertía en un tipo de mujer que nunca se había imaginado que podría ser. Le gustaba lidiar con él y le entristecía la idea de no volver a verlo. Se había convertido en parte de su vida, lo llevaba en la cabeza cuando no estaba cerca y empezaba a aceptar esa calidez que sentía en el cuerpo cuando estaba con ese hombre que la atraía de verdad. Aunque no podía haber ningún porvenir después de que la hubiese utilizado de esa manera, y era algo que tenía que tener presente para evitar que la idea de un amor de cuento de hadas calara en ella.

No intentó convencer a Liev de que no hacía falta que la acompañara hasta la puerta, como había hecho los días anteriores. Quizá fuese porque casi estaba amaneciendo, pero no le apetecía despedirse todavía. Estar con él empezaba a ser agradable, demasiado quizá. Lo miró cuando se detuvo delante de la puerta con la llave en la mano. Fue como si la resistencia fuese cediendo, como si la aplacara ese hombre que la atraía y enfurecía a la vez.

–Lo he pasado muy bien esta noche.

¿De verdad había dicho ella esas palabras?

–Yo también –reconoció él mirándola con unos ojos mucho más oscuros de repente.

Él le apartó un mechón de la cara antes de que ella pudiera entender lo que estaba pasando. La calidez de sus dedos hizo que se le desbocara el corazón, pero ella no pudo evitarlo. No podía resistir esa sensación nueva y tan intensa. Él dijo algo en ruso mientras se acercaba hasta que sus cuerpos casi se tocaron. Ella no supo qué había dicho, solo supo que iba a besarla y deseó que lo hiciera.

–Liev… –susurró ella cuando él le rozó los labios con los suyos como si quisiera comprobar su reacción.

–Todavía estamos en público, todavía no estás a salvo en tu piso, y tienes que seguir representando tu papel. Además, quiero

besarte, Bianca, besarte de verdad.

Su cuerpo vibró. Él la deseaba, no porque fuese parte del trato o de la farsa que tenía que representar, la deseaba a ella. Sin embargo, ¿podía confiar en él? ¿Podía confiar en sí misma? la situación de la noche anterior en esa misma puerta le decía que no podía confiar en él, ni en sí misma.

–Solo complicaría las cosas.

Ella hizo un esfuerzo para apartarse, se dio la vuelta, metió la llave en la cerradura y abrió la puerta con la esperanza de que él se marchara.

–Solo si dejamos que se compliquen.

Él respiraba con fuerza y su aspecto después de la fiesta hizo que le diera un vuelco el corazón. Supo que ya era demasiado tarde. Las cosas ya se habían complicado, al menos, para ella.

–Bianca, ¿puedes negar sinceramente que hay algo entre nosotros? Algo que tenemos que descubrir.

–No puedo hacerlo.

Ella retrocedió para refugiarse en su piso. Debería cerrar la puerta, pero no podía. Sería como cerrarse a sí misma y estaba cansada de hacerlo. Estaba cansada de buscar una excusa cada vez que un hombre la halagaba.

–Pero quieres –replicó él en un tono ronco que la estremeció.

–Sí.

Ella ya no podía negarlo después de lo que había catado la noche anterior. Nunca había sabido lo que era que la besaran de verdad, como decía él. Podía captar el deseo sin disimulo en su mirada y le aterraba de una forma muy excitante. Sin embargo, el recuerdo de aquel baile de graduación todavía la perseguía.

–Pero no puedo –añadió ella.

Bianca entró en su piso y él entró detrás como si ella lo hubiese invitado.

–¿No puedes o no vas a hacerlo?

–No voy a hacerlo. Esto solo en un trato, Liev. Solo exige besos mecánicos en público, no una pasión detrás de puertas cerradas.

Por un instante, le pareció que él se encogía, pero ella tenía que sacar a relucir el trato aunque solo fuese para recordarle lo que ella había afirmado la noche anterior y para recordarse a sí misma que eso no era lo que quería… o necesitaba.

–Te pido disculpas –dijo él en un tono aterciopelado aunque con una mirada ardiente–. Eres tan hermosa que me cuesta acordarme de las condiciones de nuestro trato.

Le tocó a ella encogerse. Estaba recordándole el poder que

tenía sobre ella, y no tenía nada que ver con el trato, sino con el hombre en sí.

–Es posible que me hayas chantajeado para que represente a tu empresa y la sociedad te acepte, pero nunca conseguirás nada más de mí.

–Entiendo. ¿Estás reservándote para don Perfecto?

Él lo preguntó con desenfado y coqueteando, sin ninguna malicia, pero le recordó algo. ¿Qué diría si supiera que era virgen y que no la habían besado casi? ¿Qué haría si le dijera cuánto deseaba que la besara… de verdad?

–Sí, algo así –ella no pudo evitar provocarlo porque el bochorno hacía que fuese más descarada. Él arqueó las cejas con sorpresa–. Buenas noches, Liev.

A la tarde siguiente, mientras Liev se bajaba del taxi, se preguntó si tenía bien la dirección. Ese barrio le recordaba a su pasado. Entonces, vio a Bianca, que caminaba hacia él y le pareció una flor en el desierto.

–¿Qué hacemos aquí? –preguntó él.

Intentó sofocar el arrebato de deseo que lo dominaba solo por verla y que se mezclaba con los recuerdos de su juventud en una zona parecida a esa calle desolada.

–La entrevista –contestó ella con el ceño fruncido por el recelo–. La he organizado en el albergue.

–¿El albergue?

Todo empezaba a parecerse demasiado a su pasado. ¿Sabía ella lo que estaba haciendo? ¿Sabía lo que estaba desencadenando y obligándole a afrontar?

–Sí, el albergue de acogida Bluebird.

La rabia se adueñó de él. Estaba dispuesta a sacar a la luz su pasado y a mostrárselo al mundo. Iba a decirle que todo eso era un error cuando un joven se acercó.

–Me alegro de que haya aceptado, señor Dragunov. Soy Nick y dirijo el albergue.

Liev le estrechó la mano. Ya no tenía escapatoria y se consoló pensando que así sacaría a la luz la situación de los jóvenes sin hogar.

–Es un placer.

–Perfecto. Vamos a conocer a algunos de los muchachos.

Liev, que también quería divulgar su compromiso, tomó la mano de Bianca y siguió a Nick dentro de las paredes cubiertas de

grafitis mientras recordaba su pasado.

–Buenas tardes, señorita Bianca –le saludó un muchacho mientras cruzaban el edificio y salían a un pequeño patio del edificio de ladrillos.

–Buenas tardes.

Aquello le recordaba a una prisión y Liev estaba tan atónito que no se dio cuenta del respeto del tono del muchacho ni del cariño con el que había contestado Bianca. ¿Hacía muchas entrevistas allí? Más jóvenes la saludaron y casi todos lo miraron con recelo.

–Te conocen bien por aquí…

–Financiar este lugar ha sido mi proyecto personal durante más de diez años. Me he criado como una privilegiada, pero sabía muy bien que muchos no lo eran.

–Este lugar habría cerrado hace mucho sin la ayuda de la señorita Di Sione –añadió Nick antes de llamar a un adolescente.

¿Bianca había hecho eso? ¿Había ayudado a esos chicos y a sus familias? La miró y vio que ella se sonrojaba. Fue a decirle algo cuando se acercó el chico al que había llamado Nick. Inclinó la cabeza con respeto, pero eso no alteró su exterior encallecido. Luego, lo miró a él y los años se esfumaron. Era como mirarse a sí mismo hacía veinte años.

–Encantado de conocerte, me llamo Liev.

No le tendió la mano porque sabía muy bien cuánto se valoraba el espacio personal. El muchacho le hizo un gesto serio con la cabeza y él quiso poder decirle que sabía cómo se sentía.

–Billy os acompañará para la foto –comentó Nick.

–Solo una.

Billy habló y por fin lo miró a los ojos. Mientras miraba a los ojos de su pasado, él pudo notar la calidez de la presencia de Bianca y eso evitó que cayera en la pesadilla de aquellos días.

–Billy lleva tres años aquí, entrando y saliendo para estar con su familia –comentó Bianca con delicadeza–. Solo necesitamos una foto, Billy. Gracias.

Bianca observó mientras el fotógrafo tomaba la foto y engatusó a Billy para que posara para una más. Luego, el entrevistador empezó a hacerles preguntas y Billy desapareció y se mezcló con el entorno. Ella notaba que Liev se ponía más tenso con cada pregunta.

–Tengo entendido que usted no tuvo una infancia fácil…

Bianca vio que Liev miraba a Billy, quien seguía entre las sombras, como si se hubiese olvidado de todo lo demás. Su corazón se encogió por el muchacho que había sido, un muchacho como Billy.

–Tenía doce años cuando murieron mis padres. Lo habían perdido todo por un mal negocio y yo no tenía a nadie, no tuve más remedio que vivir en las calles de San Petersburgo.

Billy salió de entre las sombras y volvió a mirar a Liev a los ojos, pero esa vez lo hizo con respeto y admiración.

–¿Cómo llego a donde está ahora? –le preguntó el periodista con curiosidad por la relación entre Liev y el muchacho.

–Hice todo lo que pude.

Billy asintió con la cabeza como si entendiera lo que estaba diciendo. Bianca quería saber más cosas, pero notaba la cautela de Liev. Al fin y al cabo, solo era una entrevista y no quería que revelara sus secretos más profundos. Tendría que encontrar otra manera de averiguar lo que había detrás de ese comentario porque, en ese momento, solo quería proteger su pasado.

–Habría dado cualquier cosa por haber tenido un sitio como este –siguió Liev aunque ella captaba la cautela en su tono–. El sitio donde yo estuve cinco años era mucho más… rígido.

Ella había creído que sería positivo llevarlo allí, que conseguiría dar esa imagen de chico malo que se hacía bueno que tanto le gustaba a la prensa, pero, en ese momento, tenía la sensación de que había arrastrado a Liev a aquel pasado.

–Gracias, señores –ella intervino y dio por terminada la entrevista–. Creo que ya tienen bastante.

Billy había desaparecido otra vez. ¿Así había vivido Liev? ¿Por eso no podía encontrar nada sobre él? Liev la miró con unos ojos más duros que nunca. Ella le aguantó la mirada con una rabia parecida. Esa era la promoción que le abriría todas las puertas. ¿Acaso había creído que podría evitar que se supiera lo que había hecho?

–Tenías que haberme advertido de lo que iba a pasar hoy.

Él lo dijo sin alterarse, pero ella captó el tono cortante.

–¿Qué esperabas, Liev? ¿Más fotos en la alfombra roja? Así no se llega a los corazones de la sociedad neoyorquina.

Ella replicó en tono crispado por la decepción y la desesperación. Necesitaba la pulsera lo antes posible. Tenía todas las esperanzas puestas en esa entrevista, era lo acertado, pero también le había ablandado más el corazón por él. Había visto algo profundo y descarnado mientras había hablado sin dejar de

mirar a Billy.

–Dije que no quería que se utilizara mi pasado.

–Esto es mi beneficencia personal, Liev, y la entrevista que acabas de hacer favorecerá a Billy y a todos los chicos de aquí tanto como a ti.

Liev estaba viendo una faceta nueva de Bianca, una faceta que borraba de su cabeza la primera impresión de que era una niña rica malcriada. El motivo para ayudarlo, solo por la pulsera, no ayudaba, pero llegaría al fondo del asunto cuando estuvieran solos. Ella le intrigaba y quería saber muchas más cosas.

–Me sorprendes –comentó él intentando dominar sus pensamientos.

–¿Porque no soy la niña rica y malcriada que creías que era?

Sus palabras reflejaron la rabia tanto como el brillo de sus ojos.

–Tienes muchas cosas que no dejas que vean los demás y espero que el próximo fin de semana lleguemos a conocernos mejor.

–Lo dices como si fuese… unas vacaciones de enamorados.

–Eso es exactamente lo que tiene que parecer y, si tienes razón, Bianca, y la exclusiva del compromiso da resultado, podría ser la última vez que tuvieras que soportar mi compañía.

–Dará resultado –afirmó ella–. Mándame un correo electrónico con los detalles.

Capítulo 8

Bianca seguía sin salir de su asombro por la escapada romántica cuando el yate llegó a una isla privada en las Bahamas. Liev no solo había preparado el reportaje en exclusiva, sino que la había llevado al más romántico de los escenarios con arena blanca, agua azul y sol a todas horas. Un paraíso para enamorados que debería parecerle una cárcel, que la atraparía con él y ese deseo en aumento que sentía por él. Sería por la calidez del sol y el agradable rato en el yate bebiendo champán, pero no se lo parecía en absoluto.

–¿Cómo lo has organizado? –ella tomó la mano que le ofrecía él y se bajó al embarcadero de madera dando gracias porque podía ocultar su pasmo detrás de unas gafas de sol–. ¿Y cómo has encontrado este sitio tan idílico?

–No ha sido difícil negociar una exclusiva con el interés que hay por nuestro compromiso, sobre todo, cuando les invité a mi retirada isla.

Su voz era suave e increíblemente sexy y ella se preguntó si el sol le habría afectado ya a la cabeza, hasta que cayó en la cuenta de lo que había dicho.

–¿Tu isla?

–¿Todavía no lo habías averiguado, Bianca? –él no le soltó la mano y la acercó hasta casi que sus cuerpos casi se tocaron–. Es posible que aquí podamos descubrir más cosas el uno del otro.

–No mientras estén haciendo un reportaje para una revista.

Ella se rio en voz baja sin poder llegar a entender que ya se sintiera tan relajada con él. ¿Qué pasaría si estuviesen allí sin otro motivo que conocerse el uno al otro? La idea le produjo un hormigueo de excitación y suspiró aliviada al saber que los fotógrafos y sus ayudantes invadirían la tranquilidad que tuvieran, que no estarían tan solos como podía parecer a simple vista.

–Eso no será hasta el sábado por la mañana.

Él la miró a los ojos con tanta intensidad que estuvo a punto de derretirse contra él.

–¡El sábado por la mañana! Si hoy es viernes… No podemos estar solos hasta entonces.

–Podemos y lo haremos –él le quitó las gafas de sol y ella le

dejó–. Me gusta verte los ojos, ver el reflejo de lo que piensas, y ahora veo pánico. Sin embargo, te prometo, Bianca, que, aparte de que representes tu papel durante el reportaje, no ocurrirá nada entre nosotros, salvo que tú quieras.

–Entonces, ¿por qué nos escondemos aquí durante varios días?

–Bianca, ¿de verdad tienes que preguntarlo? Los de la revista se sentirán como si los hubiésemos invitado a nuestro idilio privado, podrán vislumbrar cuánto nos amamos. También nos dará tiempo para perfeccionar esa imagen de pareja enamorada que están esperando.

En el fondo, ella sabía que tenía razón. Sería lo que los lectores de la revista estarían deseando ver, pero no le gustaba la perspectiva de pasar dos días sola con un hombre que estaba desvelando una Bianca que ella no sabía que existía. Sin embargo, él no había dicho que fuese a suceder algo que ella no quisiera.

–Tienes razón –ella retiró la mano y recuperó las gafas de sol–. Lo haremos a tu manera.

–La villa está por ahí.

Antes de que pudiera decir algo, él le había tomado la mano otra vez y la llevaba por el embarcadero de madera hacia la arena blanca bordeada por unas palmeras y una vegetación que ocultaban la villa. Ese hormigueo volvió a adueñarse de ella. Pasaría dos días sola con Liev, pero ¿serían suficientes para que llegara a conocer al hombre de verdad? La llevó por un sendero entre palmeras y vio la villa. No era tan grande como se había imaginado. En realidad, era pequeña y acogedora, estaba rodeada de palmeras y podía ver el mar por detrás. Era muy romántica, el tipo de sitio a donde podía imaginarse que irían los enamorados de la carta que había encontrado cuando era más joven.

Entraron; el fresco era muy agradable. La decoración era más tradicional que lo que se había imaginado que le gustaría a un hombre como Liev, pero era perfecta para ella.

–Es una casa preciosa.

Él le soltó la mano y ella fue hasta el ventanal para mirar el mar, que resplandecía tentadoramente. Hacía mucho tiempo que no se bañaba en el mar.

–Te enseñaré tu habitación y luego podemos dar un paseo por la playa, incluso, podríamos bañarnos.

Él se quedó en la puerta. La ropa informal que llevaba le quedaba tan bien como el esmoquin que había llevado en la fiesta. Ella se relajó cuando oyó que hablaba de su habitación. Evidentemente, pensaba mantener la palabra. No pasaría nada si

ella no quería. El problema era que sí quería.

–Me gustaría dar un paseo, pero no he venido preparada para darme un baño.

Ella lamentó que no le hubiese dado más información cuando le había dicho que pasarían el fin de semana fuera. La idea de bañarse en el mar era muy apetecible. Liev salió de la sala y ella lo siguió a un dormitorio luminoso con unas puertas que daban a un pequeño jardín sombrío con la playa detrás. Él tomó un paquete de cama y se dio la vuelta hacia ella.

–Esto podría venirte bien.

Su voz era más profunda y con un acento más marcado, pero su expresión se había suavizado como si el sol estuviese borrándole la dureza a la que ella ya se había acostumbrado. Lo miró a los ojos para intentar encontrar una pista, pero tomó la caja envuelta como un regalo y adivinó lo que había dentro.

–Gracias.

Estaba impresionada por ese gesto tan considerado. Nunca había creído que un hombre tan despiadado como Liev pudiera tenerlo. Sin embargo, bañarse sería más íntimo si llevaba el traje de baño que había elegido él.

–Nos veremos afuera cuando estés preparada.

Él se marchó antes de que ella pudiera decir algo y cerró la puerta del dormitorio. Jamás había recibido un regalo de un hombre e, incapaz de poder resistir la curiosidad, desató el lazo rojo y abrió la caja. Vio un biquini rojo y la camisola más bonita y delicada que había visto nunca. Su puso roja como el biquini ante la idea de llevarlo con él, pero resultaría increíblemente remilgada y desagradecida si se quedaba con el vestido vaporoso que llevaba. Además, darse un baño en el mar era cada vez más tentador.

Liev observó a Bianca mientras salía a la terraza y se alegró de que hubiese aceptado su regalo. La camisola roja no le tapaba gran cosa y podía ver sus curvas cuando el viento le pegaba la tela al cuerpo. Parecía incómoda y vulnerable sin maquillaje y con un moño suelto que le dejaba algunos mechones muy sexys alrededor de la cara.

–El rojo te sienta bien –comentó él mientras se acercaba.

–Y tú estás bien en traje de baño –replicó ella con una sonrisa maliciosa que él ya le había visto alguna vez.

Entonces, no era inmune a él y tampoco le incomodaba que estuviera esperándola en traje de baño y con la camisa blanca

abierta. ¿Estaba empezando a derretir a la princesa de hielo?

–Si damos un paseo corto, llegaremos a una cala perfecta para darnos un baño.

Él se quedó en silencio mientras ella caminaba a su lado y esperó a que eligiera el tema de conversación con la esperanza de que acabara hablando de lo que él quería saber sobre su hermano e ICE. Si no se precipitaba, esperaba poder sortear las barreras que había levantado contra todo el mundo y él en concreto.

–¿Desde cuándo tienes este sitio?

Ella miró hacia el mar y él no pudo evitar fijarse en sus largas piernas mientras paseaba por la orilla. La atracción estaba haciéndose más intensa y difícil de resistir, como le pasaba cada vez que la veía, y, sobre todo, desde que había visto a la Bianca cariñosa y delicada del albergue. Había habido momentos, de camino a la isla, en los que le había parecido que a ella le pasaba lo mismo y sus planes originales de que no pasaría nada entre ellos estaban esfumándose. La deseaba como no había deseado a otra mujer. Al mismo tiempo, le desagradaba más que ninguna otra mujer. Era una niña rica y mimada que se había criado entre algodones. Sin embargo, esa opinión había cambiado, ¿o acaso había cambiado porque cada vez la deseaba más?

–La compré el año pasado, pero todavía no he dejado mi huella.

Sus padres habían hablado de que querían una isla paradisíaca, un sitio a donde poder escapar de los inviernos rusos. Él lo había logrado, pero todavía quedaba mucho por hacer.

–A mí me gusta como está.

Ella lo miró; las gafas de sol le ocultaban los ojos y los pensamientos, pero no podían esconder su sonrisa relajada ni el interés sincero de su voz.

–Este sitio es el mejor para bañarse –comentó él para cambiar de conversación.

Se quitó la camisa, la dejó caer en la arena y se metió en el agua. Cuando le llegó por la cintura, se dio la vuelta y la miró. Estaba quitándose la camisola y dejándola junto a su camisa con las gafas de sol. La idea de que sus prendas estuviesen juntas en la playa aumentó la punzada de deseo que lo atenazaba por dentro. Sonrió cuando ella retrocedió un poco por las olas. Era perfecta y quiso abrazarla, sentir su piel mientras la reclamaba como suya, aunque solo fuese durante unos días. No se hacía ilusiones de que pudieran tener algo más después de cómo se habían conocido.

–Entra, no tengas miedo. El agua está maravillosa –gritó él por

encima del murmullo de las olas.

Se rio cuando ella se agachó y desapareció en el agua antes de levantarse otra vez con el agua corriéndole por las curvas y caldeándole más todavía la pasión. Se zambulló con una sonrisa que le iluminó el rostro y empezó a nadar hacia un pequeño promontorio de arena en el agua. Pasó de largo y se alejó con unas brazadas poderosas. Él nadó detrás de ella y llegaron juntos al promontorio. La miró a los ojos. Tenía el rostro vibrante de vitalidad y emoción y solo quiso besarla. Se acercó a ella dentro del agua. Abrió los ojos, pero no dijo nada ni se movió y la besó antes de que pudiera pensar lo que iba a hacer y por qué. Saboreó el agua salada y ella correspondió inmediatamente. Él maldijo que estuvieran abrazados en medio del mar. Seducirla no había entrado en sus planes e, incluso, había llegado a decirle que no pasaría nada entre ellos si ella no quería.

Él tomó una bocanada de aire por la sorpresa cuando ella se apartó dándole un ligero empujón.

–Te echo una carrera –le desafió ella antes de empezar a nadar.

Le dio un poco de ventaja, pero la alcanzó enseguida, aunque se quedó justo detrás de ella. Cuando llegó a la playa, empezó a correr por el agua y se dejó caer en la orilla con las olas alrededor. Él se sentó a su lado y disfrutó de la calidez del agua en las piernas.

–Eres una buena nadadora.

Él tuvo que hacer un esfuerzo para hablar de algo inofensivo porque solo quería besarla y no parar hasta que hubiese despertado la pasión que sabía que ella también llevaba dentro.

–No nadaba desde hacía mucho tiempo, y menos en el mar. Me había olvidado de lo liberador que puede ser.

Bianca se apoyó los brazos y se inclinó hacia atrás con la cara levantada hacia el sol. Él gruñó para sus adentros cuando la punzada de deseo se hizo más intensa y le pidió una satisfacción que solo podía darle esa mujer. Ella no había dicho nada del beso, no le había dicho que fuese lo que quería. Si acaso, estaba coqueteando con él con el cuerpo.

–Bianca…

Liev lo dijo con la voz ronca y cuando ella lo miró, supo que por fin había encontrado a la verdadera Bianca, a la mujer que había debajo de la princesa de hielo que quería mostrar. Ella no contestó, se movió lentamente hacia él, quien supo que quería que la besara tanto como él quería besarla. Si la besaba en ese momento, no sabía si podría parar, si podría sofocar ese deseo que

no dejaba de aumentar.

–Bésame.

Él no oyó casi el susurro entre el sonido de las olas, pero sí captó la llamada de su cuerpo al cuerpo de él. Le rozó los labios con delicadeza. Entonces, cuando la pasión que lo dominó le exigió más, la tumbó sobre la arena mojada sin importarle las olas que los bañaban mientras la cubría con su cuerpo.

Bianca no podía creerse que le hubiese pedido sin reparos que la besara ni que estuviese tumbada, y casi desnuda, en la orilla del mar con el hombre al que creía que odiaba. No lo odiaba, quizá se odiase a sí misma por desearlo. Efectivamente, lo odiaba por haber despertado en ella la pasión que había intentado reprimir durante toda su vida adulta, pero no lo odiaba a él. El agua sobre su cuerpo era excitante, pero las caricias de él eran casi insoportables. Tenía una mano debajo de su hombro para no aplastarla y la otra le recorría los muslos, las caderas y la cintura. Notaba su erección contra ella. Era exigente y tentadora a la vez. Nunca había hecho algo así, ningún hombre la había tocado así, y tembló cuando empezó a besarla por el cuello. Ella le rodeaba el cuello con los brazos, pero bajó las manos por su espalda y pudo deleitarse con la fuerza que irradiaba. Nunca había estado con un hombre tan poco vestido, nunca había sentido el contacto de la piel en la piel, pero, cuando él volvió a ascender hasta besarla en los labios, tuvo que hacer un esfuerzo para no susurrar su nombre. Él, como si supiera el tormento que estaba sufriendo ella, introdujo la lengua entre sus labios mientras le tomaba un pecho con una mano. Ya no pudo contener el suspiro de placer, era una sensación tan desconocida y embriagadora que casi no podía respirar. ¿Eso era sentirse amada por un hombre? La pregunta la devolvió a la realidad. Liev no la amaba. Quizá la deseara, pero no la amaba y no iba a dejarse arrastrar y a entregarse a ese hombre con tanta despreocupación.

–No, para –Bianca le empujó el pecho y se apartó–. No puedo hacerlo.

Se levantó con el cuerpo lleno de arena y tembló por el deseo y el asombro. Había querido hacer el amor en la playa, a plena luz del día y con un hombre que no era mejor que Dominic. Uno era un jugador y el otro era un chantajista, y los dos la habían utilizado en beneficio propio.

Lo observó mientras también se levantaba e iba a recoger la

ropa. ¿Estaba ganando tiempo para recuperar la compostura? Ella aprovechó ese momento para arreglarse un poco el pelo. Entonces, él se dio la vuelta con la expresión de dureza que ella ya conocía y sintió una punzada de arrepentimiento.

–Te pido disculpas.

–Es que…

Ella no siguió para no soltarlo todo. ¿Cómo le decía a un hombre al que había besado con esa pasión que era virgen, que no sabía cómo darle placer, que no sabía cómo disfrutar del momento de intimidad en el que había estado a punto de caer?

–¿Es que…?

Él lo preguntó en un tono tajante y ella supo que estaba enfadado, que seguramente pensaba que lo había incitado para nada… y lo había hecho.

–Es que… necesito… algo de tiempo –balbució ella. La pasión que había encendido él le impedía pensar–. Quiero decir que… no me había esperado eso.

–Supongo que con «eso» te refieres a las ganas de besarme, de sentir mis caricias y de desearme tanto como te deseo yo a ti.

Ella se sonrojó y supo que era inútil negarlo. Por eso, lo miró con firmeza.

–Sí, me refiero exactamente a eso.

–Deberíamos volver. Supongo que querrás cambiarte antes de la cena.

Se acercó a él y tomó la camisola y las gafas de sol, que se puso instintivamente para protegerse de su mirada voraz. Mientras caminaba a su lado, la belleza de la isla le apaciguó los nervios y se preguntó qué acababa de pasar, pero lo más alarmante era que había querido más.

Liev la observó caminar por la terraza después de la cena. Tenía los hombros tensos y su conversación había sido forzada durante toda la noche. Evidentemente, no estaba tan cómoda con él como había pensado en un principio. Sobre todo, después del beso que se habían dado en la orilla. Había sido tan apasionado y desenfrenado que había tenido que hacer un esfuerzo inmenso para separarse de ella cuando le exigió que parara.

Salió a la calidez de la noche y se quedó detrás de ella. Tenía el pelo recogido en un moño y anheló besarle el cuello y seguir con lo que había empezado hacía unas horas en la playa. Le puso las manos en los hombros con delicadeza y se acercó más todavía. Ella

no se apartó y él notó que sus hombros subían y bajaban a medida que su respiración se hacía más profunda. Bajó la cabeza e inhaló su olor embriagadoramente sexy. Entonces, ella se dejó caer contra él e inclinó ligeramente la cabeza para que llegara a la piel. Le pasó los labios por el cuello y ella contuvo la respiración. Lo deseaba tanto como él a ella.

–Tú también lo sientes.

Liev lo susurró sobre su piel y se dejó llevar por la pasión que había contenido desde la subasta, cuando ella había sentido tanta rabia que la pasión le había resplandecido en los ojos. En ese momento, quería que la rabia se redujera a pasión. Ella sacudió la cabeza con indecisión. Seguía debatiéndose con ese deseo que había brotado con rabia en el momento en que sus caminos se cruzaron.

–No –susurró ella.

Él, sin embargo, sabía que esa negativa era la cosa más alejada de la verdad que había salido de sus dulces labios. Le recorrió el cuello con los dedos y notó que se estremecía, supo que estaba llevándola al límite, donde ya estaba él.

–¿Por qué niegas lo inevitable?

–Porque tengo que hacerlo.

–¿Por qué cuando hay tanta pasión y deseo entre nosotros? Estás aquí por esa pasión y ese deseo, si no podrías irte a tu habitación. Yo no te seguiría. Voy a cumplir lo que te dije, no pasará nada si tú no quieres.

Le bajó las manos por los brazos y se acercó hasta que solo hubo un susurro de aire entre ellos. La deseaba con toda su alma, pero tenía que tener paciencia, tenía que esperar el momento adecuado.

–Entonces, aceptarás que no puedo hacer eso, que no puedo ceder sea lo que sea –murmuró ella.

–Pero reconoces que existe. Lo sientes, ¿verdad, Bianca?

Le besó el cuello hasta el hombro, inhaló el olor de su piel y le costó más todavía mantener el dominio de sí mismo.

Bianca cerró los ojos y se dejó caer contra el cuerpo de Liev. Sintió un rastro abrasador mientras la besaba otra vez en el cuello y supo que tenía que parar, que no necesitaba eso, pero que sí lo deseaba.

–Sí, también lo siento.

Jamás había oído un sonido como ese susurro ronco. ¿Qué era

ese poder que ejercía sobre ella?

–No puedo contenerme mucho más tiempo.

Ella se estremeció y tuvo que morderse el labio inferior para intentar dominarse. Él le acarició los brazos y lo miró por encima del hombro, pero volvió a cerrar los ojos cuando la besó en los labios y no pudo resistirse más a ese placer. Dejó escapar un suspiro mientras la besaba con delicadeza, persuasivamente, con la destreza de un amante consumado.

Él le sujetaba la cara con una mano para mantenerla donde quería tenerla y profundizó el beso. Ella, llevada por una fuerza que no podía dominar, se dio la vuelta entre sus brazos y se estrechó contra su cuerpo granítico. Dejó de besarlo para tomar aire y miró sus ojos grises para buscar tranquilidad, pero solo encontró avidez y deseo, un deseo con el que nunca había lidiado.

Entonces, cuando estaba a punto se separarse y de decirle que eso no podía suceder, él volvió a besarla con tanta voracidad que no pudo pensar. Esa calidez que había sentido en un rincón recóndito se convirtió en una llamarada tan devastadora que la dejó sin aliento.

Le rodeó el cuello con los brazos, se estrechó contra él; notó la evidencia de su deseo. Eso no era parte del trato, la deseaba de verdad. La euforia se adueñó de ella mientras su lengua le arrasaba la boca y le exigía más. Esas dudas omnipresentes volvieron a hacer acto de presencia. No podía darle más a ese hombre. Le puso las manos en el pecho y se apartó, pero él la sujetó con fuerza.

–No deberíamos estar haciendo esto, Liev.

Él entrecerró los ojos mientras seguía abrazándola. Ella notaba en las manos que el pecho le subía y bajaba sin control. Eso bastaba casi para llevarla al límite.

–¿Por qué?

Su pregunta tajante le devolvió el juicio y lo empujó otra vez. Afortunadamente, él la soltó y ella se alejó apresuradamente de la tentación.

–Lo nuestro no es real.

–Es posible que no lo sea el compromiso, pero el deseo sí lo es. ¿Tan fría e implacable eres que puedes pasarlo por alto y darle la espalda con esa facilidad? –le preguntó Liev mientras iba a la sala y se servía una bebida.

¿La consideraba fría? Pues mejor.

–Sí, lo soy. Tenemos un contrato de trabajo y no tengo la costumbre de… intimar con mis clientes.

Él dio un sorbo y la miró con unos ojos gélidos.

–No es lo que me ha parecido esta tarde, Bianca.

–Pienses lo que pienses de mí, no estoy acostumbrada a este tipo de tratos.

–¿De qué tipo? ¿Un fin de semana de amantes?

–Es algo que no he hecho antes.

Si le decía que no tenía experiencia, ¿le disuadiría eso de pedirle lo que no podía darle?

–¿Nunca te has escapado para pasar un fin de semana apasionado con tu amante? –preguntó él sin disimular la incredulidad.

–No.

No podía decirle que no había tenido un amante. Quizá fuese un buen momento para despedirse. La incredulidad de su tono le había dejado muy claro que él estaba acostumbrado a esos fines de semana, pero ella no estaba preparada todavía.

–Buenas noches, Liev.

Capítulo 9

A la mañana siguiente, Bianca se había despertado por el sonido del mar y se había sonrojado al acordarse de su abandono lascivo de la tarde anterior. Lo más asombroso y difícil de asimilar era que hubiese deseado a Liev de una manera casi imposible de resistir. Todo su cuerpo le había ardido por el deseo hasta el punto que había estado a punto de entregarse a él por la noche.

Durante la mañana, habían conversado con amabilidad y Liev, al cabo de un rato, se había marchado para darse otro baño, pero ella había declinado la oferta. Cuando lo observó marcharse, no pudo dejar de tener la sensación de que estaba cometiendo un error al no permitir que se creara algo especial. Empezó a preguntarse por qué lo había parado la noche anterior, porque se había negado algo que le exigía cada fibra de su cuerpo. No sabía la respuesta ni quería saberla. Solo sabía que, si él volvía a besarla, no podría parar. Tenía todo el cuerpo en tensión y la atracción que sintió desde el principio se había convertido en una locura inducida por el deseo.

¿Qué tenía Liev? ¿Podía estar enamorada de él? ¿Había encontrado el mismo amor del que hablaba Lucia en esa carta de hacía tantos años? Se acordó de las palabras que había leído tantas veces y, curiosamente, se parecía a lo que sentía en ese momento.

> *¿Acaso no es eso lo que hace el amor? No cambiaría ni un solo momento aunque no seas completamente mío ni yo sea completamente tuya.*

No era la prometida de Liev. No tenía derecho a sentir nada por él, y mucho menos esa sensación que se parecía dolorosamente al amor. La idea era como un cuchillo en el corazón porque, en ese preciso momento, estaban preparando las cámaras y estaban a punto de maquillarla para que saliera como la prometida de Liev a ojos de todo el mundo.

–¿Estás preparada? –le preguntó Liev.

Su firmeza indicaba que no iba a aceptar una negativa por respuesta. Al menos, cuando todo eso hubiese terminado y hubiese visitado a su abuelo, podrían tomar caminos separados. Estaba

segura que la entrevista del albergue y ese reportaje lograrían mucho más de lo que él había exigido en un principio.

–Estoy preparada –mintió ella mientras lo seguía a la playa, donde harían la primera sesión de fotos.

No estaba acostumbrada a posar tan descaradamente ante una cámara. Nunca había reclamado la atención de la prensa ni de revistas como esa. Seguramente, por eso habían aprovechado inmediatamente la ocasión. Dispararon las cámaras y ella posó muy pegada a Liev. Cada movimiento que hacía avivaba la llama de deseo. Solo podía pensar en el beso del día anterior, el beso que la había dejado anhelando más, anhelando conocer el placer de que un hombre la amara. ¿Habría pasado eso si ella no hubiera parado la noche anterior?

–¿Habéis fijado ya una fecha? –preguntó el entrevistador mientras tomaban la última foto–. ¿Dónde se celebrará la boda? ¿Aquí?

Bianca parpadeó. No había preparado las respuestas, el momento de intimidad con Liev la había sacado completamente de su habitual sentido de la organización.

–Todavía no hay nada organizado –Liev acudió en su rescate mientras le tomaba una mano y se la llevaba a los labios. La cámara que ella creía que ya habían guardado volvió a disparar mientras ella lo miraba–. Por el momento, estamos disfrutando de estar juntos, ¿verdad, Bianca?

–Perfecta, esta es la buena.

Ella, mientras miraba a Liev a los ojos, casi ni oyó la voz la voz extasiada del fotógrafo. El gris gélido se había suavizado por el deseo, un deseo que sabía que también se reflejaba en sus ojos y que hacía que casi le temblaran las piernas. Él bajó la cabeza y la besó lentamente, tan sensualmente que ella cerró los ojos y se dejó llevar. Hasta que terminó, él se apartó y ella sintió frío alrededor a pesar del sol de la tarde.

–Gracias –dijo Liev mientras se daba la vuelta y estrechaba la mano del entrevistador.

Bianca solo deseaba que se marcharan, deseaba recuperar la tranquilidad que había rodeado la pequeña villa hasta que ellos llegaron.

El sol ya estaba bajo, pero Liev no sintió la felicidad que debería haber sentido mientras miraba el mar. El reportaje había salido bien. Bianca había estado increíble y había proporcionado

muchas fotos que podrían usarse para mostrar lo enamorados que estaban. Había estado tan convincente que él también se lo había creído casi. Sin embargo, se habría engañado a sí mismo.

Por mucho que lo intentara, no podía resistirse a la atracción que sentía hacia Bianca. Ella había desvelado el hombre que podría haber sido si su vida hubiese tomado otro curso, el hombre que buscaba el amor y la felicidad de los que habían disfrutado sus padres hasta que todo se torció irreversiblemente. Sin embargo, ya no era ese hombre y no podría serlo jamás, un asunto horrible se había ocupado de ello.

–Qué paz… Casi puedes olvidarte de que existe el mundo –susurró Bianca mientras se acercaba a él en la terraza.

La brisa le despeinó el pelo oscuro mientras se daba la vuelta para mirarla. Era una versión mucho más suave de la mujer a la que había arrebatado una pulsera en una subasta. Durante el tiempo que habían estado juntos, había ido deseándola cada vez más, hasta el punto que sabía que no podría cansarse de ella. ¿Qué diría ella si le dijera que quería tomarla en brazos y llevarla a la cama enorme donde había dormido solo la noche anterior y hacerla completamente suya? ¿Recibiría con agrado sus caricias, sus besos y su posesión?

–Gracias –añadió ella.

–¿Por qué? –preguntó él, que estaba aturdido por la imagen de ella en su cama.

–Por traerme aquí –contestó ella con una delicadeza que hizo que él apretara los puños para no abrazarla y besarla–. Sé que es por la exclusiva, pero gracias.

–¿Es verdad que nunca has estado así con un hombre, que nunca has pasado unas vacaciones idílicas?

Él seguía dándole vueltas en la cabeza a que una mujer tan sexy y atractiva como Bianca no hubiese salido de viaje con un hombre.

–Sí –contestó ella sonrojándose y bajando la mirada.

Entonces, no pudo contenerse y le levantó la barbilla para obligarla a que lo mirara. Sus ojos reflejaban aprensión y esa vulnerabilidad creciente. ¿La había llevado demasiado lejos en su búsqueda de venganza?

–Siento haberte puesto en esta situación. Nunca pretendí que fuese así.

Solo había querido privarle de su último capricho, pero sospechaba que ni siquiera eso era verdad. Fuera lo que fuese lo que pasaba con la pulsera, ella le había hecho frente, había librado

sus batallas y había mantenido su parte del trato.

La brisa le movió el pelo por la cara mientras lo miraba con una expresión de inocencia. Él le apartó el pelo con delicadeza y con un cariño que le oprimió el pecho. Si no fuese el hombre sin corazón que era por la vida que había vivido, sabía que podría amarla.

–Necesito la pulsera –replicó ella mirándolo a los ojos y sin la más mínima rabia en la voz.

–Lo sé –susurró él con el remordimiento atenazándolo por dentro.

–¿Creíste que solo era una frívola que quería comprarme otra joya? No es eso en absoluto.

–No, no creo que lo sea. Me he equivocado en muchas cosas sobre ti, Bianca.

–¿Por ejemplo?

–Creía que eras fría, que sabías lo que querías e ibas a por ello, pero estaba equivocado. La mujer que veo ahora es completamente distinta. Es delicada y cariñosa, leal e inocente, hace que desee cosas que no puedo conseguir, que no me merezco.

–¿Qué cosas? –preguntó ella con la voz quebrada.

–Afecto.

Quería decir amor, pero era una palabra que había creído que no volvería a decir en voz alta. Bianca le había hecho algo, había tocado una parte de su corazón que había congelado el día que enterró a su padre y juró venganza y que luego había quedado hecho añicos por la traición de una mujer.

–Todo el mundo se merece afecto.

–He hecho cosas malas, Bianca. No soy el tipo de hombre con el que tu abuelo querría que salieras, y mucho menos con el que te comprometieras.

–Me has chantajeado, has engañado a mi abuelo y a toda la sociedad neoyorquina con nuestro compromiso y me has hecho cómplice de ese engaño, ¿qué podría ser peor?

¿Si le contaba su pasado, lo que le había convertido en el hombre que era, acabaría esa locura que estaba sintiendo? ¿Se terminarían las ganas de hacerla suya de verdad? Desde luego. Una mujer como Bianca di Sione no querría tener nada que ver con un delincuente, aunque le hubiesen borrado los antecedentes como si no hubiese pasado unos años en la cárcel. Pero él no lo olvidaría jamás.

–Soy como soy, frío y calculador, porque tuve que aprender a vivir por mis medios, a defenderme solo y a librar mis propias

batallas, literalmente.

Por un instante, su cabeza se remontó a aquellos días sombríos en las calles de San Petersburgo.

Ella le acarició la cara y él tuvo que apretar los dientes para no abrazarla. Estaba poniéndolo a prueba. Le agarró la muñeca y ella abrió los ojos como platos por la sorpresa. Luego, lo miró a los ojos con un atisbo de la fuerza que vio en ella al principio.

–Bianca, pasé cinco años en la cárcel.

Ella se quedó boquiabierta con una expresión de espanto que le transmitió todo lo que tenía que saber.

–¿Por qué? –preguntó ella con un susurro cargado de angustia.

–Por intentar sobrevivir.

–No lo entiendo.

¿Cómo iba a entenderlo si nunca había necesitado nada? Si era una princesa privilegiada.

–Cuando murieron mis padres, no tuve más remedio que vivir en las calles de San Petersburgo. Robé para comer y luché para encontrar un sitio seguro donde dormir. Un día, me sorprendieron robando pan y patatas para mí y los chicos más pequeños.

Las palabras amargas le brotaron de la boca mientras recordaba el día que llegó a prisión, ese sitio infernal que lo había moldeado hasta ser como era en ese momento.

–¿Ese era el sitio del que hablaste el otro día? ¿Cuántos años tenías cuando… fuiste a la cárcel?

–Trece.

¿Por qué no se alejó de él con asco al saber que podía añadir la acusación de ladrón a todas las que ya le había hecho? Él sí se apartó y se dio la vuelta porque no podía soportar la espera a que lo hiciera ella. ¿Por qué se lo había contado? No se lo había contado a nadie y había hecho de todo para tapar esa parte de su pasado.

Bianca lo observó mientras le daba la espalda. Debería estar contenta, estaba dándole la ocasión para que se marchara, pero hubo algo que la retuvo allí. Esa noche no era como la de hacía diez años, cuando oyó la apuesta que había hecho el chico del instituto del que se había enamorado. Había apostado que se acostaría con ella después del baile. La había utilizado y eso le había dado una resistencia desconocida hasta ese momento. La habían utilizado otra vez, pero esa vez sabía lo que había pasado. Todo, desde su triste infancia hasta el motivo para que la

chantajeara en ese momento, y las dos cosas estaban intrincadamente relacionadas. Lo sabía y en ese momento, mientras lo miraba solo y orgulloso en el borde de la playa, sintió que el corazón se le derretía y se le llenaba de amor hacia él, por el chico que había sido y por el hombre en el que se había convertido. Durante los días anteriores había deseado, más que nada en el mundo, que Liev la besara, y también sabía que, si la besaba, no acabaría ahí. No tenía ninguna duda de que era el hombre que había estado esperando. Quizá no vivieran ese amor duradero con el que siempre había soñado, pero en ese momento, en esa isla, serían unos enamorados.

–Todo eso da igual, Liev.

Se acercó a él y vio que sus hombros se ponían rígidos.

–¿Cómo puedes decir eso?

Su voz ronca le indicó que estaba debatiéndose con sus emociones tanto como ella.

–Porque todo da igual. Tu pasado y el mío, hasta el futuro –le tocó un brazo y notó la rigidez en la palma de la mano–. Lo único que importa es este momento.

Él se dio la vuelta y le pasó una mano por el pelo.

–¿Cómo he podido llegar a pensar que eres fría y que no tienes sentimientos?

–Todo el mundo oculta algo, pero yo no puedo ocultarme más de ti. Quiero que me beses, Liev.

Sintió que el nerviosismo le atenazaba las entrañas mientras lo decía. ¿Querría besarla si supiera lo inexperta que era? No había besado de verdad a ningún hombre antes que a él.

–¿Estás segura?

Los ojos de Liev se oscurecieron mientras la acercaba con los dedos entre el pelo. Ella no había estado tan segura de nada en su vida.

–He estado ocultándome durante demasiado tiempo y esta noche quiero dejar de hacerlo.

Sus ojos, vibrantes por el deseo, la miraron fijamente hasta que, con una lentitud casi insoportable, bajó la cabeza y la besó con delicadeza, pero ella le rodeó el cuello con los brazos y el beso fue más intenso y profundo.

–No tienes ni idea de cuánto me alteras, Bianca.

La miró mientras le acariciaba la mejilla y la ternura de ese contacto fue casi insoportable para ella. Notaba su respiración profunda e irregular mientras su pecho subía y bajaba contra ella y le avivaba más el deseo. ¿Tenía idea él de lo que la alteraba?

¿Sabía que quería olvidarse de la promesa que había hecho hacía diez años y permitirse amar a un hombre en todo el sentido de la palabra aunque fuese durante una noche? No se hacía ilusiones de que fuese a ser nada más, pero quizá, solo quizá, el amor podría cambiarlo.

–No lo sé –ella se sonrojó, pero tenía que decirle que eso era desconocido para ella–. Nunca he hecho esto, Liev.

–¿Seducir a un hombre? –le preguntó él con el ceño fruncido.

¿Estaba seduciéndolo? No tenía ni idea de hacerlo. El bochorno se apoderó de ella y bajó la mirada.

–No tengo mucha práctica en seducir.

La agarró de los brazos y la separó con delicadeza para mirarla con una expresión seria.

–¿De verdad?

El corazón se le aceleró mientras esperaba el rechazo que conllevaría esa revelación. Volvía a tener dieciocho años por dentro. La incertidumbre casi sofocaba las llamas de deseo que la abrasaban por dentro. La única diferencia era que esa vez no quería salir corriendo, no quería negarse la ocasión de amar. Asintió con la cabeza por el miedo a que la voz pudiera fallarle si intentaba decir algo. Se mordió el labio inferior, lo miró y vio que tenía una expresión indescifrable. Si iba a rechazarla, prefería que lo hiciera en ese momento en vez de alargar la agonía.

Él bajó las manos por sus brazos, le tomó una mano y, sin decir nada, la llevó desde el jardín a su dormitorio. El pulso se le paraba con cada paso que daba. Nunca se había imaginado que el momento en el que se entregaría plenamente a un hombre sería así.

–Liev… –susurró ella cuando él cerró la puerta del dormitorio.

–No digas nada, Bianca –replicó él con la voz ronca mientras la abrazaba–. Limítate a sentir.

Cerró los ojos cuando sus labios tomaron los de ella y avivaron una vez más las llamas de la pasión. Bajó las manos por sus costados hasta agarrarle las caderas y estrecharla contra él para demostrarle que la deseaba. Ella suspiro en sus labios. No quería que parara. Era suya, y también era posible que lo hubiese sido siempre. Cuando la soltó y se apartó, ella se tambaleó como una flor mecida por el viento. Estaba mareada y la calidez palpitante que había despertado su beso era un placer casi excesivo. Solo quería volver a cerrar los ojos.

–Me siento como si hubiese esperado este momento durante toda mi vida –él seguía teniendo la voz y ronca y con un acento

muy marcado–. Y te prometo que será especial para ti.

Ella tomó aliento entrecortadamente mientras él la miraba con una intensidad ardiente. Quería que fuese especial… para los dos, que fuese un momento al margen de la realidad e irrepetible. Lo deseaba porque era el hombre adecuado, el hombre que había estado esperando. Era el hombre al que amaba y le asustaba que tuviera que abandonar la isla y volver a su vida real.

Tomó una bocanada de aire, puso las manos en su pecho y notó toda su fuerza. Lentamente, se puso de puntillas y le rozó los labios con los suyos. Si ella tenía que sentir ese momento, él también. Cuando le correspondió, ella le desabotonó la camisa con una naturalidad que la dejó pasmada y pasó los dedos por el vello oscuro que le cubría el pecho. Se quedó maravillada de lo sedoso que era, y de su atrevimiento. Besó la piel e inhaló el olor del hombre del que se había enamorado para retenerlo en la memoria. Él le levantó la babilla para que tuviera que mirarlo.

–¿De verdad es lo que quieres? –le preguntó otra vez él.

Su voz volvía a ser áspera y su expresión seria, como si intentara mantener el dominio de sí mismo.

–Sí –ella no podía hablar casi porque el pulso se le había disparado en la garganta–, pero si tú no…

Bianca no consiguió terminar la frase porque él se apoderó de su boca con un beso tan voraz que la dejó sin respiración. Se dejó arrastrar por el deseo que palpitaba dentro de ella y lo besó como si su vida dependiera de ello… y quizá lo hiciera. Liev fue empujándola hacia la cama sin dejar de besarla hasta que cayeron sobre las sábanas. Era algo desenfrenado y mucho más intenso de lo que jamás se había imaginado. Si él besaba así, cuando besaba de verdad, no creía que pudiera sobrevivir cuando le hiciera el amor. Sus labios la abrasaban mientras sus manos le recorrían el cuerpo sobre la fina tela de vestido vaporoso.

Ella también empezó a acariciarle la espalda, deleitándose con su fuerza, antes de introducirlas por la camisa abierta. Nunca había tocado así a un hombre, nunca la habían acariciado así, y no quería parar. Los dedos de él le pellizcaron levemente los pezones endurecidos y tuvo que contener la respiración por la oleada de placer que se adueñó de ella. Empezó a besarle el cuello y fue bajando cada vez más. Ella se quedó con los ojos cerrados disfrutando el rastro ardiente que dejaba cada beso. Luego le desabotonó un botón del vestido azul, pero la misma impaciencia que sentía ella hizo que acabara rasgándole el vestido. Debería estar aterrada, pero no le importaba lo más mínimo, solo quería

sentir sus caricias en los pechos, su piel sobre la de ella. Le quitó la camisa por encima de los hombros y él tuvo que incorporarse un poco para terminar de quitársela. Liev la miró con la respiración entrecortada por el deseo.

–Eres más hermosa de lo que me había imaginado.

Entonces, con una sonrisa maliciosa, se quitó los vaqueros y se quedó solo con unos calzoncillos negros que no le disimulaban la erección. Ella se sentó y terminó de desabotonarse el vestido.

–Espera, antes tengo que ocuparme de una cuestión… práctica –comentó él con la voz ronca.

–¿Una cuestión práctica? –preguntó ella sin saber de qué estaba hablando.

–La cuestión… anticonceptiva.

¿Cómo se había olvidado de eso? Pensaría que era completamente tonta. Lo miró con detenimiento para intentar captar algún atisbo de sorpresa por lo descuidada que era, pero fue ella quien se sorprendió cuando vio que abría el cajón de la mesilla, abría su cartera y sacaba el envoltorio. ¿Siempre iba tan preparado? Sin embargó, no pudo darle muchas vueltas a la pregunta porque la agarró de los tobillos y le quitó las sandalias con los ojos grises mirándola fijamente. Se sonrojó cuando bajó la mirada hacia los pechos y tuvo que hacer un esfuerzo para aguantar esa mirada en vez de dejarse llevar por el pudor. Liev le acarició las piernas por encima de las rodillas y por debajo del vestido y ella se sintió devorada por la llamarada de deseo. Entonces, cuando creía que ya iba a acariciarla íntimamente, se apartó y la dejó anhelante. Sin embargo, sofocó enseguida ese anhelo cuando se puso encima de ella y la besó con un ardor que hizo que gimiera. Él, como estimulado por su reacción, puso las piernas entre las de ella, que pudo notar la calidez de su erección. Solo podía pensar en contonearse contra él, en encontrar la manera, la que fuese, de acercarse más y le fastidió estar medio vestida. Podía notar la piel de su pecho contra los pechos de ella, pero no era suficiente, ni mucho menos.

Liev se incorporó, introdujo una mano entre los dos y terminó de quitarle el vestido. Ya solo quedaba la ropa interior entre los dos. Ella, dejándose llevar por un instinto nuevo y excitante, levantó una pierna y acarició la de él con los dedos del pie. El gruñido de placer la estimuló, bajó las manos hasta su trasero y lo estrechó contra ella hasta que soltó una ristra de palabras en ruso.

–Si sigues así, voy a olvidarme de tu inexperiencia y a perder el dominio de mí mismo.

La miró con los brazos estirados y el torso elevado por encima de ella, pero con el miembro erecto contra su vientre. Ella le sonrió porque le gustaba el poder que tenía en ese momento sobre él.

–En ese caso…

Bianca lo rodeó con la otra pierna y se lo acercó tanto que, de no ser por la ropa interior, sería suya. La idea avivó más todavía la llamarada que sentía por dentro, quería que ese hombre la hiciese suya, que le arrebatara su ofrenda más preciada porque se había enamorado de él. No sabía cuándo, pero le había entregado el corazón durante sus batallas por el control. Ya era suya independientemente de lo que pasara.

–Bianca, ten piedad de mí.

Liev, sorprendido por lo ronca que era su propia voz, volvió a besarla tan devastadoramente que estuvo a punto de perder el dominio de sí mismo en ese instante. ¿Qué tenía esa mujer que era tan distinta de todas las demás?

–Jamás.

Ella contuvo el aliento cuando él se apartó y la miró. Tenía el pelo extendido por la almohada y los ojos cerrados con una entrega absoluta. Le acarició el abdomen hasta que llegó a la última barrera física que había entre ellos. Entonces, se bajó de la cama y le bajó las bragas por esas piernas que le habían llamado la atención desde la primera vez que la vio. En ese momento, la mujer recatada y contenida era suya, su pasión era tan intensa que casi lo abrasaba.

Ella abrió los ojos y lo miró con cierta incertidumbre. Era tan hermosa que le rompía el corazón. ¿Tenía un corazón para que se lo rompiera? Siempre había creído que lo había sustituido por una piedra el día que su vida cambió. Tomó el envoltorio, se quitó los calzoncillos y se puso el preservativo bajo la mirada ávida de ella. Había querido hacerlo despacio por la inexperiencia que había alegado ella, pero, cuando la cubrió con su cuerpo, lo recibió con tanta facilidad que perdió el poco dominio de sí mismo que le quedaba y entró con una acometida firme. Bianca le clavó las uñas en la espalda y dejó escapar un grito de asombro y placer. Él se quedó quieto y tembló por el esfuerzo. No solo era inexperta, era virgen.

–No pares, Liev, por favor.

Bianca arqueó las caderas para que siguiera y él se movió

dentro de ella. Lo rodeaba con sus piernas para mantenerlo dentro y las oleadas de placer se adueñaron de él hasta el punto que supo que ese momento iba a cambiar las cosas. Iba a cambiarlo a él e iba a cambiar todo lo que había querido hacer desde que era un muchacho.

Ella susurró su nombre mientras el clímax la deslumbraba y lo arrastró hasta que se derrumbó con unos estremecimientos que no había tenido nunca. Solo podía pensar que le había arrebatado la virginidad, que se la había robado con mentiras y engaños. Nunca le habría entregado tan preciado obsequio si hubiese sabido que solo quería vengarse de ICE, una venganza que también destruiría a su hermano. Con la respiración todavía entrecortada y el cuerpo todavía estremecido, se apartó de ella asqueado consigo mismo. Había arrebatado la inocencia a una mujer solo por venganza. ¿En qué tipo de hombre le convertía eso?

–Liev…

Él captó la perplejidad en su voz mientras iba al cuarto de baño, pero no pudo mirarla. Ella vería la rabia y el asco reflejados en sus ojos y no se lo merecía. Ella no se merecía nada de todo eso.

Bianca oyó la ducha y se quedó sin poder moverse. Quería volver a su habitación para huir de la rabia y desprecio que había visto en sus ojos. ¿Debería haberle dicho que era virgen? ¿Qué había hecho ella para que las cosas cambiaran tan drásticamente? La pasión había sido tan intensa que su cuerpo había ardido por el de él, pero, en ese momento, estaba helado por la impresión y se dio cuenta de que estaba tiritando. Pasara lo que pasase, no iba a huir y esconderse. Bianca di Sione no se escondía, hacía frente a las cosas. Lo había hecho siempre y siempre lo haría. Se puso el delicado y arrugado vestido y deseó que las manos no le temblaran mientras se lo abotonaba. Cuando él salió del cuarto de baño, ella estaba cepillándose el pelo delante del espejo para borrar el aspecto de acabar de revolcarse en la cama. Sus ojos se encontraron en el espejo y ella parpadeó al ver su cuerpo desnudo, menos por la pequeña toalla que tenía alrededor de la cintura. Se reavivó la pasión que acababa de sentir y se preguntó si volverían a la cama en ese momento, si eran amantes.

–Deberías habérmelo dicho, Bianca –la miró en el espejo con los ojos grises cargados de arrepentimiento–. Deberías haberme dejado claro que no solo eras inexperta, deberías haberme dicho

que eras virgen.

La indignación y la necesidad de protegerse se adueñaron de ella, como hacía diez años.

–¿Y si lo hubiese hecho?

Él se acercó y se quedó delante de ella sin importarle que estuviese desvestido. Ella lo miró intentando no hacer caso del pulso acelerado.

–Eras virgen y no soy tu prometido, ni siquiera soy tu amante.

Los rasgos suaves del rostro que había besado hacía unos minutos se habían endurecido y tenían unas arrugas implacables.

–No, eres mi chantajista, no eres mejor que Dominic. Se apostó con sus amigos que me arrebataría la virginidad en el baile de graduación. Afortunadamente, me enteré y desbaraté sus planes, pero tú has caído más bajo.

–No lo habría hecho si lo hubiese sabido –la rabia de su voz fue tan clara que le machacó el corazón sin compasión–. Cometí un error.

Ella se quedó boquiabierta. ¿Por qué estaba rechazándola?

–No digas eso.

Él cruzó la habitación para mirar el jardín bañado por la luz del atardecer.

–Nos iremos mañana por la mañana, como estaba previsto.

Ella quiso acercarse a él y preguntarle qué había hecho, pero el orgullo y el omnipresente instinto de supervivencia se lo impidieron. En cambio, se quedó con todo el decoro que le permitía el vestido arrugado y levantó la babilla como hacía siempre que la vida le hacía daño.

–Todavía tenemos que visitar a mi abuelo, es parte del trato.

–Muy bien. Tú cumpliste con tu parte del trato al hacer el reportaje y yo también cumpliré la mía.

Capítulo 10

Liev, mientras se acercaba al hogar familiar de Bianca, miró la enorme casa blanca rodeada de césped inmaculadamente cuidado y tuvo que contener la rabia. Era lo que podría haber tenido su madre si ICE no hubiese engañado a su padre con esa crueldad. Su madre, en cambio, había muerto en la penuria y con el corazón destrozado por ver que el hombre al que amaba bebía para olvidar y se consideraba un fracasado.

Intentó concentrarse otra vez en el presente. Bianca había mantenido un silencio resignado durante el viaje de vuelta de la isla. Entonces, mientras él paraba el coche delante de las imponentes puertas, la miró. Parecía mucho más joven y vulnerable que nunca. Era algo más que el leve maquillaje que llevaba y que el vestido vaporoso que le acariciaba el cuerpo como había hecho él. Se notaban todos sus sentimientos. Era una sensación que también tenía él y que no le gustaba lo más mínimo. Ella lo había cambiado, había hecho que pensara de una forma distinta, que sintiera de una forma distinta, y no podía permitir que los sentimientos se interpusieran en su camino, ni en ese momento ni nunca.

–Mi abuelo estará descansando durante el resto del día –comentó ella mientras se bajaba del coche y se dirigía hacia el porche frontal de la casa.

Unos discretos empleados salieron para aparcar su coche. Esa era la vida de la alta sociedad.

–Espero que pueda vernos después, aunque solo sea un rato.

–Claro, por eso estamos aquí. Se reunirá con nosotros esta tarde, antes de la cena.

Se sintió incómodo ante de la idea de que su abuelo lo examinara. Naturalmente, querría que su nieta fuese feliz, pero ¿qué diría si supiera que estaba chantajeándola por una pulsera? ¿Qué pensaría de él si supiera que le había arrebatado la virginidad como parte de ese chantaje?

Observó a Bianca mientras saludaba a los empleados con cariño sincero y no le pasó inadvertido que ellos respondieron con afecto. El sonido de su risa, por algo que había dicho la doncella, lo pilló desprevenido. Ella se dio la vuelta y le sonrió con la risa

todavía reflejada en los ojos.

–Por aquí.

Subió con ella las amplias escaleras y percibió lo íntimo que era estar en su casa familiar. ¿Cuántos hombres habría llevado para que conocieran a su abuelo? A juzgar por su naturalidad, estaba acostumbrada a hacer eso. Lo que no se había esperado era que lo llevaran a una suite tan grande que duplicaba el tamaño de la casa de su infancia. Ella cerró la puerta y se sonrojó sin poder mirarlo a los ojos.

–Es el dormitorio de invitados principal y aquí podemos cambiarnos para cenar o descansar hasta que volvamos a Nueva York esta tarde.

Liev contuvo las ganas de marcharse en ese instante a Nueva York. ¿Cómo había podido llegar a pensar que ir allí era una buena idea? Podía notar que sus sentimientos congelados se derretían y sabía que su voluntad de hierro estaba flaqueando. No debería sentir nada por Bianca, era un medio para alcanzar un fin, la herramienta que giraría la rueda de su venganza.

Podía entender que tenía que tranquilizar a su abuelo sobre su compromiso. Estaba saliendo en los titulares y, aunque débil y anciano, ese hombre querría saber con quién se había prometido su nieta. Sin embargo, estar allí, en la casa donde había criado a todos los hermanos Di Sione, incluido Dario, era demasiado íntimo, demasiado personal. Como lo había sido acostarse con Bianca. No solo se había acostado, le había arrebatado la virginidad y el remordimiento todavía lo corroía por dentro.

–No pienso quedarme aquí más de lo necesario –él lo soltó mientras miraba la vista por las puertas que daban a una terraza magnífica–. El compromiso no es permanente. Solo acepté esto para tranquilizar a tu abuelo, nada más.

No tuvo que mirar a Bianca para saber que estaba crispada por la indignación, podía notarlo en el aire.

–Te pido perdón por la molestia, pero que tú seas frío y sin escrúpulos no quiere decir que yo lo sea. Quiero a mi abuelo y, aunque este compromiso sea una farsa, no le daré motivos para que se preocupe por mí. Seguí el juego con tu reportaje, te di lo que querías y más, así que tú me corresponderás con la misma cortesía.

Él se dio la vuelta y la miró. Irradiaba hostilidad, se había esfumado la mujer vulnerable que había empezado a vislumbrar, la mujer que se había desvelado hipnóticamente durante los últimos días. ¿Y por qué no? Era su casa familiar, su territorio. Él

estaba expuesto emocionalmente como ella lo había estado en su villa de la isla.

–Haré todo lo que pueda para convencer a tu abuelo de que soy digno de ser tu prometido.

No entendía por qué le importaba cuando lo único que quería hacer era vengar a sus padres, y a eso se añadían esos sentimientos tan evidentes que quería disimular como fuera.

–Gracias. Ahora, si me disculpas, tengo que ir un momento a ver a mi abuelo.

Bianca salió apresuradamente de la habitación, quería tranquilizarse antes de ver a su abuelo, pero, con el cuerpo vibrando todavía por el deseo y la rabia consigo misma por haber reaccionado a las diestras caricias de Liev, no creía que fuera a conseguirlo durante el corto trayecto que había hasta los aposentos de su abuelo. Las horas que había pasado atrapada en el avión y en el coche de Liev habían sido excesivas. El recuerdo de la noche en su cama la abrasaba tanto en la cabeza que no creía que fuese a borrarse nunca. Desquiciada por haberle rogado prácticamente que le hiciera el amor, se alisó el vestido y tomó aliento antes de llamar a la puerta de su abuelo. Su frágil voz la llamó y a ella se le encogieron las entrañas. Estaba segura de que él querría saber si había avanzado algo con la pulsera.

–Hola –le saludó ella mientras entraba intentando que no se notara lo impresionada que estaba por su salud.

Maldito Liev y su chantaje. Esa emoción se mezclaba desagradablemente con la pasión que habían vivido y a eso se añadía el remordimiento para formar un cóctel explosivo.

–Bianca –él le hizo un gesto para que se acercara, le tomó la mano y vio el diamante–. Entonces, es verdad que mi querida Bianca ha sucumbido por fin al amor.

–No te rías.

Ella sonrió porque sabía que estaba metiéndose con ella, aunque se acercaba mucho a la verdad. ¿Cómo podía haberse enamorado de un hombre que empleaba esos métodos tan rastreros para chantajearla?

–Solo quiero que seas feliz, Bianca y, hagas lo que hagas, no desperdicies la ocasión de amar si se presenta.

–No lo haré –ella tuvo que forzar una sonrisa mientras lo miraba–, pero descansa un rato y luego, más tarde, conocerás a Liev.

Mientras volvía a la suite, el remordimiento por engañar a su abuelo era un peso casi insoportable. ¿Qué diría cuando se rompiera el compromiso? Se le desgarraría al corazón por ella. ¿Qué diría todo el mundo cuando se hiciera público? ¿Se desperdiciarían todos los esfuerzos que había hecho para que la sociedad aceptara a Liev?

Oyó que Liev hablaba por teléfono cuando abrió la puerta. No entendía lo que decía en ruso, pero la frialdad de su tono era evidente. Fuera quien fuese quien estaba al otro lado de teléfono lo había enfadado. Él la miró a los ojos y cortó la llamada.

–Mi secretaria en San Petersburgo.

–Espero que no sea una mala noticia.

–No, en absoluto –él se levantó y, durante un instante, la miró como si fuese la primera vez que la veía–. ¿Qué tal estaba tu abuelo?

La pregunta la desequilibró emocionalmente y parpadeó para contener las lágrimas que le escocían en los ojos desde que salió del dormitorio de su abuelo. Le gustaría que hubiese otra manera de conseguir la pulsera. No solo estaba mintiendo a su abuelo y a toda su familia, también había perdido el corazón y la virginidad, se los había entregado a un chantajista despiadado que no podía amarla.

–Débil, pero con ganas de conocerte.

–¿También está alguno de tus hermanos o hermanas? –le preguntó él mientras se sentaba en el elegante sofá blanco.

–No, esta tarde solo estamos nosotros.

Pensó en Allegra y le habría gustado que estuviese allí para orientarla, aunque no con Liev y sus métodos de chantaje. Eso podía hacerlo ella sola. Necesitaba ayuda para neutralizar lo que él hacía que sintiera, que su corazón le diera un vuelco y el pulso se le acelerara solo por pensar en él, que lo echara de menos cuando no estaba cerca, que hubiese despertado a la mujer que llevaba dentro… Todo era demasiado real.

–Pareces cansada –comentó él levantándose y llevándola al sofá donde estaba sentado–. Siéntate y relájate.

La preocupación sincera de su voz estuvo a punto de rematarla. Se sentó y se sorprendió un poco cuando él también se sentó tocándole la rodilla con la suya.

–Ya sé que no tienes hermanos, Pero ¿tienes primos u otra familia?

Que él hubiese hablado de su familia había hecho que se diese cuenta de que todavía sabían muy pocas cosas el uno del otro. Le

sorprendió darse cuenta de que quería saber algo más de él, de su familia, de su hogar.

–No. Era hijo único y fue más complicado cuando mis padres murieron.

Liev la miró y ella captó tristeza en sus ojos, la misma tristeza que sentía ella cuando pensaba en sus padres. Aunque era distinto para él, no peor, solo distinto. Ella no se acordaba casi de sus padres, pero él tendría muchos recuerdos de los suyos. Entonces, la necesidad de hablar se adueñó de ella como una marea.

–No me acuerdo casi de mi madre y las únicas imágenes que tengo de mi padre son de fotos. Aunque yo tenía hermanos y tú no tenías a nadie. Tuvo que ser difícil.

Liev miró su hermoso rostro. Parecía tan indefensa que se le encogió el corazón por su pérdida… y la de él. Ella lo había hechizado, lo había acercado físicamente a su objetivo, pero lo había alejado emocionalmente. En ese momento, mientras miraba a lo más profundo de sus ojos azules, no estaba seguro de que todavía quisiera vengarse de ICE como había planeado durante tantos años. No. Se olvidó de eso. La venganza era imprescindible, era la única manera de corregir el pasado.

–No tenía a nadie y eso tuvo consecuencias desagradables en su momento, pero me convirtió en el hombre que soy, me hizo más fuerte.

No pudo evitar comparar el tiempo que había pasado en las calles de San Petersburgo con el tiempo que había pasado ella en esa casa como una princesa mimada.

–Es curioso que un solo acontecimiento pueda moldear toda tu vida –comentó ella en tono serio. Evidentemente, estaba pensando en algo doloroso que había tenido que soportar. Entonces, se acordó de lo que le había contado sobre el baile de graduación. Estaba claro que le había afectado y se acordó de que lo había puesto a la altura de aquel hombre, pero él sabía que era peor.

–Al menos, tú tenías una casa y a tu abuelo.

Él intentó que su tono no fuese amargo y mantener la cabeza en el presente. Ella había vivido rodeada de lujos y él había pasado por el infierno de la cárcel porque su padre había sido víctima de ICE, la empresa que dirigía su hermano en esos momentos. Si se acercaba a Dario, podría saber quiénes fueron los responsables del hundimiento de su padre.

–Y a tus hermanos y hermanas –añadió él.

Ella sonrió por algún recuerdo y él se sintió, extrañamente, excluido.

–Los gemelos eran de la piel del diablo, aunque creo que Dario ya es más formal.

Era exactamente de lo que él quería hablar.

–¿El propietario de ICE?

–Sí –ella lo miró con cierta sorpresa–, pero estoy segura de que, como estáis en el mismo sector, sabrás todo sobre él.

–No todo –él se rio ligeramente para evitar que la rabia se desbordara–. No somos competidores, nuestros productos pueden complementarse.

–Deberías hablar con él.

–Pienso hacerlo, pero es posible que no sea el mejor momento. ¿No está a punto de lanzar su último producto? Es posible que no debamos hablar de él. Al fin y al cabo, existe la confidencialidad hacia el cliente.

Ella le sonrió y bajó la guardia por los recuerdos felices que le había evocado estar en casa.

–Parece que lo sabes en cualquier caso. Llevo trabajando dos semanas en eso y, cuando solo faltan otras dos semanas, voy a estar muy atareada. Como este encuentro debería proporcionarte lo que quieres, podré concentrarme en eso en vez de representar el papel de tu prometida.

El dardo dio en la diana, pero él lo aceptó porque sabía que por fin estaba llegando a lo que quería saber.

–Creo que él se hizo cargo de la empresa y la ha hecho más próspera todavía. Muy loable.

Lo que no era loable era su falta de ética al esconder debajo de la alfombra las operaciones del pasado sin compasión por quienes habían sufrido porque ICE les había robado. Sus padres no eran los únicos. Por fin, dejaría a Dario a un lado y se enfrentaría a los responsables.

–Debería organizarte una reunión con él.

Eso era demasiado fácil. Ella estaba diciéndole todo lo que necesitaba saber para lograr su objetivo, incluso, le ofrecía organizar una reunión con Dario.

–Te lo agradecería.

Ella se levantó y lo miró. Él volvió a maravillarse de que sus defensas estuviesen desvaneciéndose casi delante de sus propios ojos. ¿Cuánto tardaría en volver a ver a la verdadera Bianca? La observó mientras se alejaba para ir a su habitación. Quiso llamarla para abrazarla y decirle que esa noche, cuando volvieran a Nueva

York, no tendría que estar sola, que él la mantendría a salvo, pero se detuvo justo a tiempo. Ella nunca estaría a salvo de él.

Solo quedaba una farsa más y sería la más complicada. Tenía que convencer a su abuelo de que lo que estaban haciendo Liev y ella era real, que se amaban. No quería, bajo ningún concepto, que se preocupara por ella cuando estaba tan enfermo.

–Esto significará mucho para mi abuelo –comentó ella apresuradamente.

Habría recuperado fugazmente la máscara de indiferencia. Todavía de la mano de Liev, fue hacia el salón donde la familia recibía siempre a los invitados.

–No quiero que mi abuelo se canse. No está bien. Solo quiero que pase feliz los últimos días y que tenga las menos preocupaciones posibles.

Ella notó que Liev la miraba mientras andaban, pero no se atrevió a mirarlo. Si lo miraba y veía compasión en sus ojos, podría deshacerse en un charco de lágrimas.

–Haré todo lo que pueda para no alterarlo, aunque no puede ser fácil conocer al prometido de tu nieta.

Bianca intentó mantener la serenidad. No quería que su abuelo viera el más mínimo indicio de que las cosas no iban bien. Él nunca decía gran cosa, pero siempre lo percibía todo. Lo vio observándolos desde su butaca favorita. ¿Daban la imagen de felicidad? A juzgar por la expresión de su rostro, podía estar consiguiendo eso al menos.

Liev estrechó con firmeza la mano de su abuelo aunque él no podía levantarse para saludarlo adecuadamente. Se sentaron juntos y ella notó que su abuelo los miraba con detenimiento mientras charlaban del tiempo y de la casa.

–Tienes que hacer muy feliz a Bianca.

Ella se sonrojó cuando él adoptó el aire protector y paternal y fue al grano como siempre.

–Eso espero –replicó Liev tomándole la mano con más fuerza.

–Nunca había traído a un hombre a casa. Ni siquiera sé que haya salido con alguien antes.

–¡Abuelo! –le riñó ella.

Liev no tenía por qué saber esos detalles, sobre todo, cuando la había rechazado por su inocencia.

–Solo hago lo que tengo que hacer, Bianca.

Él lo dijo con toda la firmeza que podía tener un anciano, pero

sus ojos tenían un brillo burlón. Fuera cual fuese el examen, Liev lo había aprobado. Ella se levantó porque sabía que estaban cansándolo.

–Te dejaremos que descanses.

Él asintió con la cabeza. Evidentemente, estaba más agotado de lo que quería que ella supiera. Liev le tomó la mano y se dirigieron hacia la puerta doble del salón.

–Bianca.

Ella se dio la vuelta al oír su nombre. Tenía el corazón rebosante de amor hacia el hombre que la había criado y protegido lo mejor que había podido, y que seguía haciéndolo si la última media hora era un ejemplo de algo.

–¿Sabes algo de la pulsera?

Ella se desinfló por dentro. Era lo peor que podía haber preguntado. ¿Por qué no se lo había preguntado cuando había ido a verlo sola? Notó que Liev se ponía rígido y que le agarraba la mano con más fuerza.

–Todavía no, pero espero no tardar mucho.

Liev notó que Bianca se ponía tensa y que le soltaba la mano como si quisiera escaparse, pero se la agarró con fuerza para retenerla donde pudiera averiguar lo que estaba pasando. Había dicho que esperaba no tardar mucho. Contuvo la cólera que le subía por la garganta. Le había corroído el remordimiento por haberle arrebatado la virginidad, se había sentido más rastrero que nunca por utilizarla cuando ella le había hablado de su afecto y le había dicho que sus pasados daban igual. Luego, le había hablado del baile de graduación y eso le había producido más remordimiento. Todo eso tenía que haber sido parte de su treta. Había hecho de todo para conseguir la pulsera y dársela a su abuelo. Había dado a cambio algo tan valioso como su virginidad. ¿Volvería a arrojarse a él para cerciorarse de que conseguía la pulsera cuando se terminaba el tiempo que iban a pasar juntos?

El asco, seguido de cerca por el enojo, se adueñó de él. Se había creído sus declaraciones de un afecto en aumento, se había creído que, de no ser porque tenía que borrar del mapa ICE, podrían ser amantes. Ella sabía más de él que muchos de sus amigos, pero, evidentemente, él no sabía lo bastante de ella.

–Deberíamos cambiarnos para la cena.

Ella lo dijo con despreocupación, pero él captó el remordimiento. Quiso decirle que la cena no era una buena idea y

que él volvería directamente a su piso de Nueva York, pero esa primera reacción dejó paso a la intuición y la cautela. Si ella podía utilizarlo sin reparos, él no tenía por qué tenerlos para averiguar lo que pudiera sobre el producto nuevo de Dario o emplear esa información. Sabía que era un teléfono nuevo que revolucionaría el mercado, pero tenía que saber muchas más cosas para filtrar parte de la historia y esperar a que las acciones cayeran tanto que le permitiera quedarse con la empresa. A pesar de lo que sabía de Bianca en ese momento y de que se hubiese vendido a él de esa manera, tenía que mantener la relación entre ellos y, sobre todo, dejar a un lado todo lo que había empezado a sentir por ella y recordar lo que había prometido junto a la tumba de sus padres hacía veinte años.

–Es posible que podamos resolver nuestras diferencias en la cena –dijo él en un tono suave para darle algo a lo que agarrarse.

Ella se paró y lo miró con esperanza en los ojos.

–Sí, es posible.

–Entonces, ¿nos cambiamos para la cena?

–Creo que sería lo mejor. El abuelo lo agradecería, si nos acompaña, claro.

Bianca lo dijo con cierta angustia y él tuvo que hacer un esfuerzo para no consolarla.

Liev, después cambiarse, se sentó en la terraza para ver la puesta del sol en esos terrenos que hacían que apretara los dientes de rabia por lo que habrían podido tener sus padres si ICE no hubiese sido tan despiadada. Dario di Sione había preferido pasar por alto que su empresa era tan próspera por las empresas que había engullido. Su padre había creado la suya de la nada, como un legado para su hijo único, pero le habían engañado con el trato artero que le había ofrecido ICE. Él, llevado por la necesidad de corregir el pasado, la había reconstruido y había conseguido que fuese mejor y mayor. Su padre estaría orgulloso.

–¿Estás preparado? –le preguntó Bianca sacándolo de los pensamientos sombríos.

Estaba muy guapa, más vulnerable e inocente todavía, si eso era posible. ¿Cómo había podido creerse sus palabras amables, su declaración de que lo único que importaba era aquella noche en la villa?

–Estás preciosa.

Él dijo la verdad, pero esperaba recoger el guante que le había lanzado ella y hacer que se sintiera segura con palabras y gestos cariñosos.

–Creo que el abuelo no nos acompañará. Espero que no te importe seguir el protocolo solo para cenar conmigo.

–Será un placer cenar una última vez con mi prometida.

–¿Una última vez? –ella pareció más preocupada de lo que seguramente estaba–. Entonces, ¿te alegras de que hayamos logrado todo lo que se buscaba?

–Sí. Estoy casi seguro de que el reportaje de la isla zanjará el trato.

Liev evitó que la rabia se reflejara en su voz. Todo empezaba a estar muy mezclado y se acercaba demasiado a algo real. Se translucían demasiadas vulnerabilidades y no le gustaba nada.

–¿Y la pulsera?

¿Se arrepentía de haber utilizado su virginidad para garantizarse la pulsera? Sonrió y contuvo las ganas de decirle que se olvidara de la maldita pulsera.

–Te entregaré la pulsera en cuanto esté convencido de que he logrado la aceptación que quería.

–Menos mal –replicó ella mientras entraban en el comedor con dos servicios–. Voy a estar muy ocupada con el lanzamiento de Dario y no tendré tiempo de pasear más nuestro compromiso.

Él le retiró la silla y la tentación de ponerle las manos en los hombros y besarle el cuello fue tan grande que estuvo a punto de no fijarse en la salida que ella acababa de ofrecerle.

Bianca cerró los ojos y contuvo el aliento cuando Liev se quedó un instante detrás de ella. Casi podía sentir sus manos en los hombros y sus labios en la piel. El corazón se le aceleró y el recuerdo de sus besos la abrasó por dentro. ¿De qué estaban hablando? Del lanzamiento del teléfono…

–Va a dominar el mercado. No hay nada que pueda hacer tanto con un solo aparato. Revolucionará el sector.

Él dio la vuelta a la mesa para sentarse enfrente de ella, quien se acordó de con quién estaba hablando. Podía ser el hombre del que se había enamorado, pero también era el competidor de su hermano.

–Estarás muy orgullosa de tu hermano.

Sus ojos oscuros hicieron que el deseo le bullera por todo el cuerpo. ¿Cómo podía seguir sintiendo esa atracción hacia él cuando su trato habría terminado en cuanto llegaran a Nueva York?

–Lo estoy. Ha trabajado mucho y se merece el éxito.

–Por el éxito, por todos nosotros –brindó Liev levantando la copa.

Ella tuvo la sensación de que había algo oculto detrás de ese inocente brindis y había estado a punto de preguntarle qué quería decir cuando Alma, el ama de llaves, entró discretamente con un mensaje de la enfermera de su abuelo.

–¿Está bien el abuelo? –preguntó ella asustada.

–Sí, pero pide que lo excusen esta noche, está muy cansado.

–Claro, no pasa nada. Iré a despedirme antes de que me marche.

Ella bajó la mirada con preocupación por su abuelo. Estaba más débil cada vez que lo veía y su decepción por no tener la pulsera todavía había sido muy clara. Debía de haber creído que su visita no era, principalmente, para presentarle a Liev, sino para recibir la amante perdida de la que tanto había hablado. Desgraciadamente, ella no la había conseguido todavía. Se prometió que la próxima vez que lo visitara sería distinta.

–¿Te importa que nos marchemos lo antes posible? –le preguntó a Liev.

Quería ver a su abuelo antes de que se hiciera demasiado tarde y cerciorarse de que tuviera la pulsera la próxima vez que fuera a visitarlo, y la tendría. Se la daría sin importarle lo que tuviera que hacer.

Capítulo 11

Bianca todavía tenía que trabajar aunque fuese sábado. Se había obligado a concentrarse durante toda la semana en el lanzamiento de Dario y no pensar lo más mínimo en el hombre del que se había enamorado. Intentaba dejar a un lado el consejo que le había dado su abuelo cuando fue a despedirse. Lo que había visto él entre Liev y ella solo era lo que tenía que ver, y era muy distinto de la realidad. Sin embargo, tenía que haber percibido algo porque le había aconsejado que no se negara al amor.

Dejó escapar un suspiro de desesperación y volvió a pensar en el presente. Solo faltaba una semana para el lanzamiento y tenía que estar concentrada y alerta, pero no lo estaba. Si no pensaba en la preocupación por su abuelo y en que no podía darle la pulsera todavía, pensaba en la noche que había pasado entre los brazos de Liev como si no existiera nada más.

Aquella noche era un contraste enorme con lo que había pasado desde que volvieron de la isla. La había dejado en su piso después de haber cumplido con la promesa de visitar la casa familiar y de haber conocido a su abuelo. El viaje desde Long Island había sido tenso. Había estado serio cada vez que lo miraba y la rabia se reflejaba en todo lo que decía y hacía. Se había despedido con frialdad, como si ni siquiera se hubiesen dado un beso, y, a medida que avanzaba la semana, su silencio había sido tan elocuente que ella había empezado a preguntarse qué había pasado, y si conseguiría alguna vez la pulsera. Ni siquiera se había puesto en contacto con ella cuando la exclusiva de su compromiso llegó a los quioscos. La foto de él a punto de besarla mientras lo miraba con arrobo estaba por todos lados. Siempre se decía que la cámara no mentía, pero eso no era verdad. En la foto parecían muy enamorados y felices, pero la realidad era tan distinta que la daba náuseas.

Fue de un lado a otro por el piso mientras revivía cada palabra y cada caricia, y la humillación era cada vez mayor. Qué necia era. Como ya no aguantaba más, agarró el bolso y se marchó. Le sentaría bien dar un paseo y mezclarse con las familias y parejas que disfrutaban de una tarde de sábado soleada en Central Park. Estaría más serena cuando volviera y le mandaría un correo

electrónico para pedirle la pulsera. No creía que pudiera hablar con él por teléfono y mucho menos cara a cara.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, se le paró el pulso, se quedó sin respiración y solo pudo quedarse clavada en el suelo. Allí estaba, en todo su esplendor, el hombre al que, irreflexivamente, había entregado su corazón. ¿Cómo debería saludarlo? ¿Qué debería decirle al hombre que había despertado a la mujer que llevaba dentro para prácticamente abandonarla después?

–Tenemos que hablar.

Él lo dijo en tono serio y un nudo de miedo le atenazó la garganta a ella.

–¿No te gusta el reportaje? –le preguntó ella con sorna.

Bianca pasó junto a él, entró en el vestíbulo y se dio cuenta de que el portero los miraba con curiosidad. Era la primera persona que presenciaba una discusión entre los últimos famosos enamorados de Nueva York. La discusión que daría lugar a su separación.

Ella abrió la puerta antes de que él pudiera decir algo y paró un taxi. Si quería hablar con ella, tendría que acompañarla. Él, como si le hubiera leído el pensamiento, estaba sentado a su lado antes de que ella pudiera decir una palabra. Lo miró con el ceño fruncido y sin saber si debería estar enfadada o complacida por que la hubiese seguido.

–A Central Park, a la calle Setenta y Dos.

No pensaba preguntarle a Liev a dónde quería ir. Iba a hacer lo que había planeado. Iría a la fuente de Bethesda donde encontraría algo de sombra para relajarse e intentar dejar de pensar en el último fin de semana, en que le había cambiado la vida y en que nada volvería a ser igual. Al menos, ese había sido el plan inicial.

El taxi se abrió paso entre el tráfico de la tarde y se hizo el silencio, como durante toda la semana, pero ella no iba a ser quien lo rompiera. No iba a ser la ansiosa y a preguntarle por qué no la había llamado. Al fin y al cabo, solo era su prometida falsa. ¿Qué derechos tenía? Aunque, como le decía la voz burlona de la cabeza, no debería haberse acostado con él si solo era su prometida falsa. Había sido una necia de tomo y lomo. Era peor que el baile de graduación porque había querido que sucediera, había querido ser suya aunque solo fuese una noche. Se había dejado arrastrar por la pasión al verse lejos de la vida cotidiana en una isla idílica. ¿Había sido esa la intención de Liev desde el principio?

Él se bajó en cuanto se paró el taxi y pagó al taxista antes de que pudiera hacerlo ella. Bianca también se bajó, pero su envalentonamiento de antes, fruto de la impresión por verlo en la puerta del ascensor, se había esfumado.

–¿Damos un paseo? –preguntó Liev señalando el camino que entraba en el parque con una expresión de seguridad en sí mismo que fue casi excesiva.

–Para eso he venido.

Ella no esperó a comprobar si la seguía, pero notó enseguida que lo tenía al lado. Lo habría sabido aunque no lo hubiese mirado. El hormigueo en la espalda le indicó que estaba cerca y también le avisó de que su cuerpo no había olvidado el de él.

–El reportaje sobre el compromiso ha conseguido todos sus propósitos, y más.

Ella se detuvo porque no podía concentrarse en andar y pensar en la foto, en esa foto en la que parecía tan feliz y enamorada. ¿También se habría dado cuenta él?

–Entonces, ¿mi cometido ha terminado?

Lo miró para buscar algún indicio de que sentía algo hacia ella. Él también la miró con los ojos grises como piedras. ¿Acaso había ido allí para decirle que su cometido y el compromiso falso habían terminado? Ella no quería oírlo. No sabía si podría despedirse del hombre al que amaba, pero era demasiado orgullosa como para decirle, o insinuarle, lo que sentía de verdad. Volvió a pensar en la carta de amor, en esas palabras que un enamorado había escrito a otro. Eso era lo que ella había querido siempre, que la amaran así. La expresión de Liev se endureció, ella supo que no sería posible nunca. Era frío e implacable, su actitud le decía todo lo que tenía que saber mientras estaban al sol de la tarde y rodeados por los sonidos del parque. Él solo la quería para que le abriera paso en la sociedad y, una vez que lo había conseguido, ella le sobraba.

–Sí, ha terminado.

Él apretó los labios y los dientes. Fuera lo que fuese lo que había brotado entre ellos en la isla había desaparecido. Si era sincera consigo misma, había aceptado que había muerto en cuanto había amanecido el nuevo día.

Liev observó que Bianca asentía con la cabeza mientras las familias y las parejas que los rodeaban parecían ajenas a la tensión que estaba generándose entre ellos. Ella no llevaba casi maquillaje y el pelo, que solía llevar impecablemente peinado, le caía suelto

alrededor de la cara. Parecía tan vulnerable, tan expuesta emocionalmente, que sintió una punzada en la conciencia y el corazón. Él era el causante de eso, el responsable de haberla quebrado, de haber tomado una mujer intrépida y apasionada y de haberla destrozado.

Dejó a un lado el remordimiento sin contemplaciones. Ella era la que había vendido su cuerpo, quien había negociado con su virginidad, solo para conseguir una pulsera. Nunca le habría pedido eso, ni lo habría aceptado, si lo hubiese sabido. Estaba tan decidida a lograr su objetivo como él. Sin embargo, ¿cuál era exactamente ese objetivo? ¿Por qué era tan importante la pulsera? Él había querido vengar a sus padres y a su infancia perdida. Ella debería haber sido el instrumento que le permitiría llegar hasta el hombre que había ofrecido ese trato tan turbio a su padre, pero, en cambio, la había obligado a hacer algo que no habría hecho jamás si no hubiese tenido más remedio.

–Bianca…

–No, Liev –le interrumpió ella.

–No, ¿qué?

El remordimiento se adueñó de él cuando vio la tristeza y la desconfianza en sus ojos. Le dolía haberle hecho eso. Le dolía porque ella había despertado algo dentro de él, algo que creía que la vida había aniquilado, algo que deseaba aunque nunca había creído que desearía. No podía entenderlo, pero quería a Bianca como nunca había creído que volvería a querer a una persona. Sin embargo, Bianca, como Dario, solo eran un medio para alcanzar un fin. No tenían un porvenir juntos.

–No digas que lo sientes cuando parte del plan era utilizarme sin escrúpulos.

El captó un dolor tan nítido que casi lo atravesó. Quería decirle que hacer el amor con ella no había entrado nunca en el plan, que no había pensado besarla, aparte de hacerlo públicamente para darle verosimilitud a su compromiso falso, pero podía ver la recriminación en lo más profundo de sus ojos. Ella creía que la había utilizado de la peor forma posible solo para engrandecer su nombre. ¿Cómo podía decirle que era mucho más que eso?

–Lo siento, Bianca, porque te quiero.

El esfuerzo para decirlo con firmeza, sin titubear, hizo que le saliera con una aspereza antinatural.

–Eso es mentira –ella lo miró con recelo–. Si me quisieras, no habrías dejado que pasara toda la semana para decírmelo. Me lo habrías dicho antes de que nos marcháramos de casa de mi abuelo,

antes de que nos marcháramos de tu isla. No habrías permitido que creyera que solo era una marca más en el poste de tu cama.

–Jamás has sido eso –la agarró de los brazos con ganas de besarla para borrarle ese dolor que estaba matándolo tanto como a ella–. No fui a verte porque no podía hacer frente a saber lo que había pasado entre nosotros. Lo de aquella noche no debería haber sucedido jamás, no como sucedió.

Eso era verdad. Él se había olvidado de todo solo para sondear la pasión y el deseo que había bullido entre ellos desde el día de la subasta. La había deseado como no había deseado a otra mujer, le habían ofuscado su inocencia y el deseo.

El tiempo que habían pasado juntos le había mostrado quién podría haber sido él y quién era ella de verdad, había conseguido que anhelara cosas que había creído que estaban fuera del alcance de un hombre tan indigno como él, y, fuera lo que fuese, tenía que acabar en ese preciso momento y lugar. No podía permitir que lo apartara de la promesa que había hecho en la tumba. Vengaría a sus padres aunque tuviera que dar la espalda a la única mujer que había despertado esos sentimientos en él.

–He venido para darte esto.

Él sacó el estuche de la pulsera. Vio que ella lo miraba antes de mirarlo a él. Notó que ella quería tomarlo y salir corriendo, pero volvió a guardárselo en el bolsillo de la chaqueta porque fue demasiado doloroso darse cuenta de que era lo único que quería ella.

–¿Significa eso que nuestro compromiso ha terminado?

Bianca se dio la vuelta y siguió caminando. A él no le quedó más remedio que seguirla y ponerse a su lado. Debería contestar que sí, pero algo se lo impidió. Ella había protagonizado una exclusiva que había retratado la mayor historia de amor para el mundo, que le había abierto las puertas a la sociedad, como él había hecho creer que quería que se le abrieran, pero tenía que saber una cosa más.

–El trato habrá terminado cuando te entregue la pulsera, pero antes…

–¿Qué, Liev?

El tono de cansancio resignado de su voz le tocó el corazón. Ese corazón que había despertado la noche que dejaron todo a un lado y se amaron de verdad, o eso había creído él.

Bianca fue hasta un banco, se sentó, cruzó las piernas y se giró levemente para mirarlo. Sus hermosos ojos le impulsaron a hablar aunque ella no había dicho ni una palabra. Además, nunca

olvidaría cómo lo miraron cuando la hizo suya, solo suya. Sin embargo, no podía permitir que esos pensamientos lo desviaran, no podía dejarse llevar por su encanto e inocencia cuando los utilizaba contra él como un arma, un arma más poderosa que cualquier otra cosa contra la que había tenido que enfrentarse.

–Quiero saber por qué es tan importante la pulsera.

El corazón de Bianca cayó en picado mientras miraba a Liev, quien estaba solo delante de ella. Había mucha gente alrededor, pero, aun así, estaba solo. Quiso ir y decirle que la pulsera había dejado de tener importancia cuando la besó en la playa, que cuando la llevó a su cama y la hizo suya, uniéndola a él para siempre, la pulsera se había convertido en algo insignificante. Ningún montón de joyas resplandecientes era tan importante como el amor y, por algún motivo, sabía que su abuelo pensaría lo mismo. ¿Qué diría él si ella lo reconociera? ¿Se reiría de ella? ¿La creería si le declaraba su amor? Si su reacción a su virginidad era un indicio de algo, nunca creería ni una palabra de lo que dijera ella.

–Es complicado.

Bianca se fijó en la fuente que se elevaba majestuosamente contra el cielo azul. Hasta el lirio que tenía el ángel en la mano, que representaba la pureza, se burlaba de ella porque él creía que había entregado su virginidad a cambio de la pulsera. ¿La creería si le dijera que no era verdad?

Liev se acercó y se sentó a su lado. Si bien ella estaba rígida y sentada en el borde, él se dejó caer sobre el respaldo y pasó un brazo por encima.

–Estoy escuchando.

Ella cerró los ojos y supo que tendría que contarle todo si quería tener alguna posibilidad de que creyera que lo amaba. Había llegado hasta ese punto, a enamorarse del peor hombre posible, pero ¿podía darle a espalda al amor después de haberlo esperado tantos años?

–Como sabes, mi abuelo está enfermo, tiene una enfermedad terminal.

Bianca se detuvo. Decirlo en voz alta hacía que pareciera más real. Hasta ese momento, solo había sido un dato que tenía en la cabeza.

–La pulsera fue suya. No sé si la compró para una mujer o era una herencia familiar, pero, cuando llegó a Nueva York en 1942,

solo tenía algunas joyas para vivir. Debían de significar mucho para él porque las ha pedido, quiere verlas por última vez.

Se giró para mirar a Liev. Parecía relajado y nada afectado por lo que había dicho, aunque la mano que tenía sobre el muslo estaba cerrada y muy apretada en un puño.

–¿Y diste tu virginidad a cambio de eso?

Ella se puso roja como un tomate al oír el asombro de su voz. ¿Tenía que hacer que pareciera tan frío y premeditado? Bajó los ojos y se miró las manos. Para su bochorno, tendría que reconocer que tenía razón, aunque no había sido así. Aquella noche no le había importado nada aparte del hombre que había amado, el hombre que había esperado. Desgraciadamente, él lo había visto de otra manera. Si le contaba la verdad, que le había entregado su virginidad porque lo amaba, él, con toda certeza, la alejaría más de ella. No dejaba que los sentimientos rigieran ese corazón gélido que tenía. Ella estaba luchando por una causa perdida. Para él, ella había dado su cuerpo a cambio de una joya. ¿En qué la convertía eso a sus ojos? ¿En alguien tan insensible como él? Tomo aliento entrecortadamente, se acorazó el corazón y lo miró directamente a los ojos.

–Sí, lo hice y ahora quiero lo que me prometiste.

Liev volvió a sacar el estuche antiguo y se lo tendió mientras la miraba. Su primera impresión de Bianca había sido acertada. Lo había engañado, había hecho que creyera que era especial, que si las cosas hubiesen sido distintas, quizá hubiesen podido tener un porvenir. Había sido tan desalmada e interesada como él. No, había sido peor, había metido los sentimientos en el trato.

–Espero que esto haga muy feliz a tu abuelo, Bianca… y que te haya compensado.

Ella tomó el estuche, sus dedos se rozaron y él sintió una descarga eléctrica. Soltó un improperio para sus adentros. Daba igual lo que hubiese hecho ella, que hubiese jugado con el pasado de él y hubiese explotado su inocencia, que lo hubiese incitado a hacer lo que no debería haber hecho jamás; tomar su virginidad. Todo eso daba igual, todavía la deseaba. Lo que era peor, lo que sentía por ella era más profundo, pero no podía reconocerlo en ese momento.

–Me ha compensado. Algún día, Liev, tú también harás cualquier cosa por amor.

Su mirada fue tan pétrea y cargada de desprecio hacia él que,

por un instante, sintió unos celos devastadores por su abuelo, porque tenía todo su amor. No quedaba nada más, no le quedaba ni el más mínimo espacio en su corazón. Una vez más, salió en defensa de sus sentimientos, de lo que sentía por ella, y no quiso mostrar la más mínima compasión.

–Entonces, estamos empatados.

–¿Empatados?

–¿De verdad te creíste que solo quería que la sociedad neoyorquina me aceptara?

La herida que ella había abierto la noche que pasó en su cama se abrió más todavía y quiso que también le doliera. Ella lo miró con incredulidad y asombro, como si estuviese viendo a una persona desconocida.

–No, Bianca, quería vengar la muerte innecesaria de mis padres y la destrucción de la empresa de mi padre… por parte de ICE. Ahora, gracias a ti, tengo todo lo que necesito para que la empresa de tu hermano hinque la rodilla.

Liev vio el momento exacto en que ella cayó en la cuenta, vio cómo recordaba que le había contado todo lo que necesitaba saber mientras estaba distraída pensando en su abuelo en la casa familiar. Ella supo que se lo había contado todo.

–Eres despreciable –se apartó de él agarrando con más fuerza el estuche de la pulsera–. Me das asco.

–Es posible que, después de todo, no seamos tan distintos, Bianca –él se acercó y vio el brillo de rabia en sus ojos–. Tú querías la pulsera para tu abuelo y yo quería hundir a ICE. Yo quería vengar a mi padre y corregir el pasado y, como tú, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa.

–No –ella sacudió la cabeza con el ceño fruncido–. Te has equivocado completamente.

–Destruyeron la empresa de mi padre, ICE la troceó y eso acabó destruyéndolo a él. Mi madre murió prematuramente y mi padre la siguió enseguida. Yo me quedé en la calle y solo. ¿Tienes idea de lo que es tener doce años y robar pan solo para sobrevivir? ¿Tienes idea de lo que es pasar por la cárcel y que el deseo de venganza sea lo que te da un motivo para vivir?

Ella negó con la cabeza y con el ceño fruncido de tal manera que casi creyó que podía sentir lo que él estaba diciéndole. ¿Lo que veía en sus ojos era comprensión y compasión?

–No, Liev, te equivocas.

–Creo que no me equivoco lo más mínimo, Bianca –replicó el casi con un gruñido.

El corazón le latía con fuerza por la injusticia y porque veía cerca lo que había ambicionado toda su vida.

–Dario no es el responsable. No puedes utilizar eso contra él.

El tono suplicante de su voz no iba a afectarle, no iba a desviarlo de sus planes. No iba a permitir que ella lo engañara otra vez.

–Te lo concedo, él no era el propietario de ICE. Cuando se hizo con ella, alardeó mucho de haber corregido los errores que había cometido la empresa en el pasado, pero todo era mentira, Bianca, una cortina de humo para que subieran los precios de las acciones. No es mejor que el hombre que era el dueño de ICE entonces, y, ahora, los dos pagarán.

Liev se levantó con una frialdad gélida a pesar del sol de agosto. Ya no tenía nada más que hacer allí, había terminado con Bianca y con los sentimientos.

–No lo hagas, Liev. No destruyas a mi hermano. Por favor, piénsalo mejor.

Ella fue a agarrarlo, pero él se apartó. Si lo tocaba, si despertaba la chispa de deseo, no podría mantenerse fuerte.

–Es demasiado tarde.

Él apretó los dientes. ¿Tenía que jugar ella esa baza? ¿Tenía que remorderle la conciencia y tocarle el corazón? Jamás había estado cerca de amar a una mujer, hasta que conoció a Bianca di Sione.

–Liev, por favor.

«Eres tonto», se reprendió a sí mismo para sus adentros.

–No significas nada para mí. Dario no es nada y, si no hago esto por mi padre, entonces, yo tampoco seré nada.

Ella se levantó en silencio mirándolo a los ojos mientras se quitaba el anillo de compromiso y se lo entregaba. Él lo tomó y sintió la calidez de su piel, pero no, no lo engañaría.

–Ve a ver a Dario –le pidió ella con furia y odio hacia él, quien lo notó en cada hueso de su cuerpo–. Dile lo que sabes y averigua lo que pasó de verdad.

–Te lo aseguro, Bianca, eso es exactamente lo que pienso hacer.

La miró con la misma rabia que ella y negando que sintiera algo hacia ella.

–Ve, hunde su empresa, consigue tu maldita venganza. Me da igual, Liev, pero déjame al margen.

Ella retrocedió como si fuera el mismísimo diablo y dándole igual las miradas de las personas que pasaban por allí. Él se acercó lentamente, cada paso era definitivo, habían terminado antes de

que hubieran empezado siquiera.

–Pienso que será tan calculador como lo has sido tú.

–Te odio –ella bajó la voz y entrecerró los ojos con una mirada inflexible–. Y pensar que yo… Lárgate, no quiero volver a verte jamás.

Él se dio media vuelta y se alejó por el parque. Ella lo odiaba y no quería volver a verlo. Ella había conseguido lo que quería y había llegado el momento de que lo consiguiera él. Los dos meses anteriores había buscado la venganza, no a la mujer que se había deslizado bajo sus defensas, y la única manera de recordárselo era cumplir esa venganza.

Capítulo 12

Bianca se había torturado el resto del fin de semana pensando en Dario y en lo que pensaba hacer Liev. Había esperado saber algo de Dario, pero solo había recibido los correos electrónicos habituales sobre el lanzamiento. Hasta que cedió a la presión y lo llamó para explicarle que había dado la información suficiente para que lo arruinaran.

Le había explicado el asunto de la pulsera y que Liev había pujado contra ella para chantajearla. Se había quedado tan pasmada cuando Dario le contó que él también había recibido la misión de encontrar una amante perdida, que confesó absolutamente todo. Entre otras cosas, que se había enamorado del hombre que estaba planeando hundirlo.

El silencio la ensordeció durante toda la semana y le alteró los nervios. ¿Qué estaba tramando? Solo faltaba una hora para que ICE lanzase su último producto, el producto del que, estúpidamente, le había contado todo a Liev, y solo podía pensar en que quería hundir a ICE y a Dario con ella. La había utilizado, la había chantajeado, pero todavía recordaba sus besos y la noche que hicieron el amor. ¿Podía saberse qué le pasaba?

La sala de reuniones estaba llenándose y la prensa ya había ocupado sus puestos cuando Bianca entró por una puerta lateral para comprobar que todo iba bien. Dario se acercó a ella sin disimular la emoción.

–Has hecho un trabajo fantástico, Bianca –la alabó su hermano, aunque no se merecía las alabanzas.

–Sabes que eso no es verdad.

–Todos cometemos errores. No te preocupes, todo está resuelto.

–¿Qué quieres decir? –le preguntó ella dándose la vuelta para mirarlo.

Él puso las manos en sus hombros para que lo mirara y sonrió.

–Está resuelto. Deja de angustiarte y concéntrate en tu trabajo.

–Pero…

Dario se marchó antes de que ella pudiera seguir. La habitación estaba llenándose muy deprisa y ella observó a todo el mundo. Entonces, el corazón dejó de latirle y creyó que no podía respirar. Liev. Cerró los ojos con resignación por todo lo que iba a ocurrir.

Liev Dragunov quería vengarse y estaba allí para eso. Lo primero que pensó fue en avisar a Dario, pero estaba ocupado con los últimos preparativos. No tenía elección, tenía que enfrentarse a Liev antes de que hiciera algo. Intentó dominar los nervios y se dirigió hacia él. El aire se cargó de tensión inmediatamente y su forma de dominar todo lo que lo rodeaba la alteró más todavía. El traje oscuro que llevaba resaltaba su cuerpo y solo pudo pensar en la imagen de él en la playa con todos los músculos realzados por el sol. ¿Podía saberse qué le pasaba? La miró directamente a los ojos con una expresión indescifrable.

–Tenemos que hablar, pero no aquí.

Bianca se alejó con la esperanza de que él la siguiera. Miró hacia atrás y comprobó que la seguía, pero esa expresión indescifrable no le dio ninguna esperanza de que hubiese cambiado de opinión sobre la venganza. Salió al silencio del pasillo y se dirigió hacia el despacho que habían estado utilizando Dario y ella. Cualquier sitio era mejor para mantener esa conversación que en público. Una vez dentro, fue detrás de la mesa y se dio la vuelta para mirarlo mientras entraba y cerraba la puerta.

–He visto a Dario –comentó él mirándola con los gélidos ojos grises.

Iba directo a la yugular, sin sutilezas, pero ¿qué había esperado ella?

–¿Y?

Ella ya no iba a volver a desvelar nada más. Él cruzó la habitación y se quedó delante de ella, separados solo por la superficie pulida de la mesa. Podía captar el brillo de rabia en sus ojos grises como la pizarra. Sus labios eran tan firmes y severos que se preguntó cómo era posible que sus besos la hubiesen seducido. Porque lo deseaba, porque lo amaba. Las respuestas la abrumaron, pero se puso más recta para defenderse de lo que él iba a decir.

–Tenías razón.

Él lo dijo en un tono que ella no le había oído jamás, como si le costara demasiado reconocer eso. El alivio que sintió fue inmenso, pero enseguida dejó paso al pánico.

–¿Sobre qué?

Ella no quería dar nada por supuesto. Las acciones de ICE habían subido a pesar de la amenaza de Liev. ¿Significaba eso que todavía tenía un as en la manga? ¿Por eso estaba allí?

Él se sentó sin alterarse, como si fuese una conversación

amistosa, pero sus ojos oscuros exigían cautela. Lo miró mientras estiraba las piernas, parecía relajado y poderoso, como una pantera que acechaba a su presa, pero ella no pensaba ser esa presa.

–Dario intentó corregir aquellas operaciones turbias, pude comprobarlo con mis ojos.

Él la miró fijamente mientras se sentaba y un escalofrío le recorría la espalda. ¿Era de miedo? Efectivamente. ¿Cómo había conseguido él esa información? Ella solo sabía lo que Dario le contó en el pasado, pero no había visto ninguna prueba.

–Él no te enseñaría algo así –¿por qué no se lo había contado Dario cuando sabía lo preocupada que estaba y lo culpable que se sentía?–. ¿Cuándo sucedió eso?

–El lunes.

Las palabras se quedaron flotando en el aire y lo miró. Por un instante, le pareció ver el asomo de una sonrisa en sus labios. Maldito fuera. ¿Le divertía torturarla de esa manera? ¿Por qué no le había contado nada Dario? Tenía que haber sido un enfrentamiento a cara descubierta, pero si las acciones habían subido, Liev lo había perdido. Ella se pasó distraídamente los dedos por el pelo y miró los papeles que había sobre la mesa como si pudieran darle la respuesta que estaba buscando. Cualquier cosa menos mirar su atractivo rostro.

–Evidentemente, no llevaste a cabo la venganza que habías planeado. Entonces, ¿qué quieres esta vez, Liev?

Ella volvió a mirarlo y vio que él arqueaba las cejas y que volvía a esbozar ese asomo de sonrisa. ¿Qué estaba tramando? No había confiado lo más mínimo en él desde la primera vez que lo vio.

Liev se levantó, rodeó la mesa y fue hasta el ventanal para mirar los rascacielos de Nueva York. Su atrevimiento terminó de alterarle los nervios. Ella también se levantó.

–Liev, ¿qué quieres esta vez? –repitió ella sin poder dominar la aprensión.

–¿Esta vez?

Él se dio la vuelta y, para espanto de ella, se acercó hasta que pudo oler su loción para después del afeitado. El espanto se convirtió en terror cuando notó que la pasión ardiente que habían sentido el uno por el otro volvía a despertarse. No podía permitir que la dominara, que volviera a arrastrarla a la noche en que lo había amado con su corazón y su cuerpo.

–Sí, esta vez. La última vez querías algo, querías chantajearme

para hundir la empresa de mi hermano. No me lo dijiste, claro, me mentiste y me engañaste para llegar…

Se calló. Había estado a punto de descubrirse, había estado a punto de decirle que la había engañado para llegar a su corazón. Como había estado a punto de decirle que lo amaba cuando estuvieron en Central Park. Gracias a Dios, se había callado las dos veces. No podía saber que tenía ese poder sobre ella.

–¿Para llegar a dónde, Bianca?

Él se acercó un poco más y ella tomó aliento para no retroceder, para que no la intimidara. Aunque estaba más decidida que nunca a que no supiera la verdad.

–A mi familia, a mi círculo social. Me dijiste que querías que te aceptaran y yo intenté que lo consiguieras aunque solo fuese una tapadera de la venganza destructora que habías planeado.

–Quería que me aceptaran, pero las cosas cambiaron.

Él se mantuvo tan cerca que a ella le costaba pensar. Entonces, él seguía buscando venganza…

–Si ya tienes todo lo que querías, creo que deberías marcharte.

Ella dejó de mirarlo y miró la ciudad que bullía bajo el sol de la tarde. No quería seguir hablando con él cuando el lanzamiento estaba a punto de empezar.

–No voy a marcharme todavía, Bianca. Todavía no tengo todo lo que quiero.

Ella se clavó las uñas en las palmas de las manos para intentar concentrarse. Se dio media vuelta y lo miró desafiantemente. Acabaría con eso en ese preciso instante.

–¿Qué quieres, Liev?

–A ti.

Liev vio que ella abría los ojos por el asombro y la furia, pero ya no era el momento de andarse con rodeos y transmitir mensajes ambiguos. Tenía que decirle exactamente lo que quería y por qué estaba allí. El resto dependía de ella, estaba a su merced.

–¿Cómo te atreves? –le preguntó ella con la incredulidad reflejada en su hermoso rostro.

Entonces, retrocedió mirándolo con recelo.

–No lo niegues, Bianca, me deseas tanto como yo a ti.

Él se acercó, pero se detuvo a ver el miedo en sus ojos. No quería asustarla cuando todo lo que había hecho esa semana había sido para no hacerle daño de ninguna manera.

–Lo único que deseo es que te marches ahora mismo.

Ella se puso muy recta, como había hecho cuando él le arrebató la pulsera y la enfureció. Si era sincero consigo mismo, se había enamorado de ella en aquel momento, pero no lo había reconocido como amor. Para él, habían sido los primeros indicios de deseo, pero los había dejado a un lado por la venganza. Al menos, hasta que la había llevado a la isla. Mientras hacían el amor, mientras se olvidaban de sus pasados para disfrutar de aquella noche, había aceptado que estaba enamorado de ella, pero todo quedó aniquilado cuando ella había reconocido que había utilizado su virginidad para conseguir la pulsera. Entonces, la había despreciado, había pensado que era tan insensible como había creído que era su hermano.

–No es lo que le dijiste a Dario –replicó él captando toda su atención.

–No… –ella sacudió la cabeza–. No creo que él te lo haya contado.

–¿Qué? ¿Que te has enamorado del hombre que te chantajeaba?

Ella se quedó boquiabierta y él llegó a creer que iba a desmoronarse. Tenía los ojos muy abiertos y estaba roja. Entonces, tomó una bocanada de aire y puso una expresión de furia.

–Él no tenía derecho a decirte eso.

–Entonces, ¿es verdad?

–No –contestó ella elevando la voz.

Él supo que estaba mintiendo, engañándose a sí misma y a él. Lo único que tenía que hacer era convencerla de que la amaba, que había cambiado de planes, que se había olvidado de la venganza por eso.

–Te desprecio. ¿Cómo iba a amar a un hombre que solo quiere destruir a mi hermano y a mí de paso?

–¿Cómo puedes hacer el amor con un hombre, entregarle tu virginidad, si no lo amas?

Ella palideció y él lo sintió por ella, sintió su dolor y desconcierto y quiso abrazarla, besarla para quitarle ese dolor y acariciarla para quitarle ese desconcierto.

–Lo hice por la pulsera, por mi abuelo.

Ella retorció nerviosamente la cadena de oro que llevaba al cuelo y se mordió el labio inferior mientras esperaba a qué él dijera algo.

–Lo sé –él se acercó un poco más a ella–. No sabes bien lo que me duele haberte puesto en esa situación.

–Me chantajeaste, Liev, me chantajeaste para arruinar a mi

hermano. Jamás podré perdonártelo.

Se abrió la puerta y un empleado de Dario entró.

–Perdón, pero faltan diez minutos…

–Gracias.

Bianca estaba claramente alterada y lo miró a los ojos sin disimular las preguntas. Él haría cualquier cosa para aliviar su dolor, para contestar esas preguntas, pero, a juzgar por lo que ella acababa de decirle, podría no ocurrir nunca.

–Discúlpame, pero tengo que marcharme.

El pánico se adueñó de él. Ella tenía que saber lo que había hecho para intentar enmendar el daño que había causado. Tenía que conseguir que entendiera que la amaba, pero tenía muy poco tiempo.

–Tengo que trabajar, Liev, y me gustaría que te marcharas.

–Todavía no, tengo que explicártelo.

–No hay nada que explicar. Me engañaste, me chantajeaste y ahora piensas destruir todo lo que mi hermano ha logrado con tanto trabajo. ¿Qué se puede añadir a eso?

Había que añadir muchas cosas, como el trato que había cerrado con Dario después de la acalorada discusión que había revelado la situación verdadera. Un trato que le permitía corregir el pasado de una forma empresarial y no haciendo daño a alguien por el camino. Naturalmente, había hecho frente a la ira de Dario por haberle hecho daño a su hermana y fue entonces cuando, sin querer, salió a la luz la confesión que ella le había hecho a su hermano. Sin embargo, Dario tenía que haberlo entendido mal. Ella no sentía nada por él. A juzgar por el desprecio que veía en su cara, era evidente que no quería verlo ni en pintura.

–No utilicé nada de lo que me contaste, Bianca… salvo con Dario.

Jamás se había sentido tan perdido en un mar de emociones que no podía dominar.

–Entonces, ¿qué te impide marcharte ahora mismo y dejar las cosas como están?

–Solo una cosa –contestó él con la voz ronca por la emoción–. Tú.

Ella sacudió la cabeza.

–Es demasiado tarde, Liev, han pasado demasiadas cosas. Además, no te creo y, desde luego, no confío en ti. Podrías marcharte ahora y filtrar todo lo que sabes a la prensa y lograr esa destrucción que, evidentemente, anhelas.

–¿Por qué iba a destruir la empresa de la que ahora soy

accionista?

Capítulo 13

Era accionista? Bianca le daba vueltas a la cabeza. ¿Qué había hecho? Había estado muy enfadado cuando se marchó del parque, muy decidido a vengarse, pero eso era lo último que ella había esperado oír. ¿Por qué había esperado hasta ese momento para decir algo? ¿Por qué justo hasta antes del lanzamiento? ¿Qué estaba tramando? Las ganas de avisar a Dario se apoderaron de ella, pero se dio cuenta de que si expulsaba a Liev le daría la ocasión perfecta para vengarse en el peor momento.

–¿Qué hiciste, Liev? –preguntó ella con nerviosismo.

Lo que él estaba diciendo no tenía sentido. Además, ¿por qué estaba relacionado con ella?

–Hice lo que me dijiste que hiciera. Fui a ver a Dario con la intención de decirle que lo sabía todo sobre su producto nuevo y que lo filtraría a la prensa por lo que ICE había hecho a mi familia. Quería vengarme y Dario era la forma de llegar hasta el hombre que había sido responsable de la destrucción de tantas empresas.

Bianca vio que apretaba los dientes mientras terminaba de hablar, como si intentara contener la rabia que sentía. Nada tenía sentido. ¿También había chantajeado a su hermano? Dario, sin embargo, nunca lo permitiría.

–¿Qué dijo... Dario? –preguntó ella con un susurro entrecortado.

Liev debió de ir a verlo después de que ella lo hubiese llamado, si no, su hermano le habría dicho algo cuando confesó lo que había hecho. Al menos, habría estado prevenido. Entonces, se acordó de que su hermano le había dicho que todo estaba protegido. ¿Qué había querido decir?

Liev volvió a la ventana como si tuviera dominio de sí mismo y de la conversación. ¿Cómo conseguía siempre que todo se volviera a su favor? Había conseguido incluso que el paso por la cárcel hubiese sido beneficioso para él.

–Dario escuchó todo lo que tenía que decir, algo que no me había esperado. Luego, tomó una carpeta que había preparado después de tu llamada para prevenirlo. Me enseñó la correspondencia que había mantenido con mi padre o su beneficiario. Como sabes por lo que has investigado sobre mí, he

vivido en el anonimato intencionadamente. Las cartas no me llegaron.

–¿Y por eso no filtraste la información que me sacaste despiadadamente?

Bianca intentaba asimilar todo eso. Dario la habría llamado, le habría contado lo que había pasado.

–En parte, pero no habría podido hacerlo, Bianca.

Él la miró con los ojos color pizarra y el corazón le dio un vuelco, algo que la enojó. No debería sentir nada por ese hombre sin escrúpulos.

–Entonces, ¿nuestra farsa de compromiso no ha servido para nada? ¿Los dos últimos meses han sido en balde?

–¿No lo entiendes, Bianca? No pude hacerlo porque te habría hecho daño.

Ella lo miró con recelo. ¿Qué estaba intentando hacer en ese momento? ¿Acaso quería que creyera que sentía algo y que se sentía culpable por lo que había hecho?

–Dices eso solo porque todo ha salido mal. Solo quieres justificar que me chantajearas y que le privaras a un anciano de algo que anhelaba.

–Lo digo porque… –él hizo una pausa y la miró con cautela–. Porque te amo, Bianca.

Se hizo un silencio sepulcral y ella parpadeó con asombro. ¿Había oído bien? ¿Había dicho las palabras que, en el fondo de su ser, quería oír… dichas por él?

–¿Me amas?

La pregunta se le escapó con un hilo de voz y, por primera vez, vio el nerviosismo en esos ojos grises que la miraban y la expectación incontenible en su atractivo rostro. Era casi excesivo. El hombre que le había robado el corazón estaba reconociendo que la amaba. La esperanza se apoderó de ella, se sonrojó y bajó los ojos por la intensidad de la mirada de él. Sin embargo, ¿cómo era posible que un chantajista se convirtiera en un enamorado?

–Sí, Bianca, te amo. Desde que murieron mis padres, he reprimido los sentimientos que me parecía que me debilitaban. Después de una relación desastrosa, concentré mi energía en vengar la destrucción de la empresa de mi padre y, en definitiva, la vida que conocía.

Él volvió a hacer una pausa y ella se acercó a él sin saber muy bien lo que estaba pasando, pero incapaz de resistir la atracción y la esperanza que la impulsaba a correr el riesgo. Él la miró a los ojos y, lentamente, le tomó una mano. Ella no podía hablar, no

podía romper ese hechizo.

–Tú has cambiado todo eso, trajiste la luz a mi vida. Tú hiciste que me sintiera real, pleno. Bianca, tú eres mi vida.

–¿Y qué ha pasado con ICE?

Ella tuvo que preguntarlo, no podía olvidarse del lanzamiento que estaba produciéndose en ese momento.

Liev la miró, vio la preocupación y el desconcierto en sus ojos y quiso besarla, demostrarle que lo que sentía era real, pero todavía tenía que explicar más cosas.

–Dario estaba comprensiblemente enfadado.

Eso era decir poco. Había estado furioso, pero también le había dado una información importante mientras daba rienda suelta a su rabia, no porque Liev hubiese intentado arruinar su empresa como venganza, sino porque hubiese utilizado tan rastreramente a su hermana.

«¿Cómo has utilizado a Bianca tan cruelmente? ¿Acaso no sabes que te ama?» Las palabras de Dario se habían abierto paso en el tenso ambiente y habían hecho añicos sus planes de venganza como si fuesen del cristal más delicado. Entonces, había sabido que nunca llevaría a cabo la venganza que había anhelado durante años. No la llevaría a cabo cuando la mujer que le había robado el corazón lo amaba, aunque le hubiese dicho que lo odiaba el día que él le entregó la pulsera y ella le devolvió el anillo.

–Pero… ¿le contaste lo de la empresa de tu padre?

Ella lo miró con inocencia y él, otra vez, quiso abrazarla y besarla.

–Eso se resolvió fácilmente cuando me enseñó la carpeta. Lo más difícil fue apaciguarlo por haberte tratado de esa manera… y lo entiendo.

Él le acarició el rostro y vio que ella parpadeaba y cerraba los ojos un instante.

–Sabía que eso sería un problema cuando rompiéramos el compromiso. Solo esperaba que mis hermanos no llegaran a averiguar el trato que había hecho a cambio de la pulsera. ¿Qué dijo?

Esas palabras abatidas lo atravesaron. ¿Cómo había podido ser tan insensible con ella? No se había merecido nada de todo aquello. No podía repetir casi nada de lo que había dicho Dario, pero hubo una frase que se repitió una y otra vez en la cabeza

hasta que supo que tenía que verla y arriesgarlo todo. «¿Acaso no sabes que te ama?»

–Que te había hecho daño, que te había tratado fatal, que no te merecía... Las cosas que suele decir un hermano –él intentó decirlo con desenfado, pero no lo consiguió–. Y tenía razón.

–No, no digas eso –él cerró los ojos por el susurro ronco, pero cuando volvió a abrirlos vio que ella estaba sonriéndole–. Eso es lo que hacen los hermanos... y ofrecerte un trato para que no tengas que romperme el corazón otra vez.

–¿Otra vez? ¿Cuándo te lo rompí la primera?

–Después de la noche en la isla –Bianca se sonrojó y bajó la mirada, pero él le levantó la babilla para que tuviera que mirarlo. Quería ver su amor en sus ojos–. Pareciste muy asqueado conmigo.

Él soltó un improperio en ruso al darse cuenta de lo que debió de parecerle a ella. Había estado en su momento más vulnerable y él le había hecho daño precisamente en ese momento.

–Estaba asqueado conmigo mismo por haberte llevado a esa situación.

Ella se puso de puntillas y le rozó los labios con los suyos.

–Nada de todo eso importa ahora, Liev, y no habría cambiado esa noche por nada del mundo, fue perfecta.

Él la besó antes de que pudiera decir algo más, pero tuvo que hacer un esfuerzo para parar. La amaba y había visto el amor de ella reflejado en sus ojos cuando la había mirado.

Bianca quería seguir besándolo, saborear hasta el último minuto del beso. Lo amaba. Él la había cambiado y había cambiado la opinión que tenía de los hombres, aunque de una forma muy poco ortodoxa. Sin embargo, la había cambiado y ella lo había dicho sinceramente. La noche que habían pasado en la isla era especial y no podría olvidarla jamás. Aquella noche lo había amado de verdad. En ese momento, estaba convencida de que su abuelo había sabido que se había enamorado de Liev. Afortunadamente, creía que no sabía que la había chantajeado, pero sí había sabido que lo amaba y que estaba negándose el amor.

–¿Sabes lo que me dijo mi abuelo justo antes de que nos marcháramos?

Bianca notó que los brazos de Liev se ponían tensos y vio que la miraba con los ojos entrecerrados con cierto recelo.

–¿Qué te dijo?

–Me dijo que, hiciera lo que hiciese, no debería desperdiciar la ocasión de amar si se presentaba –ella le sonrió con el corazón acelerado por el amor–. Y no pienso desperdiciarla, Liev.

Él cerró los ojos con alivio y sus brazos se relajaron, pero no la soltó.

–Bianca, ¿cómo puedo compensar y corregir todo lo que te he hecho?

–Amándome.

–La semana pasada, en el parque, hubo un momento en el que quise decirte que te amaba, que la venganza me daba igual, que solo me importabas tú. ¿Te acuerdas de que me dijiste que un día haría cualquier cosa por amor?

–Sí –susurró ella al acordarse de esas palabras.

–Estaba casi ciego de celos por el amor que sentías por tu abuelo.

–No me refería a mi abuelo… ni a la pulsera. Eras tú y aquella noche en la isla.

Liev no contestó, al menos, con palabras. La besó y abrazó con tanta fuerza que no pudo casi respirar, pero era exactamente lo que quería. La acarició y su cuerpo se prendió en llamas.

–Solo queda una cosa por hacer.

La apartó y la miró a los ojos con un deseo como el que se había adueñado de ella. Sacó el anillo del bolsillo y lo movió entre los dedos para que resplandeciera.

–Puedes elegir otro anillo si quieres, Bianca, pero Bianca di Sione, ¿me harías el inmenso honor de ser mi esposa, mi esposa de verdad?

–Sí –susurró ella. Era el final feliz que había anhelado desde que leyó aquella carta de amor–. Sí, Liev, lo seré y no quiero otro anillo, este es perfecto.

Él la besó como no la había besado nunca, hasta que separó los labios y la dejó sin respiración, sin poder decir ni una palabra.

–Bianca di Sione, te amo con toda mi alma, has conseguido que mi vida sea plena.

* * *

Podrás conocer la historia de Dario di Sione en el cuarto libro de *El legado* del próximo mes titulado: TRAICIÓN Y FURIA